

SARA TRIGO

ME VOY
PORQUE QUIERO,
NO PORQUE
ME ECHEN



Click
EDICIONES

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Probabilidades

Sinfonías

Estereotipos

Mocos

Oportunidades

Mudanzas

Imprevistos

Unicornios

Estatuas

Sorpresas

Reinas

Bombillas

Vips

Ventanas

Máscaras

Cobras

Espaguetis

Calabazas

Caracoles

Circuitos

Duendes

Despedidas

Girasoles

Fantasmas

[Asientos](#)
[Villanos](#)
[Superhéroes](#)
[Pañuelos](#)
[Ruedas](#)
[Campanas](#)
[Sueños](#)
[Pamelas](#)
[Puertas](#)
[Luces](#)
[Piedras](#)
[Explosiones](#)
[Películas](#)
[Universos](#)
[Billetes](#)
[Exclusivas](#)
[Pelotas](#)
[Timbres](#)
[Biografía](#)
[Notas](#)
[Créditos](#)
[Click](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

ME VOY PORQUE QUIERO, NO
PORQUE ME ECHEN

Sara Trigo



*Para Cristian, por su apoyo incondicional, y para mi
madre,
para que siga haciéndome flan*

Probabilidades

Mudarse a otro país puede ser fascinante. ¡Una gran aventura! Te dice la gente con buena intención... Luego llega la realidad, te da una colleja y sigue a lo suyo.

En mi caso, las probabilidades tienen la costumbre de poner en mi camino las mondas de todos los plátanos al estilo Mario Kart: yo soy esa pringada que resbala, se come el suelo y luego se pregunta por qué no las vio antes.

Volviendo a las mudanzas, el caso es que Inglaterra no es el paraíso nublado con el que había fantaseado. Londres te atropella como pises un poco fuera de la línea de puntos y, la verdad, a mí nadie me explicó que había una línea.

Debí haber activado el modo alerta cuando me vomitaron encima antes de aterrizar. ¿Señal del destino? ¿Qué es eso?

Me invadió por poco tiempo el pensamiento de que pasaría a ser una anécdota graciosa para contar. Después solo hubo lugar para el asco y la frustración, para muchos «¿Por qué a mí? ¡¿Por qué a mí?!», pensé mientras la merienda a medio digerir de aquel crío me chorreaba por las piernas. Servilletas, pañuelos, disculpas repetidas de la madre, y la azafata mirándome con ojitos de pena. El premio gordo del niño escuálido me lo llevé yo... íntegramente.

Pues nada. Aterrizar en Londres apestando a rancio agridulce con una sonrisa emocionada y ganas de empezar mi aventura. Ya con las maletas en mi poder, el pánico al nudismo se desvaneció y esa voz en mi cabeza no paraba de cantar: «Don't worry... about a thing, 'cause every little thing is gonna be all right...». ¹

Llegar a la ciudad no fue difícil. Entender el metro sin haberme subido nunca: chupado. Solo tuve que contar las cinco paradas que separaban mi punto de salida del de llegada. Bajarse, dejar atrás las barandillas pegajosas, montar en las escaleras mecánicas y salir a la calle para admirar mi pequeño pero entrañable albergue juvenil.

Mierda.

Centro toda mi atención en el momento presente. Algo llamado *pánico* se me sube por todas partes. ¡¿Dónde está?!

Joder, joder, joder... «Mantén la calma», me digo sin que mis propias palabras tengan efecto alguno.

Pregunto y no entiendo lo que me dicen. No encuentro la calle. Camino, doy vueltas, busco y sigo acosando a los que serán mis nuevos compatriotas. Miro el mapa una y otra vez. Vuelvo al metro. Tras lo que parecen mil años, consigo darme cuenta de que no estoy donde creía que estaba, más bien ando en el otro lado de una cuerda que ni siquiera es que esté floja, es que todavía ni la han colgado.

Sí, señor. Subirse al metro y acabar en el lado opuesto del destino deseado tiene una probabilidad del cincuenta por ciento: la de elegir bien la línea, pero confundirte de sentido. Así que, resuelto el misterio de la vida subterránea, no me queda otra que pagar de nuevo, encontrar la línea verde y, esta vez, elegir la opción correcta. La voz cruel que vive en mí me aplaude mentalmente por no abofetearme en público.

Mi parada. Por fin veo la luz, que se va porque se está haciendo de noche. Me vuelve el miedete porque llevo toda mi vida en dos maletas y de tanto arrastrarlas tengo los brazos agarrotados. Desconfío de todos y cada uno de los humanos que se me cruzan cuando las farolas se encienden. Pregunto hasta la desesperación dónde está la puñetera calle que busco, y camino. Ando. Señalo en el mapa. Camino. Muero de sed y no me detengo a comprar para evitar vagabundear más de lo necesario con mi vida en treinta y cinco kilos.

Hasta llegar aquí. ¡Aleluya! Mi oasis transmutado en un edificio gris

feúcho. Mi albergue con encanto huele raro, pero ya estoy segura. Me relajo —solo un poco— y me preparo mentalmente para darlo todo en inglés.

Tres telediarios después consigo hacerme entender y la recepcionista me facilita un lugar donde guardar mis cosas bajo llave. Meto el código y entro en mi habitación compartida. Celebro que no hay nadie y que, de todas las camas, solo dos están ocupadas. Mejor. Menos probabilidades de que algún perverso se aproveche de la falta de luz. Algo bueno, ya iba siendo hora.

Pantalones y calcetines limpios. Litros de agua en el estómago. Por fin estoy en mi litera correspondiente disfrutando del bocata hecho con amor por mi madre, medio emocionada por haberlo conseguido, medio trastornada porque es la última comida de la mama que engulliré en mucho tiempo.

Wifi y conversaciones con el otro lado: como irse a la guerra, pero sin tener que mandar postales. Mi historia del flacucho fuente de vómito ya es una anécdota graciosa para aquellos que no tienen que lavar la ropa que he dejado en cuarentena.

Y ¿ahora qué? Medio camino está hecho. ¡Estoy a salvo! Pero no hay nada más, sin trabajo a la vista ni casa en la que vivir. Sin mis mejores pantalones limpios, sin banda sonora mental que me diga que todo va de puta madre. El futuro ya es presente y se me asoma una lagrimilla por el rabillo del ojo.

Me alegro de estar sola, pero qué sola me siento.

Sinfonías

Una noche de pena. El colega de la litera de al lado tenía una orquesta montada tocando todas las sinfonías habidas y por haber, algunos grandes éxitos incluidos. Tan horrible fue que hasta me marché a la ducha para evitar lanzarle los zapatos: los suyos, los míos y los de la vecina de al lado. Quería sacudir su litera y gritarle: «¡Terremotooo!».

Ni el sonido del caballo, ni el de la cabra, ni el «¡eh, eh, eh!» o el «chsss» conseguían callar al solista nocturno. Nada de nada.

Las siete de la mañana y en pie. Desayuno compartido con otros huéspedes que ni intentan hablar conmigo. Mejor. Comida incluida significa cebarse hasta tener que desabrocharse el botón del pantalón.

Con mis necesidades cubiertas, empiezo mi ruta perfectamente calculada de ofertas de trabajo. Horas perdidas de planificación para darme cuenta —un poco tarde— de que de nada vale todo lo que sé si no puedo explicárselo a nadie. «La primera de la clase», comenta irónicamente la cruel que vive en mí.

¡Gracias, señor sistema educativo! Bravo por esos doce años de inglés. Resultado: «Can you repeat, please?». ¹

Un día excitante, incómodo, y mayormente frustrante. El dolor en los brazos y la espalda no es nada comparado con el de mi orgullo. Ninguna de las agencias y editoriales en las que dejo mi corto currículum me da muchas esperanzas. Eso cuando tengo suerte y me lo recogen en mano; cuando no lo hacen, capto un *online* en su verborrea y me supongo el resto.

«A tomar por culo», repetía en bucle la borde que vive en mí.

Pensaba mandar a todos estos isleños a la mierda mientras probaba uno de esos bocadillos extraños de la tienda que se llama como el metro, justo

después de pelearme en el mostrador con las monedas raras que usan y hacer una cola considerable. No funciona nada bien bajo presión.

«Estoy en Londres», pienso positivamente. Me lo repito varias veces para motivarme. No tengo tiempo para ver nada ni hacer turismo, pero aquí estoy. «Soy una triunfadora», me digo intentando creérmelo. El bocata extraño y el tío de al lado cantando en voz alta me ayudan a animarme. Todo esto es muy surrealista.

Con mi horroroso dolor de piernas, recupero la sensibilidad en los brazos ortopédicos. El objetivo es acabar la ruta planificada para hoy y llegar a tiempo al albergue. A tiempo se traduce en «antes de que se haga de noche». Nuevo país, nueva enfermedad detectada: nictofobia.

Vuelvo arrastrándome a mi nuevo hogar. Su olor me golpea con un zurdazo al puente de la nariz. ¡Puaj! Todavía no entiendo a qué viene lo de la moqueta en un sitio donde llueve tanto. Apesta. Pero me duele mucho todo, así que me da lo mismo. Me queda un cacho del bocata de mi madre y unas cuantas galletas. ¡Tachán! La cena está lista.

Antes de engancharme al móvil, mando todos los currículums que no pude entregar en persona. Intento ser fuerte y no llorar. Pienso en que he llegado y puedo con lo que me echen. Coño, puedo hasta con los alimentos a medio digerir de otros chorreando por mis piernas.

Me calmo a mí misma..., sigue sin funcionar. Entonces empiezo a pasar revista al día. Me recuerdo vagando con mis ilusiones y mis papeles, intentando no ser atropellada por transeúntes, bicicletas, coches, autobuses, perros y niños.

Vuelvo a las webs de trabajo. Me aburro rápido y me conecto. Mala idea. Charlar me ayuda a mantenerme ocupada, pero el después me escuece como un calambre duradero. Porque aquí no hay nadie más que yo.

El nuevo plan es dormirme antes de que llegue el tío orquesta. Descubro que el nuevo plan apesta, porque entra en la habitación a los quince minutos y se duerme en una milésima.

«Su puta madre», le dice mi amiga la chunga a la que no puede escuchar.
Echo fuera todo lo que llevo dentro: múltiples lágrimas y mocos verdes.

Estereotipos

Dos semanas y media después de mi llegada, todo sigue igual. No entiendo la mayor parte de las cosas que me dicen y mis ahorros siguen una dieta demasiado efectiva. Con mis currículums, he matado cientos de árboles y he dejado esparcidas por la capital partes de sus cuerpos. No importa lo que haga, se me acaba el tiempo como la cuenta atrás de una bomba en una peli de acción. A la desesperada, me registro en todas las ofertas de trabajo que encuentro, sin filtro alguno.

Me he acostumbrado al olorcillo del albergue y medio he hecho una *amiga*. Obligada a cocinar con el resto de cohabitantes, al final se socializa. La chica es rusa, así que la mayor parte del tiempo usamos los gestos para entendernos. El tío orquesta hace una semana que se marchó: la felicidad es llegar a tu litera y ver la suya vacía. Vaya gustazo. Sigue sin gustarme compartir habitación con extraños. Duermo abrazada a mi móvil y a mi cartera, no vaya a ser.

Para mi sorpresa, la rusa —ni papa de cómo se pronuncia su nombre— me propone ir a un sitio fuera del albergue... o eso creo que me dice. La pista del currículum en la mano es clave para entender qué coño quiere decirme. Eso y el *job, job*¹ que identifico en sus frases. Pues ale, no tengo nada que perder.

La sigo y pillamos el metro mientras seguimos *charlando* en nuestro lenguaje híbrido. Salimos, caminamos una media hora y llegamos a un edificio lleno de oficinas. Me pide el currículum y saca el suyo. Le da al telefonillo para que nos abran la puerta. Al momento, se escucha el clic y al minuto aparece una señora bajita vestida de limpiadora. Entonces se ponen a hablar en ruso.

Joder, no deja de fascinarme lo incómodo que es estar en una conversación en la que no tienes ni idea de qué narices se están diciendo. Sobre todo, cuando te miran, les devuelves la mirada y, no sé, sonríes con «me estoy enterando de todo» en la cara. Eso o asientes. Si parece que te preguntan algo, siempre asentir. Sí, sí y sí. O eso creo. *Yes, yes, yes.*

Salimos de allí y la rusa parece contenta. «Job you and me»,² me lo repite varias veces, así que me supongo que todo fue bien. No me emociono mucho porque desde que llegué poca cosa buena me ha pasado. «Mejor no hacerse ilusiones», me dice la voz que vive en mí. Hasta que no me dé una fregona y unos guantes, no bailaré la danza de la victoria, en honor a la reina, claro está.

Está muy sonriente mi nueva *friend*.³ Creo que me dice que no vayamos al albergue. A saber. En el metro se va hacia un mapa y me señala el centro: «Trafalgar Square, Covent Garden. Go?»,⁴ me suelta. Todavía no he ido a visitar nada por el estrés de buscar trabajo. Una mañana de relax puedo cogerla.

«Ok!», le digo, y levanto los pulgares para que entienda que la entiendo... más menos que más. Sonríe tanto que le veo la parte superior de las encías.

El primer día en esta ciudad caótica que disfruto de verdad. Todavía no entiendo por qué, pero los momentos compartidos me saben mejor. Mis estereotipos sobre los rusos están en revisión, porque esta chica es muy cercana y sonriente, graciosa incluso.

Nos pasamos el día viendo todo lo que pudimos en el centro. Gasté más de lo que tenía planeado, pero, joder, no todo puede ser ahorrar. Ella tampoco conoce bien la ciudad y las dos no paramos de sorprendernos. Parece que le gusta mucho el cine, porque vayamos donde vayamos me suelta títulos de películas. No entendía sus referencias hasta que al llegar al Big Ben y al Parlamento me soltó: «Harry Potter flying».⁵ «Aaah», le respondí. No hay nada que pueda impedirme entender *Harry Potter* y revivir la escena de las escobas voladoras. Empezaba a pillarle los ritmos a mi amiga la rubia. «Frikis», añadía la cruel que siempre me acompaña.

Londres es increíble. Te encuentras lugares alucinantes en cualquier esquina, gente vestida de las formas más raras y divertidas. Cuando creía que nada podía sorprenderme más, va y me adelanta una abuela tatuada. Me reía mentalmente pensando en mi propia abuela con ese estilo y sin delantal.

Cuando volvíamos andando al albergue, sonó su móvil. No le prestaba mucha atención —hablaba en ruso—, hasta que colgó y me gritó: «Job you and me! Job!». En un pestañeo se me acercó y me sacudió como un salero a punto de terminarse. Entonces entendí sus palabras. «Job?», le pregunté para asegurarme. «Yes, yes!», me contestó toda loca.

La alegría se me escapó por todos los agujeros. Me acerqué a ella y le regalé un abrazo incómodo. Nos sonreímos mutuamente. Intenté preguntarle detalles de cuándo, cuánto, cómo, dónde. Pasamos todo el camino de vuelta *hablando* de eso.

Paramos en el súper antes de llegar. Mientras cocinábamos cada una su cena, ella intentaba explicarme todo de nuevo. El trabajo era de limpiadora en el edificio en el que estuvimos por la mañana. Entendí también que volvíamos al día siguiente y algo así de que llevara papeles. *Passport* me lo repitió mucho. Fregamos los platos y nos dimos las buenas noches.

Esperanzada. Así me siento ahora y así lo comunico al otro lado. No es el trabajo que esperaba encontrar aquí, pero necesito urgentemente dinero. No quiero marcharme todavía, no acabo ni de llegar.

«Es solo por un tiempo», me digo. Después me imagino viviendo por mi cuenta, trabajando de lo mío y forrada. «Vas a limpiar suelos, no a levantar un Pulitzer», me recuerda mi amiga la borde.

La ignoro, me acurruco en mi litera feliz por el hoy y por lo que promete el mañana. No me importa que esté rodeado de estropajos..., el color verde me sienta bien.

Mocos

No existe vocabulario en ningún idioma suficientemente completo para agradecer. Yo a la rusa hasta le hice un bizcocho. Si no fuera por ella, haría semanas que hubiera tenido que abandonar mi litera y mi albergue apestoso.

La vida de limpiadora de oficinas es relajada. Vale, no, es aburrida. Me pagan semana a semana, así que me motivo cada viernes para no dejarlo el lunes. Las probabilidades me siguen atormentando, porque la zona de la que me ocupo es la peor de todo el edificio. Me ha tocado a mí, qué raro, ¿no?

En una de las oficinas despego mocos de la pared. Diariamente. Es como una fábrica de tonos verdosos hasta rojizos que no cierra por vacaciones. Unas veces más grandes, otras más gelatinosos. El asco que sentía antes de entrar por esa puerta no encontraba palabras. Ahora me he endurecido y hasta tengo curiosidad por saber cuántos me encontraré, qué textura tendrán, qué consistencia.

Otra de las oficinas está ocupada por un rumiante que deja sus chicles olvidados en lugares insospechados. Cada día los busco como a Wally en sus libros. ¡Puaj! Como con los mocos, nunca sé cuántos me encontraré ni dónde. La vida es un misterio insondable.

De lunes a viernes lucho para ganarle la batalla a los restos biológicos de estos oficinistas. Aspirar, pasar el polvo, fregar los baños. Es estúpidamente aburrido, pero puedo soportarlo. Los cristales me superan.

Me ocupo de una sección del piso veinte, así que la limpieza de ventanas me obliga a ver más allá de mis guantes amarillo limón. Las vistas me recuerdan a las mías propias y a lo lejos que estoy de alcanzarlas. Me deprime pensar en el tiempo que estoy malgastando. Me veo en el reflejo del cristal

con mi uniforme intentando pensar en el dinero que me espera al acabar la semana, y en los proyectos que están por empezar.

El primero: buscar piso. Ya de ya. El olor del albergue es entrañable, pero necesito una habitación propia ahora que puedo permitírmelo. La rusa se fue de allí hace unas semanas para compartir piso con otra de las limpiadoras de la oficina. Coincidimos muy poco en el trabajo.

Durante este tiempo he visitado pisos y pisos, cada cual más extraño: o por el lugar en sí o por los personajes que los habitan. Solo hay dos que me convencieron: el primero por el precio y el segundo porque los otros inquilinos eran muy majos. Estoy esperando a que me avisen de si me aceptan como compañera, tanto los de uno como los del otro.

Mientras, practico mi inglés con los recepcionistas del albergue. No dejan de repetirme que me meta en una academia, pero yo me hago la loca. Ahora mi prioridad es mudarme, para fregar no necesito hablar bien.

Tengo mucho tiempo para pensar en mis ideas de proyectos. Limpiar es muy mecánico y me deja espacio para imaginar. La señora bayeta y el señor escobilla tienen un romance en la oficina 69G. La fregona quiere ser escoba, pero sus extremidades son demasiado blandas, necesita tonificarlas y busca un entrenador personal.

Mis habilidades creativas beben del mundo de los productos y accesorios de limpieza. Pienso en eso cuando todavía no ha terminado la secadora. «Qué triste eres», comenta la voz amarga que no puedo amordazar. Me interrumpo a mí misma con la vibración del nuevo móvil inglés en el bolsillo.

¡Tachán! Tengo no uno, sino dos mensajes sin leer: ¡me quieren en los dos pisos!

¡Sí! Toma ya. Se me escapa la sonrisa de triunfo en el cuarto de las lavadoras. Mi cabeza empieza a dar vueltas siguiéndole el ritmo a la maquinaria del local: ¿qué hago ahora? ¿Me voy al piso barato con compañeros distantes o al de los majos y menos barato? Mierda. Ya empezamos.

Mi tendencia natural es elegir mal. Dudo, dudo, le doy vueltas, me rompo los cuernos. Noto como las probabilidades me respiran en la nuca. Puto cincuenta por ciento.

Empiezo a darme cuenta de que, en realidad, cualquier opción me vale para abandonar el albergue. Saco una moneda y la lanzo al aire. La recojo y repito la acción, esta vez asignándole un piso a cada cara.

Cruz: el piso económico.

Ya no hay marcha atrás. Rechazo el de los majos y escribo a mi nuevo compañero. Está hecho. El fin de semana me mudo.

Empiezo a planificar cómo colocaré mi habitación, las cositas que puedo comprar para hacerla más habitable. Pienso en la alegría de mis padres al saber que no compartiré habitáculo con perversos potenciales o con cleptómanos en ciernes. Yo me alegro por volver a tener una ducha propia, privacidad y espacio para poder crear las ideas que se me han ido ocurriendo durante estas semanas.

Mil cosas empiezan a agolparse en mi cabeza. Ya no estoy aburrida.

¡Vamos!

Oportunidades

Debería de haberme dado cuenta de que la cruz no era buena señal. Que se lo digan al pobre Jesús.

Resulta que el piso es económico, mi habitación no es una *suite* y mis compañeros son unos cerdos. No, espera, creo que estoy insultando a los cerdos.

Al principio todo fue bien. No tengo mucho equipaje, así que colocar lo de las maletas fue cosa de un par de horas. El llamémosle portavoz del piso me presentó a los otros dos compañeros: una chica y otro chico. Al entrar en mi nuevo hogar, me di cuenta de que le faltaba un poco de limpieza, últimamente mis estándares en ese aspecto están bastante altos. Me relajé para convencerme de que no era para tanto.

Otra señal sin cruz que no debería haber ignorado.

Para que nos conociéramos mejor, me sacaron a tomar unas cervezas a un *pub* cercano. Mi nictofobia se esfumó en compañía de mis nuevos *coleguis* y me sentía aliviada.

Después volvió el estrés. Cuanto más bebíamos, menos les entendía. Acabé por desconectar para que no me diera un derrame por el esfuerzo. Unas cuantas horas más tarde estrené mi nuevo habitáculo sintiéndome ilusionada por tener de nuevo un espacio propio. Solo mío.

Esa fue la última y primera noche que me acosté tranquila en mi cama. Tenía planes de comprar unas cortinas monas, un edredón a juego y unos marquitos para hacer habitable el zulo que me había tocado. Deseché esas opciones para ahorrar más y salir de allí con mi vida en treinta y cinco kilos.

Reconozco que la limpieza de oficinas me ha afectado. Aun así, el baño que

compartimos es horrible, tanto que me ducho, como hacía en el albergue, con las chanclas puestas. Hacen sus necesidades y no tiran de la cadena. Cuando me toca ir, rezo para que no haya regalos sorpresa. Ni hablar ya de lo de sentarse en la taza del váter.

Nadie respeta los cuadros de tareas y la mierda se acumula. Antes de cocinar, lavo de nuevo todo lo que voy a utilizar: la grasa de usos anteriores no es propicia para hacer pechuga a la plancha.

Así, parte de mi día lo paso encerrada en mi zulo sin decorar; el resto, en la oficina con mocos, chicles y meados diversos. ¡Ah, coño! Eso también me rodea en mi casa.

Pero la realidad es que lo peor no es la suciedad, tampoco el asco. Lo que peor llevo es mi relación con ellos. El resumen que les hago a los del otro lado es algo así: ella no es mala chica, pero es tóxica, su vida es una queja en línea continua, sin pausa; el chico tampoco es mal tío, pero su novia tiene al diablo dentro, sus gritos e insultos me despiertan de madrugada, al mediodía e incluso cuando estoy en el trabajo; el portavoz pasa de todo, literalmente, no quiere líos y no socializa con nadie sin alcohol de por medio, se bebe unas sidras y se queda *KO* en el sofá mugriento. Fin de la descripción.

Voy al trabajo en bici para ahorrarme el metro. Me cae el diluvio padre al salir de la oficina. Llego a casa deseando darme una ducha caliente y cenar tranquila. Resulta que los tortolitos están acaparando el baño. A través de la puerta les pido amablemente que acaben rápido, que necesito ducharme. La tía se pone chula y me grita como la posesa que es. Se pasa de largo y reconozco insultos intercalados entre frases que no entiendo. Quiero insultarla como ella lo ha hecho conmigo, así que lo hago. El dragón está furioso, pero solo me salen un par de palabrotas. La escucho reírse de mi triste nivel de inglés.

Doy un par de patadas en la puerta y le suelto un par de insultos más que se me ocurren. Me encierro en mi habitación. Furiosa. Muy furiosa. Lo peor es que tiene razón: no tengo ni puta idea de inglés. Mierda.

Para calmarme, busco academias cercanas. Ya que ando en internet,

renuevo y mando más currículums para trabajos de todo tipo. Busco otros pisos para mudarme hasta que los oigo salir del baño.

Durante la ducha me doy cuenta de que necesito huir de aquí. Cuanto antes. La mierda de la probabilidad me la ha jugado de nuevo, pero, al menos, me ha dejado ahorrar lo suficiente para permitirme pagar algo mejor. Más lo pienso cuando me cruzo en el pasillo con la novia pirada. Pasa de largo y respiro aliviada.

«Aun no sé qué coño haces aquí todavía», me dice quien vive en mi cabeza. Es muy cansina, pero tiene razón: tengo que escapar.

En el descanso de la mañana se lo cuento a una de mis compañeras para desahogarme. Con su mezcla de ruso e inglés, me entero de que conoce un estudio que se alquila cerca de donde ella vive. Se me encienden las bombillas y le pido que me ayude a conseguirlo. Creo que me dice que lo va a intentar. Me vibra el móvil y contesto.

Al colgar, no me lo puedo creer. Me han seleccionado para una entrevista como ayudante. ¡Toma ya!

Compruebo un millón de veces que sí que me han llamado y que no estoy alucinando por una intoxicación pillada en la pocilga donde vivo.

«Es de verdad», me digo. Levanto la vista y reconozco mi sonrisa en el reflejo del cristal.

Mudanzas

No sé qué vio en mí, pero algo fue. Así conseguí el trabajo de ayudante en la editorial. Las probabilidades debían de estar jodiendo a otros, porque, esa mañana, me ignoraron como a un mendigo en la puerta de un súper. Tuve la suerte de que entendí todo lo que me preguntó —o eso creo, vamos— y parece que le hizo gracia mi forma de responder, porque, literalmente, se rio en mi cara.

Estoy que todavía no me lo creo.

Unas horas después de la entrevista, me llamó para comunicarme que el puesto era mío y que empezaba la semana siguiente. No había mierda ni suciedad en el mundo que me estropease aquella sensación de triunfo.

Me pagaban mucho mejor que limpiando, así que con más razón tenía que encontrar otro lugar donde vivir. Lo que duró mi última semana de trabajo en aquellas oficinas me pareció un pestañeo, un año en la inmundicia del piso compartido. Aprovechaba las horas trazando planes de búsqueda de nuevo alojamiento y academias de inglés. Me imaginaba cómo sería el trabajo en la editorial, veía mi creatividad explotando y salpicando a todos. Pim pam pum. Por fin mis años de estudio rentabilizados en forma de nómina.

Incluso la emoción estaba acojonada al verme. En el otro lado se sentían orgullosos de mis nuevas posibilidades y eso alimentaba mi bola alucinatoria.

Entonces llegó mi jefe y robó mi bola mágica. Café, té, fotocopias, llévale esto a fulanito, cómprame un sándwich, búscame a la secretaria, atiende a no sé quien, etcétera. Todo excepto «contesta al teléfono», porque me cuesta todavía... En fin, que soy ayudante. Nada más.

Volví a casa oliendo a esperanzas precocinadas. La primera semana en el

nuevo trabajo vi delante de mis narices todo lo que me gustaría ser, pero no podía tocar nada. Era un bufé en el que no me dejaban comer. Mi optimismo me decía que diera lo mejor de mí y que prestara atención a todo. Mi optimismo agonizaba conviviendo cada día con aquellos seres que compartían hogar conmigo: aquello no era mi refugio, era como vivir a la intemperie. Mi equilibrio emocional estaba jugando en el alféizar de la ventana sin casco de seguridad ni colchonetas hinchables.

Entonces me escribió mi excompañera de limpieza de las oficinas. Me enviaba el número de aquel estudio del que me había hablado. «Por verlo no pierdo nada», pensé. Esa misma tarde quedé con el propietario.

Ufff. Ese fue el suspiro mental que me atravesó siguiendo a aquel viejete con sombrero. La entrada al portal era bastante tétrica: un callejón oscuro para llegar a una puerta de hierro medio oxidada. Si lo de fuera ya estaba mal, a saber lo de dentro.

Tal cual.

Un sexto piso sin ascensor. *OK*, así endurezco el culo: «No problem»,¹ dije respondiendo a la ceja levantada de aquel inglés. Una eternidad después, el viejecillo y yo llegamos a la puerta número diecisiete. El estudio estaba a medio reformar. De lo que me dijo, una de las cosas que entendí era que me lo dejaba más barato porque no tenía más que un colchón y la cocina amueblada. El resto estaba todo vacío.

Las paredes daban pena, el baño estaba a medio hacer y no tenía calefacción. Le intenté comentar lo del frío —con gestos de tiritar— y él me decía que él pagaba la electricidad. Conseguí entenderle a la cuarta vez que me lo explicó: yo compraba la estufa, él pagaba la factura. No era tan mal trato.

Lo mejor que tenía aquel lugar era la luz —dos ventanales enormes que iluminaban la mierdecilla de estudio— y su localización, no muy lejos del trabajo para ir en bici.

En el trayecto de bajada, el señor y yo íbamos *negociando* el precio del

alquiler cuando se resbaló. No sé de dónde salieron mis reflejos gatunos, pero conseguí agarrarlo por el brazo antes de que se *esnafrara* y rodara escaleras abajo. No me dijo nada porque no hacía falta. Al salir del edificio me dio su oferta final —que era la que yo le proponía— a modo de gracias, me supuse. No acepté de inmediato porque tenía otros pisos por ver.

De esto hace tres semanas. Ahora sigo viviendo en el cuartel mugriento número dos y no me quedan más opciones que el estudio a medio acabar. Eso lo pienso mientras pedaleo de camino a la pocilga que es mi hogar. No tengo fuerzas para compartir casa con nadie más que conmigo misma.

«Peor no puede ser», me dice la voz en *off* de mi cabeza.

Dejo la bici apoyada en una esquina y saco el móvil. El viejete me contesta a los seis tonos. El estudio sigue libre. Ahora me toca a mí hacerme con él: tengo una nueva mascota que adiestrar.

Solo mía.

Imprevistos

No sabía que era tan buena negociando alquileres. Tampoco sabía dónde me metía cuando decidí quedarme con aquel iluminado estudio vacío. Subir seis pisos la bici cada día hacía que me sudara hasta el canalillo y me ponía los brazos fuertes como los de una nadadora. Bajar lo llevaba mejor, pero controlaba los escalones para no despatarrarme como casi lo había hecho mi casero. Visualizar la hostia tras la caída con la bici en modo abrazo mortal hacía que me doliera hasta la imaginación.

Los primeros días en aquel sitio me sentía dividida. Por un lado, aliviada por librarme del piso de los tarados, de no tener que aguantar las mierdas de nadie —literalmente—. Por otro..., lo que se dice comodidades no es que le sobraran a aquel húmedo y congelado rincón. Al baño le faltaba de todo: la tapa del váter, el mango de la ducha, un espejo, el mueble del lavabo... La cocina —que comunicaba directamente con la habitación-salón— tenía una mininevera, dos hornillos, un fregadero, campana extractora, y un par de alacenas terminaban aquel paquete clásico. No había ni platos ni *na de na*. Y el salón-dormitorio tenía el colchón de noventa. Punto.

Veía las manchas de las paredes y distinguía las caras de Bélmez en ellas. Entonces se me ocurrió negociar más. El viejete, para mi sorpresa, aceptó. Me bajaba el alquiler si le pintaba el piso. Así que a eso me dediqué el siguiente fin de semana. Lo bueno del minúsculo estudio es que daba poco trabajo. Lo malo: me dolía todo el cuerpo de pintar el techo y dormir directamente en el suelo.

Quedé satisfecha con el resultado: todo lo había pintado de blanco excepto la pared del fondo —donde estaba el colchón—, que la había puesto en verde

color hierba. Aquello ya parecía otra cosa. Sobró pintura de los dos botes, ninguna suficiente para el baño. De su mezcla nació el color para darle vida a aquel desastre de albañilería. Verde esperanza.

El resto lo hizo la generosidad inglesa. Gracias a una de mi trabajo me enteré de que la gente de aquí deja los muebles y las cosas que no necesita fuera de sus casas para quien las quiera. Me indicó un par de zonas por donde podía ir a buscar y empezar a llenar el piso sin necesidad de comprar.

Bendito momento en el que me lo dijo. No es que dejen cosas fuera que están hechas mierda. No. Dejan de todo y en buen estado. Así, en el siguiente fin de semana, volví a reventarme el cuerpo haciendo viajes y cargando muebles, sillas y lo que encontraba a mi paso. Todo en mi superbici.

La bici murió ese domingo.

La había comprado de segunda mano y, del peso, se hundió la barra del medio. Era imposible conducirla bien. Lo que me había ahorrado en muebles iba a invertirlo en mi medio de locomoción. Siempre buscando lo positivo del suceso, al menos esta vez elegiría una que fuera más ligera.

Mientras ahorraba, iba andando al trabajo. Ahorraba para comprar los productos para remodelar los muebles que había encontrado y pintarlos todos de blanco. Mi nueva afición era pasarme la tarde buscando objetos para transformar en mi estudio: la lluvia de estrellas de los cachivaches era mi nuevo *hobby*. Ponía al día a la señora que me había dicho lo de los muebles y le enseñaba mis progresos. Era como el antes y el después de los programas de la tele.

Siempre la encontraba en la zona donde trabajan los diseñadores y maquetadores, le llevaba un café y charlaba conmigo durante esa pausa. Era un poco seca, pero educada. No me enteré de que era una jefa de sección hasta que me mandaron a su oficina.

Yo rezaba para que no me despidieran. Entonces la vi detrás de su mesa, levantó la mirada y me sonrió. Se me relajaron los músculos —un poquito—. Me dijo que uno de los encargados de las secciones de decoración necesitaba

escribir sobre algo diferente y que ella le había propuesto que le enseñase mi trabajo. El sujeto en cuestión entró en el despacho nada más acabó de contarme la historia. «Sí que están sincronizados», pensé.

Le mostré las fotos que tenía y el señor pareció interesado. Estaba muy nerviosa, pero conseguí explicarle bien lo que había hecho. El trajeado calvo se marchó y quedó en avisarme para ir a ver el estudio en persona, para sacar sus propias fotos. Entonces la jefa encubierta me hizo una pregunta que no me esperaba: si además de decorar tenía otros proyectos.

Así liberé a la bestia. Le enseñé los bocetos de las ideas que tenía guardadas en el móvil, le conté aquellas que tenía en mente. A saco. Cuando no tenía más que añadir, me soltó un *excellent*¹ y me mandó fuera del despacho.

Me quedé más a cuadros que un cubo de Rubik, pero salí de allí de forma obediente. Me pasé toda la mañana haciendo mis tareas de ayudante y dándole vueltas al qué habría hecho mal. Puto *excellent*.

Al final, nada había ido mal. Seis horas rayándome para nada.

Eso lo descubrí antes de acabar mi turno aquel día. Me llamó de nuevo a su despacho y me ofreció entrar a formar parte de su grupo de trabajo. «De prueba», recalcó. Eso me daba igual. No me lo podía creer. Salí de allí flotando como la nube de Dragon Ball.

Y hoy, por fin, es ese día. ¡Sííí! Mi momento es el ahora. Me recuerdo a mí misma frente al cristal de aquel piso número veinte, sonrío tanto que no veo ya las luces de los rascacielos.

Mi primer día como *asistente* del equipo creativo número tres, increíble. Estoy hiperventilando y camino en círculos sin control por el estudio.

Compruebo cincuenta veces que lo llevo todo. Decido coger un taxi, porque diluvia y no quiero que se me estropeen los bocetos que me ha pedido que lleve para enseñarle. Un día puedo permitirme ser una *lady*² inglesa.

Faltan cinco minutos para la hora de entrada. Para el taxi negro delante del edificio en doble fila, me desabrocho el cinturón, saco la cartera y cuento el

dinero para pagar al conductor.

Entonces todo se invierte y veo volar las monedas.

Unicornios

Odio la sensación de despertarme sin saber dónde estoy. Pero, sin duda, odio mucho más a las puñeteras probabilidades.

Siempre vuelve, una y otra vez, la misma pregunta a mi cabeza: ¿por qué a mí? ¿Por qué? De toda la civilización, tengo la crucecita marcada en la espalda. Yo. Los demás no.

Por eso ahora estoy tirada en la cama del hospital. Yo. Tenía que ser mi taxi y no otro. Resumen exprés para familiares y amigos: hostiazo en estático. Niños, dejaos puesto el cinturón incluso cuando estáis pagando. Sí, sí. Por que resulta que lo del *aquaplaning* no tiene nada que ver con las atracciones de un parque acuático.

Resultado: padres histéricos —prioritariamente la mama—, resto de ocupantes y taxista ilesos, pierna y brazo izquierdos rotos, esguince cervical. Mi primer día soñado de trabajo se parece mogollón a mis fantasías. Todo es perfecto gracias a las drogas. Lalalá.

Me obligan a quedarme dos días más en esta habitación por el chichón este que tengo en la frente. Si estuviera más centrado, sería un unicornio infeliz. Pero la verdad es que prefiero este dolor general que tener que seguir aguantando las miradas compungidas de mis agresores.

Presentando a *Miss* y *Mister* conducción peligrosa: pareja británica desconsolada. Igual que no hay palabras en el mundo suficientes para agradecer, tampoco existen las adecuadas para disculparse. Se diga lo que se diga, siempre suenan como una guitarra sin cuerdas.

En su caso nada pueden hacer para pegarme y que me quiten estos yesos. Así que me miran con ojitos apenados, intentan que hable con ellos,

intercambian miradas cómplices de culpabilidad mutua, me miran de nuevo, se reinicia el bucle. Vivo en una constante puerta giratoria.

Ya estoy cansada de decirles que *OK*, que se piren, que estoy bien. Esta señora *potato* no puede arreglarse inmediatamente: entre tres y seis meses con las escayolas. Yupi, yei-yei. De verdad que les agradezco las intenciones, pero necesito estar sola. La mitad del día lo vivo adormilada por lo que me meten, y la otra mitad, amargada por su presencia. Necesito llorar. Mi primera vez en un hospital me la había imaginado rodeada de mi familia, de mis amigos. Nunca vigilada por cuatro ojos marrones que no hablan mi idioma. Que no me quieren.

Me da vergüenza que me vean llorar. Así de simple. Les digo que voy a hablar con la familia y consigo que se marchen. Mis mentiras me hacen libre. Mis lágrimas también.

Cumplida la penitencia, puedo volver a casa. *My home*.¹ Mis nuevos guardaespaldas ingleses insisten en llevarme, así que no me resisto. Me preocupa el trabajo y cómo lo voy a hacer estando así: mi brazo escayolado en forma de ángulo recto, de la muñeca al hombro; la pierna, del tobillo a la ingle. Cualquier columna tiene más movilidad que yo.

Antes de salir, el médico me recomienda que use silla de ruedas. ¡Ja! Pillo una muleta con la derecha y comienzo a *caminar*. Fatal al principio, mejor una vez cogido el ritmo de cambio pata-palo, pata-buena. Pata-palo, pata-buena. Como el un, dos, tres del baile. «Facilísimo», me dice irónicamente la otra que vive en mí.

Pero me había olvidado de las escaleras. Eso lo pienso ahora que las tengo justo delante. Los enamorados me miran con cara de pánico. Me preguntan sin parar el *how*,² pero paso de ellos o finjo que no les entiendo. «I can, I can»,³ les digo. Va a ser chungo, eso sí. Con el vestido comprado por la inglesa y apoyada en la muleta, trazo un plan de ataque. Mi Everest londinense, allá voy.

Utilizo la mano buena para agarrarme a la barandilla, coloco la muleta debajo del sobaquillo y salto. Nunca sabes cuándo la pata coja va a ser el

salvavidas definitivo de tu vida. El primer y segundo piso los llevo bien. En el tercero y en el cuarto me tengo que parar para que no se me agarrote la pierna buena. Finjo seguridad para que a mis vigilantes ingleses no les dé por repetirme que me vaya con ellos a su casa. No voy ni con más drogas en el sistema.

Sigo adelante, aunque me ataca sin piedad la flojera por el esfuerzo. Agonizo en el ascenso al quinto piso, muero en vida llegando al sexto. Recuerdo mi frustración por la velocidad tortuga de mi casero al subir estas mismas escaleras a la vez que escucho la respiración de mis *sherpas* detrás de mí. Qué bicho que soy, pobre viejete.

Hasta que llegamos. Mis refuerzos se ven claramente aliviados de que no haya más escalones. Saco la llave, abro la puerta y les enseño el lugar, todo en menos de un minuto. Sus caretos al ver que mi colchón está en el suelo son monumentales.

Me encojo de hombros y me río. Me río de verdad. Me miran raro, pero no me dicen nada. La verdad, poco me importa que me tomen por una pirada. A mí me da igual, puede que siga estando algo colocada.

Al instante, me encuentro tirada en el suelo retorcida de dolor: se me acaba de subir el gemelo. Mis *sherpas* se vuelven locos preguntándome qué me pasa. No sé cómo se dice *gemelo*, así que con la muleta consigo engancharme la punta del pie y tirar para estirar la pierna buena. ¡Ufff!, así mejor.

Supongo que esos son los riesgos de escalar el Everest.

Estatuas

Qué bien se está cuando se está bien y que poco se valora. A mí ni se me había pasado por la cabeza hasta que me convertí en una estatua andante. El dolor del cuerpo machucado ya no lo sufro, pero sí sus inmediatas consecuencias: necesito la ayuda de los otros.

La verdad es que me cuesta diferenciar entre solidaridad y compasión ajena. Solía pasar desapercibida por la calle, pero ahora soy el blanco de todas las miradas, de todas las ayudas. Tampoco puedo hacer las cosas cotidianas que llenaban mi rutina. Cómo lo odio.

Toda esta adaptación me está costando mucho sudor y bolsas de plástico. Procuro hablar poco con el otro lado porque mi nivel de sensibilidad está en alerta máxima: un leve soplido y las cartas del castillo a tomar por saco.

Suma y sigue. Al aislamiento social le añado mi cuidadora inglesa: me ayuda a desvestirme, a ducharme, a vestirme, a cocinar, a limpiar... A todo. Me ahoga. No sé cómo decirle que se vaya sin ser maleducada, no sé cómo explicarle que quiero intentar hacer las cosas por mí misma. La estatua tiene que evolucionar sola para sobrevivir, ella tiene que aprender a lidiar con su culpa.

Estos pensamientos me hacen sentir como una mierda porque los dos se están portando genial conmigo. Todavía me siento peor porque me regalaron un somier para facilitarme el levantarme de la cama. Yo, en cambio, quiero que me dejen en paz, que se piren ya. Estoy frustrada y gruñona, así que no les doy pie a nada. Hace solo dos semanas y media del golpe. *Solo*, joder.

Esta noche se han ido temprano, así que puedo estar a mi aire. Los de emergencias pudieron salvar mi carpeta de bocetos; la abro y reviso mis

proyectos. Cualquier cosa con tal de evitar charlar con el otro lado y ceder a sus peticiones de visita, o, peor aún, de vuelta a casa.

Desenfoco la vista de los borradores y se me entrecruza el dibujo de un árbol con la imagen de mi pierna enyesada. Mi cerebro drogado empieza a funcionar: la historia de un árbol herido por un rayo al que le enyesan las ramas. Al principio está triste y amargado, pero con la ayuda de otras plantas consigue recuperarse. Se hace fuerte, vuelve a ser feliz, se recupera. Un cuento para críos que ayuda a los adultos como yo: los putos desagradecidos.

La estúpida idea me tiene en vilo toda la noche. Me acuesto de madrugada con los esbozos de la maqueta terminados, con un pensamiento en mente: mi nuevo objetivo. Consigo sonreír por dentro como hacía antes.

Me despierta la luz que entra por la ventana y me levanto antes de que llegue mi agresora inglesa. Tras muchas arduas batallas, consigo hacer mi desayuno; le preparo a ella un café. Lo dejo todo hecho una mierda. Su cara de sorpresa me devuelve el color que solía sentir cuando no estaba rota. Nuestra conversación me anima a contarle mis planes: conseguir la autosuficiencia, volver a la acción. Le pido que me ayude e inmediatamente su sonrisa rellena de nuevo mi interior. Está radiante cuando sonrío.

Horas después casi terminamos: hallamos el método ideal para que pueda desvestirme y vestirme sola. A ello le añadimos mi nuevo uso exclusivo de vestido y medias —más específicamente, media, pues la de la pata-palo la cortamos a la altura de la ingle—. Necesito zapatos sin cordones. El velcro volverá a mi vida, quién me lo iba a decir.

Por otro lado, tengo que aceptar que no hay manera posible de que pueda cocinar sin provocar un incendio. Para no ser un peligro para la comunidad, acuerdo con mi compañera de juegos que no me acercaré más que al microondas. También cedo para que una vez a la semana venga a echarme un cable con la limpieza y la colada. No me queda otra.

Entonces el reto está por empezar. Supero mi primera prueba sacándome el pijama, duchándome sola y vistiéndome después. Lavarse la cabeza con una

mano es difícil, pero posible. Unas horas después salimos de mi refugio contentas. No dura mucho.

Putas escaleras.

Necesitamos idear un nuevo sistema de bajada, porque la pata coja sirve para subir, pero tiene demasiados riesgos para bajar. Tras muchas vueltas y pruebas, nos damos cuenta de que si me coloco de lado puedo pasar de escalón a escalón con más facilidad. Así que es una versión mejorada del salta y arrastra la pierna chueca, agarrándome al pasamanos con el brazo sano.

No puedo negar el miedete de esta primera bajada en solitario, tampoco la satisfacción compartida al alcanzar la puerta oxidada que da a la calle.

El aire sabe diferente hoy. Calcula conmigo el tiempo que me lleva llegar al trabajo caminando desde casa: demasiado. Acepto que necesito otro medio de transporte, básicamente porque con este tiempo impredecible nunca puedo saber cuándo me caerá un chaparrón encima y se me derretirán los yesos. Entiendo el setenta y cinco por ciento de lo que me dice, y en estos momentos mi palabra de anclaje es *taxi*. Le digo que no puedo permitírmelo, me responde que lo pagará el seguro del accidente. Chachi.

Después de una hora larga caminando, llegamos a mi trabajo. Me espera fuera y me desea suerte. Yo me siento hecha polvo y hambrienta. Encuentro a mi jefa sin estrenar después de pasar mil barreras de caras compasivas adornadas de preguntas repetidas. Llevo la carpeta de diseños sujeta con el brazo malo y no tarda dos segundos en quitármela mientras me invita a su despacho.

Me suelto para explicarle mi plan —el cual no es otro que trabajar para no volverme loca (del dinero no le digo *na*—. Le cuento que puedo empezar en su equipo y como prueba le enseño la maqueta hecha esa misma madrugada. Le insisto en que puedo hacerlo, en que la incomodidad física se supera con una silla de oficina con ruedas. Me sonrío. Me dice algo que no entiendo, descuelga el teléfono y habla con alguien unos minutos.

«OK», me suelta. No puedo controlar mi sonrisa leonina. Me pone dos

condiciones: la primera es que no puedo trabajar a tiempo completo por blablablá —no sé qué dice—; la otra es que el trabajo que no haga aquí tengo que hacerlo en casa. «Great»,¹ le digo aceptando sus términos. Se incorpora y me ofrece su mano para sellar el trato. «See you tomorrow»,² me suelta a modo de despedida.

«See you tomorrow», le devuelvo a modo de bienvenida.

Sorpresas

La de cosas de las que una se entera cuando presta atención. Entender todo lo que te dicen ayuda mucho también a no perderse capítulos, así que tampoco es todo culpa mía, es cosa del inglés.

Sucede que mi pareja favorita y yo nos hemos ido cogiendo cariño durante mi tiempo de recuperación de extremidades. Tengo más intimidad con ella por todo lo que pasamos juntas en esas semanas iniciales, pero cuando estamos los tres, todo fluye igual de bien. Resulta que no son tan cansinos.

Para mis amigos y familia del otro lado, ellos son los rompehuesos; para mí ya tienen el estatus de Jane y Malcom. Al principio fue difícil tratar con ellos porque eran exageradamente amables, ahora ya están bajo control. Gracias al hostiazo en el taxi, ahora mi vida es mejor, tiene más chicha. En el trabajo, también, todos me saludan: soy ese garabato andante en el medio de los colegas perfilados y coloreados, porque, ya se sabe, ser un esbozo ortopédico te confiere mucha visibilidad.

El caso es que todavía no domino todos los entresijos de esta preciosa lengua inglesa. Ya me gustaría. Al parecer, Jane me dijo hace una semana que Malcom estaba de cumpleaños y que hoy, como cada año, celebra una fiesta con los amigos para celebrarlo. ¿Cuándo me lo dijo? Ni puta idea. Solo sé que necesito un regalo urgente y unas medias nuevas para cortar.

Jane está aquí con un vestido para mí y se ríe de mi cara de pánico al enterarme del percal. Me calma diciéndome que no me preocupe por el regalo, que a Malcom no le importan esas cosas. Me pongo lo que me acaba de traer, me ayuda a peinarme un poco y me visto con unas medias cualquiera. Me consuelo pensando en que nadie se va a fijar en esa pierna.

En el coche con Jane me siento entusiasmada. Ya no sudo por el esfuerzo de bajar las escaleras y disfruto de la ciudad de noche ¡Lucecitas! Ella me explica que la fiesta es a las afueras de Londres, donde Malcom tiene una casa.

¿Casa? En mi pueblo eso se llama *casoplón*, *chalé*, *mansión*... Cualquier sinónimo se ajusta a la descripción exceptuando la palabra *casa*. La veo reírse de mi asombro y me doy cuenta de que está muy guapa esta noche. Me da asco que los dos sean tan atractivos y perfectos, eso sí, da gusto mirarlos.

Me deja en la entrada y se va a aparcar. Luego me aparca a mí en un sofá de los múltiples que hay en la sala principal. El viaje en coche es de lo mejor en lo que va de noche. La gente de esta fiesta me mira extrañada, me saluda cordialmente y vuelve a lo suyo. Jane y Malcom circulan de un lado a otro como buenos anfitriones. No les culpo de mi aburrimiento, pero el sueño es mi enemigo en esta velada. Algunos invitados se acercan y me preguntan si soy la chica del accidente. Ejem... ¿No se nota o qué? «Gilipollas», añade mi otra yo.

Beber es un peligro, porque mi equilibrio en este modo estatua es delicado. Así que me aburro más y más. El *¿qué coño hago aquí?* se repite en mi cabeza cada dos por tres. Me levanto porque me meo y necesito estirar mi única y musculada pierna. Me siento como una reina hinchada: la gente se aparta a mi paso dejándome espacio y haciéndome el pasillo. Solo les falta aplaudirme.

Una eternidad después encuentro el baño. Al salir, Jane me encuentra a mí y me presenta a algunos de sus amigos, los primeros en esta fiesta que intentan incluirme en sus conversaciones. Capto la palabra *broky* varias veces, pero no sé lo que significa. Pongo atención y me entero de que un cuarto de los invitados son modelos, otro cuarto actores, otro tanto cantantes y el resto plebe como yo, y como ellos mismos. Me concentro más y logro entender que Malcom es representante. Entiendo ahora lo del *casoplón* y lo de la aglomeración de tíos y tías buenas. Ahora todo empieza a encajar.

Hasta que se cierra el canal de información. Bajan la música, sacan la tarta.

Sopla las velas al son del *Happy Birthday*. Empieza a dar las gracias a los invitados y acaba diciendo algo de una boda. Ato cabos: Jane se acerca y se besan, la gente aplaude más fuerte. Silban, gritan, brindan. Pues va a ser que sí que hay bodorrio. Me alegro mucho por ellos, se nota que se quieren.

Al minuto estoy sola de nuevo. Mientras pensaba en la boda y en la buena pinta de la tarta, se han marchado todos a felicitarlos. Yo ni sueño con acercarme al corro de la patata. Suben la música y aprovecho para escabullirme de los amigos de Jane, majos, pero algo borrachos. Ya no me da la olla para pensar más en inglés. En vez de ir dirección baño voy en la opuesta para husmear un poco la casa. Esquivo alfombras potencialmente peligrosas y veo una puerta abierta al fondo del pasillo que parece que da al jardín.

Suposición correcta. Menudo campo de fútbol y vaya tela con la piscina que tiene montada. Las luces de colores son la hostia. Los lujos de la mansión me hacen pensar: empiezo a entender su reacción al ver mi estudio, más exagerada con lo del colchón en el suelo. Lo recuerdo y me río yo sola.

Una voz me asusta, doy un brinco y poco me falta para perder el equilibrio. Unos brazos intentan agarrarme. Chsss, estoy bien. Hay un tío a mi izquierda en el que no me había fijado. Se disculpa a la vez que sonrío divertido. Le sigo el rollo porque es un macizorro de los que salen en las revistas. ¡*Mamasita!*

Descubro que después de tanto tiempo sin sexo no me he pasado a la reproducción por esporas. Me jode no haberme caído cuando me asustó, así habría tenido más contacto con él que el de su mano estrechando la mía en estos momentos. Después de la presentación formal, me pregunta por el cómo pasó; se lo explico a mi manera. Me cuenta que sabe lo coñazo que es tener la pierna inutilizada. Le pregunto su cómo. Me lo explica con poco detalle.

Así llevamos un buen rato ya. No tiene grillos en la cabeza, ni monos con platillos. Me gusta, porque está que no veas; me gusta también lo que entiendo de su conversación. De hecho, su cara me suena y le pregunto si es cantante. Se ríe de buena gana. Me supongo que la respuesta es no.

La voz de Jane distrae mi atención y la veo salir por la puerta. Me acerco a ella, la abrazo como puedo y la felicito de corazón. Saluda brevemente a mi compañero de cháchara y este aprovecha para escapar. La visual de su espalda alejándose poco a poco devuelve mis bragas a su lugar original.

«Quién fuera ropa para acariciar su cuerpo», me comenta esa voz que habita en mí.

Una idea empieza a tomar forma y resuelve mis dudas existenciales. Ahora por fin sé qué es lo que hago aquí: ¡viva la reproducción sexual!

Reinas

No me siento inclinada a dormir en casa ajena, pero aquello era un palacio, así que pude hacer una excepción. Así que aquí me encuentro esta mañana, en una cama enorme de la que me es bastante difícil salir gracias al actual estado de rigidez en el que sobrevivo.

Tengo hambre como para comerme la carroña de cualquier gatito africano. Me arrastro como un gusano invertido hasta que los dedos del pie bueno tocan el suelo. Consigo vestirme y busco la cocina. Joder, casi necesito un plano para orientarme en esta casa.

Unos cuantos rodeos después, logro identificar mi abrevadero personal. Mientras atravieso la puerta, doy gracias a que mi habitación tuviera baño propio, porque mearme encima no entraba en mis planes a corto plazo. Veo que dos de los amigos de Jane y Malcom también sufren del despertar famélico. Nos saludamos y me fijo en que están devorando tortitas con chocolate. Luego veo al tío de blanco.

¡Coño! ¡Tienen un cocinero! Toma, toma y toma. Como si fuera la reina de Inglaterra, le ordeno que me haga unas tostadas francesas con un capuchino aderezado con canela. No sé decir *canela*, así que se queda en capuchino, que sí lo entiende. Repito otra vez. Comida gratis, cebada asegurada.

Mientras engullo como si no hubiera más comida en el mundo, entran más invitados. La mesa tiene ocho plazas, así que cabemos todos cual familia feliz. Tralarí, tralará. Empezamos siendo tres y ahora Inglaterra entera está invadiendo mi espacio vital de ingestión de alimentos: la pareja con la *pole position* frente a mí; a mi derecha, un tío bastante guapetón y su amigo el feo; a mi otra derecha, otra pareja aquejada de ciertos síntomas posfiesta.

Estoy llena, pero solo pienso en repetir para tener la excusa de la comida en la boca y así no tener que contestar. Soy como el juguete nuevo. Mejor aún, soy el juguete roto al que interrogan como testigo para saber quién se lo ha cargado.

Aparece Jane para salvarme. A Tarzán puede espachurrarlo el gorila, que yo me quedo con esta mujer. Me saca de allí para llevarme a su cuarto y escoge unos cuantos vestidos flojos, ropa interior y medias. Intento decirle que no hace falta que me dé nada, pero es muy terca. La dejo ganar porque siento como la reina necesita sentarse en su trono. Me transporto hacia mi baño sin perderme ni una sola vez. Lo que hace la necesidad.

Después de la ducha me convierto en Jane, pero a lo orco. No es mi intención compararme con ella, pero su ropa tiene conflictos con mi figura. Salgo de mis aposentos y persigo las voces para encontrarme con el resto de la corte. Están todos charlando tranquilamente en una terraza cerrada que da al jardín. Me saludan de nuevo y, como buena reina que soy, me dejan una butaca donde apoyar mis nobles posaderas.

Lo peor de no dominar una lengua es lo que tardas en descifrar de lo que se habla al entrar en una conversación sin haber participado en los preliminares. Sin saber el contexto, me siento como leyendo fórmulas matemáticas: identifico las letras y, a veces, ni eso. El resto es un conjunto vacío.

Poco a poco voy pillando palabras sueltas. Algún tiempo en pasado. Mi cerebro empieza a encajar el puzle. Repaso frases de atrás hacia adelante. Rezo y espero que no me pregunten nada. Vuelvo a identificar la palabra *broky*. Todos me están mirando. ¡Oh, oh! ¡Peligro! El guapete de ojos grises me pregunta si me gusta el nombre. ¿De qué coño habla? Le digo que sí a la vez que me encojo de hombros, por decir algo. *Yes, yes, yes*, eso siempre funciona. Aplauden y me sonrén. Mierda, que alguien conecte mi wifi a este momento.

Poker. Por fin algo que hacer que no implique sobrecalentar mis circuitos neuronales aplicando reglas gramaticales. Veamos de qué palo van estos

blancuchos. Veo que las mujeres se levantan en dirección sabe Dios dónde, pero a mí, de aquí, no me mueve ni cristo. Malcom me mira y me pregunta si juego. Me gustaría responderle «Me ofendes con esa pregunta», pero no sé cómo se dice *ofender*, así que con un *yes* va que chuta. El «¿sabes jugar?» del feo sí que me molesta. Mi «yes, I know»¹ con tono cortante lo deja seco. Le hago el mítico gesto de «te vigilo» con el dedo índice y el anular apuntando a mis ojos, luego a los suyos. Muchos *oooh*, risas y exclamaciones varias hacen que un segundo después la tensión mute a cachondeo. La que les espera.

Después de casi dos horas de parejas, tríos y escaleras varias me encuentro en un *face to face*² con mi amigo el guapete. A Malcom, al feo y al zampatortitas me los he tragado sin masticar. Cuando la suerte me toca, ni Dios se me acerca. Empiezo a dudar cuando en la tercera mano me dice «All in»³ y mueve todas sus fichas al centro de la mesa. Tengo pareja de reinas. No me ayuda nada a decidir tener ocho pares de ojos acechándome, las *ladies*⁴ han vuelto. Lo miro. Me mira y sonrío. No me lo trago, solo quiere marcar territorio para dominarme. A mí nadie me mea encima.

«All in», le respondo. Exclamación número dos multiplicada por ocho. Oh, oh, el ojos grises sonrío tanto que se le forman hoyuelos en las mejillas. Deja sus cartas sobre la mesa. Dos reyes. Tal cual: caca, mierda, boñiga, zurullo..., estoy jodida. Al ver mi doble reina, se levanta y lo celebra. Me echo la mano a la cabeza y me cago en las putas probabilidades. «Joder», suspiran mentalmente mis dos voces en una.

Saca el *flop* y no hay nada para mí ahí, todo para él: un *full* así de gratis. Quema carta y la siguiente es una reina. ¡Bien! Los dos tenemos lo mismo, solo que él gana, yo me jodo. Eso es el karma restregándomelo en la cara por creerme la reina del norte.

La cuarta... ¡Reina! Imposible.

Ahora es él el que se lleva las manos a la cabeza. Los gritos y las risas son la banda sonora de este momento ideal. La quinta no le vale. Mi póker es invencible. Me levanto e imito su movimiento pretirada. Bailo un poco estilo

hámster mientras le sonrío enseñándole todos mis dientes. «Broky, Broky, Broky!»,⁵ empiezan a tararear los otros mientras el guapete y yo nos estrechamos la mano a modo de clausura.

Resulta que yo soy Broky. De las cosas de las que una se entera cuando presta atención.

Bombillas

Desde el incidente del póker y el bautismo inglés, parece que soy el nuevo miembro de la corte. No me gustan nada las reuniones de más de tres, pero voy acostumbrándome a la fuerza en el trabajo. Ya no soy esa chica rara y planta de interior, no, señor, ahora soy el ficus que crea cosas molonas.

Jane y Malcom están encantados con mi integración en la secta del palacio. Siempre que puedo me escaqueo de sus quedadas, pero Jane sabe bien cómo acorralarme. Me sorprende lo rápido que ha llegado a conocer mis rarezas, me disgusta la velocidad a la que reconoce mis excusas. Así que una vez a la semana me obliga a salir del modo ermitaño para socializar en el mundo nocturno. Se me va pasando el miedete a lo oscuro cuando voy acompañada. La putada es que esa liberación no me quita la pereza.

Vivo de los momentos de charla con el otro lado. El sobreesfuerzo mental desaparece y puedo decir todo lo que quiero como quiero. Antes no sabía que hablar es uno de los grandes placeres de la vida, ahora saboreo cada puta palabra. Cuando vuelvo del trabajo después de horas de atención sin límites a lo que me dicen y a lo que les digo, no puedo con la cabeza. Me siento tan reventada de estrujarme el cerebro en la comunicación que lo último que me apetece es seguir forzándolo hasta sufrir un derrame cerebral.

Entonces aparece Jane y me secuestra. Al principio pensaba que el alcohol podría ayudarme, pero ahora no pruebo ni gota. Un fémur fisurado y un húmero roto son todas las lesiones que puedo soportar por ahora. Experiencias anteriores probaron también que la tendencia ética en mi sistema es ralentizar la identificación de vocabulario y acabar poniendo a todos en *mute*.

Así que me esfuerzo un poco más, hablo con todos o uso la técnica de la boca llena. *Easy*.¹

Esta noche es una de esas noches de terapia social. Echo de menos usar pantalones, poder hacerme una coleta, rascarme sin necesidad de tenedores o agujas de calcetar. Quiero usar los dos calcetines. Sueño con dejar de dormir boca arriba. Eso es lo que le cuento a Ojos Grises cuando me pregunta cómo estoy. Es un poco deprimente, pero parece no importarle. Me dice que me admira por cómo lo llevo mientras yo me pregunto qué estará mirando que yo no veo o si es posible que me haya entendido mal.

Me declino por la opción B.

Después de Jane y Malcom, es mi tercer humano favorito de esta isla. Sabe que me cuesta entender y me habla a la velocidad adecuada: ni muy rápido, para que no me pierda y me sienta inútil, ni muy despacio, para no ofender mi inteligencia. Se descompensa un poco cuando bebe, pero empiezo a pillarle el truco a esos vaivenes.

El feo es muy gracioso. Es el mito de la teoría compensatoria entre atractivo y divertido: si eres Gollum y quieres pillar, más te vale conquistar con coñas o acabarás jugando al cinco a uno toda la vida. Él es el ejemplo perfecto. Yo no entiendo la mitad de lo que dice y, aun así, las expresiones corporales que utiliza hacen que me ría con ganas. Además, se nota que es buena persona.

Esta noche es excepcional porque coincidimos todos. El matrimonio zampatortitas es agradable. Ella siempre me dedica un tiempo para admirar los garabatos de mis yesos —decorados por mis compis de trabajo— y preguntarme por los proyectos que tengo. Tiene una voz que me recuerda a la de un dibujo animado. Su hombre es una de esas personas hipertranquilas que suele ignorarme por no tener tema de conversación en común. Por eso todavía me cae mejor. No me raya con nada.

Los resacosos son los más ruidosos. Al parecer, llevan años casados, pero, a diferencia de los comilones, pensar en hijos les asquea. Les encanta la fiesta,

viajar y salir por ahí a conocer gente nueva. De toda la corte, son con los que menos *feeling*² tengo. Ella habla mucho, mucho, mucho. Eso significa que te atosiga a preguntas lanzadas tal cual tira los platos una amante despechada. No puedo con ella. Él es muy similar, solo que su modo inquisición va dirigido hacia las diferencias culturales con las que me tropiezo diariamente o hacia el póker. Con el fútbol desistió hace unas semanas.

Somos tantos en esta mesa y el *pub* está tan lleno que empiezo a agobiarme. Aparecen puntitos brillantes por todas partes, como bombillas en una tienda de lámparas. Me disculpo y me levanto de la silla para salir a tomar el aire.

Aquí, mirando esa farola y con el frío aclarando mi cabeza, noto como alguien me pone el abrigo sobre los hombros. Me giro esperando ver a Jane y me sorprende encontrarme con Ojos Grises. Mi sonrisa se refleja en esos simpáticos hoyuelos.

«Thank you, Jack».³ Veo como sacude levemente la cabeza mientras apoya la espalda en la pared.

Su silencio me acaricia el corazón.

Vips

El único vip que conocía era el que hacía mi móvil cuando me llegaba un WhatsApp. Normal que cuando me llevaron al reservado de aquella discoteca me sintiera todavía más fuera de lugar que de costumbre.

La aventura bailonga empezó como cualquier noche de viernes en la que irrumpen en mi zulo y me sacan a rastras. Los papis comilones no salían y los resacosos tomaron el control de las decisiones inmediatas. Así acabamos en aquel lugar: Malcom, de cháchara con famosos varios; los ruidosos, dándolo todo en la pista, mientras Jane y el feo intentaban seguirles el ritmo.

Para empezar, yo no quería estar allí. La puñetera presión de grupo me obligó a agachar las orejas y a dejarme poner la correa. El *¿qué coño hago yo aquí?* volvía a mi cabeza de forma repetitiva como si fuera el estribillo malo de una canción del verano.

Toda la noche apalancada sobre cojines blanditos respondiendo a preguntas de desconocidos. El tema recurrente era bastante obvio. Tengo que reconocer que con algunos la conversación fue provechosa en cierto sentido: Jane me vigilaba a lo lejos y, al verme acompañada, disfrutaba de los meneos con alcohol olvidándose del papel de niñera en acción.

Se marcharon los últimos curiosos y pude respirar aliviada. La música estaba muy alta y me hacía más difícil entender de lo que me hablaban aquellos famosetes. El relax no me duró ni tres minutos.

«How are you?»,¹ fue lo que escuché mientras estaba entretenida riéndome mentalmente de los movimientos de una modelo borracha. Al girar la cabeza, su sonrisa me sacudió como un canguro defendiéndose. Le respondí «Fine»,²

mientras mi cerebro se desencajaba intentando averiguar por qué esa boca me resultaba tan familiar.

Debí de poner ojos de china pensativa, porque lo siguiente que le entendí fue «cumpleaños de Malcom», un blablablá y «garden». ³ Se me desfrunció el entrecejo cuando la palabra *jardín* me atravesó el conducto auditivo. Automáticamente le ofrecí mi mano buena y una sonrisa involuntaria. No recordaba cómo se pronunciaba *barba* —no *oso*, ni *cerveza*—, así que le solté algo así como «Sin lo de asustarme y sin el arbusto ese que tenías en la cara no te había reconocido».

Era triste que me acordase de una palabra tan difícil como la de *arbusto* solo por asociarla a aquel presidente americano que esquivaba zapatos.

Interrumpí mis reflexiones pensando en que su expresión debía de ser la misma que pongo yo ese veinticinco por ciento del tiempo en el que el inglés me acorrala y no sé dónde esconderme. Me acerqué a su oído y se lo repetí modificando el tiempo del último verbo. Cuando volví a mi posición original, se estaba partiendo el culo.

Me dijo algo y no lo entendí. Se inclinó para acercarse a mi oído y me puse más rígida que un niño que sabe que le van a poner una inyección. Me preguntaba con quién había venido. Le señalé al resto de la corte. No me dejó preguntarle nada, porque inmediatamente después el aire de su boca acariciaba de nuevo el contorno de mi oreja. Un escalofrío me recorrió la columna mientras me esforzaba por explicarle que me habían secuestrado y plantificado en aquel sofá.

Estuvimos un buen rato así, balanceándonos como el pajarito que bebe agua. Un maravilloso paraíso destrozado por las piernas más largas del mundo. En milisegundos se lo llevó y volví al estado vegetativo. Era el hombre más guapo —sexí, tío bueno, cachondo, macizo, buenorro...— que había visto en mi vida. Pensaba en más adjetivos al verlo a lo lejos rodeado de satélites brillantes.

La llamada de la naturaleza me forzó a desplazarme esquivando humanos y

desechos de ellos. Al querer volver a mi puesto de vigilancia, me encontré con que los ingleses lo habían tomado sin mi permiso. Lo acepté como una señal, busqué a Jane entre la multitud y me crucé con Malcom. Me despedí y le dije que pillaba un taxi para volver a casa, que no se preocupara, más pensando en Jane que en él. Le deseé que pasara buena noche y fui a por mi abrigo.

Ahora el fresquete de la noche y el recuerdo de esa sonrisa encantadora me acompañan mientras espero a mi carruaje. Ni en sueños un hombre así se fijaría en alguien como yo. Ni soy estúpida ni fantaseo con comedias románticas altamente improbables. «Haces bien», me dijo esa otra que vive conmigo.

La llegada del taxi interrumpe mi diálogo interior. Camino hacia él a mi paso de tortuga cuando me adelanta una que va como una moto. «No será capaz», me digo. Ya está abriendo la puerta de *mi* taxi cuando se me enciende el dragón que llevo dentro y empiezo a gritarle —con mucha educación— que qué coño hace. En un pestañeo, otra persona me adelanta para agarrar del brazo a la listilla con medio cuerpo ya dentro de mi medio de transporte.

Casi estoy llegando cuando se gira el hombre. El Arbusto otra vez. Me como los insultos aprendidos de la novia psicópata del piso compartido. La tía esta ya está fuera de mi taxi, debería calmarme. La miro a los ojos esperando una disculpa y me ignora como si fuera un bicho aplastado en el suelo.

Noto como el dragón se está aprovisionando con ácido y lava. Recupero los insultos almacenados en la papelera de reciclaje: en tres, dos, uno...

«I'm really sorry.»⁴

Las palabras mágicas no salen de la patilarga, pero funcionan como extintores de mi ira interior. Giro la cabeza para mirarlo y asiento a modo de «te lo acepto» por no decirle: «Tu novia es una zorra».

La siguiente escena es él apartando a la gilipollas y ayudándome a entrar en el taxi como un buen caballero. «Good night»⁵ son las últimas palabras que me dirige.

Mientras me alejo, noto cómo desaparece el calor del contacto dejado por

su mano en la mía. La verdad me noquea al instante. «Ni en sueños porno», me
recuerda mi yo más cruel.

Quién fuera patilarga.

Ventanas

Qué gustazo me dio verme la pelambreira de la pierna. Cuanto más la miraba, más se me parecía a la pata de un hombre raquíto, muy raquíto, y peludo.

Antes de que el de la sierra se fuera, le rogué que me dejara quedarme con la escayola. Los dibujos que la adornaban me habían hecho compañía durante muchos meses y no quería perderlos. Los argumentos de Jane fueron mucho más efectivos y salí de allí como una niña con un regalo de Navidad.

A mi brazo todavía le quedaba un poco más de cocción, pero sostenerme sobre las dos piernas de nuevo lo sentí como un momento de verdadera felicidad. Jane me agarraba con cara preocupada. Le di un golpecito en la mano, me soltó y empecé a caminar —todavía con mi muleta— diciendo: «¡Adiós, medias cojas; adiós, vestidos saco; adiós, picores imposibles!». «Hola, selva mugrienta», vino a decir la frase de Jane para concluir mi dramatización. La miré y le sonreí como llevaba mucho tiempo deseando hacer.

Al segundo la tenía encima otra vez, abrazándome y disculpándose por todo lo que me había hecho pasar. La aparté para recordarle que los accidentes no son culpa de nadie. Tenía los ojos húmedos cuando me sujetó por el brazo y se echó a caminar. Pasito a pasito fui cogiendo confianza. Cada metro recorrido me confirmaba el miedo que yo ya había olisqueado: la felicidad compartida sabe mejor.

Fuera yeso, dentro vida. Las mejorías en el trabajo fueron evidentes: los del equipo ya no me prestan tanta atención y todos somos más felices. Lo que no ha cambiado es que todavía sigo como etiqueta de quita y pon sin sitio definitivo. Puede que sea porque a la jefa le dé pena largar a una

convaleciente. Tengo la teoría de que por eso me hace pulular colaborando un día con uno, otro día con otro. Así sucesivamente hasta el infinito y más allá. O por eso rezo yo en mis invisibles plegarias.

El caso es que ahora estoy ayudando al genio creativo. Sus ideas suelen fascinarme, pero la que estamos desarrollando en este momento huele a vómito reciente. O sea, apesta. Me mira con esas cejas pobladas y sé que sabe que el proyecto no me gusta. Hay cosas que no se pueden esconder.

La reunión del grupo que acaba de anunciar la jefa me da como mal rollo. Y, *voilà*, a los quince minutos descubro que no soy la única a la que la idea de una concha con poderes le parece una bazofia. La jefa nos informa de que los de arriba han tumbado el proyecto y que necesitamos una nueva idea. Ver la cara de la estirada en estos momentos no tiene precio. Me repatean los lameculos desde la más inocente infancia, así que disfruto viendo como su concha se hunde en su propia mierda. Glu, glu, glu.

El Creativo abre lo que parece una tormenta de ideas. Eerror. La Lameculos está irritada y necesita que le den pomada antes de poder volver a sentarse. La Hormiguita interviene para ignorarla y hacer comentarios sobre las invenciones del casi cejijunto. La jefa alza la voz barriendo sus propuestas con una escoba de hielo. Qué mala hostia tiene.

Entonces sale a escena el Pacificador. Con su voz grave y su cara redonda, enfatiza que somos un equipo. Saca a relucir dificultades anteriores —en esta parte no me entero de mucho— y termina su intervención recordando los grandes proyectos que han sacado adelante. A mí, su *speech*¹ ni me va ni me viene, pero a los otros les toca la patata. Para mi sorpresa, todos se calman.

Vuelvo andando a casa mientras me estrujo el cerebro buscando alguna idea nueva. Decido preguntarle a mi jefa la cortante el porqué de no utilizar alguna de mis maquetas. Puede que mañana le eche ovarios y lo haga... o puede que no.

Me centro en que he quedado con Jack para que me ayude a colgar las cortinas en mis dos ventanas. Mi idea era que Malcom y Jane fueran mis

operarios, pero les pareció gracioso tenderme la emboscada de mandar a Ojos Grises —quien al parecer es un manitas soltero— en su lugar. A mí no me hizo ni puta gracia.

Antes de llegar al Callejón Violación —así es como he bautizado a mi calle—, lo veo saliendo del súper de la calle de al lado. En cuanto me reconoce, me sonrío y señala a mi pierna mala, que ya casi es buena. Me sigue el ritmo mientras me pregunta sobre la recuperación de mi otra extremidad. Poco después se sorprende por la cantidad de escaleras que hay que superar hasta llegar a la puerta diecisiete, que es donde me escondo.

Fue al súper a comprar unas cervezas. Lo descubro cuando le ofrezco una de la nevera y me sugiere meter seis más... Es un detalle atento que me hace desconfiar de hasta qué hora quiere quedarse en mi guarida.

Para mi sorpresa, la tarde se pasa volando. Le gustan mis muebles viejos disfrazados de nueva generación. En un momento dado, le cuento mis aventuras previas al accidente yendo con mi superbici —que en paz descansa— en busca de tesoros potenciales. Me pregunta por los zorros.

«¿Zorros?», mi cara de estreñida sale a la superficie. Coge un papel y un boli para dibujarme lo que ya sé que me está diciendo: un zorro. Le explico que conozco al animal en cuestión. Replantea su pregunta para que la entienda. Entonces me entero de que en esos barrios residenciales los zorros salen por la noche a robar comida de los contenedores. Yo nunca me crucé con ninguno porque por la noche ya estaba a salvo en mi casa.

Una nueva historia empieza a ocupar mi mente consciente. Le doy las gracias por la inspiración, las cervezas, las cortinas, la conversación y la paz en el mundo. Lo echo de mi zona verde para sacar a la luz al zorro que se esconde a plena vista.

Cuando se marcha, me doy cuenta de dos cosas: la primera es que no me disgusta estar a solas con Jack, la segunda es que el techo del estudio se mueve de lado a lado.

«Das pena», me suelta mi amiga la borde mientras me tumbo para que se

me vaya la pájara. Por una vez, no se lo discuto.

El zorro va a tener que esperar a que se haga de día.

Máscaras

Acepté ir a la fiesta sin protestar. Seguramente me iba a arrepentir, pero acababa de saber que me habían hecho miembro permanente del equipo y tenía ganas de celebrarlo. No era noche para hacer el hongo en casa, era noche de regar el ficus.

Mi pierna estaba recuperando tono muscular y por fin parecía menos un palillo y más una pata de pollo. Me sentía casi genial. El casi llegó cuando Jane me preguntó dónde estaba mi máscara. A veces me gustaría coger el mando y poner los subtítulos para que no me sigan pasando estas cosas.

Jane se veía histérica porque estábamos ya delante del museo. «Sin máscara no te van a dejar pasar», me dijo con voz alterada. Mientras me regañaba, Malcom se acercó a nosotras. Como buen agente, propuso una solución rápida: que fuera a un todo a cien que había al final de la calle a ver qué encontraba.

Odio cuando tengo que comprar en una tienda que no conozco y que tiene cincuenta mil cosas a la venta, peor todavía cuando lo que necesitas es tan pequeño. Después de una eternidad, en diez minutos lo único que encontré era más careta que máscara: debía tomar una decisión importante.

Ahora no sé si elegí la mejor opción. Las caras de Malcom y Jane no pueden ser más diferentes: ella parece que espera a que saque la máscara de verdad, él sabe que esto es lo mejor que he encontrado. No puede parar de reírse. Al final, Jane acaba contagiándose. Si no fuera yo, reconozco que también lo haría. Ahora no me hace ni puta gracia.

El tío que pide las invitaciones me mira mucho. No es porque admire mis piernas chuecas o mi muleta medio rota, tampoco es por mi brazo enyesado en

ángulo recto estilo robot. Nada de eso. Es lo que cubre mi cara lo que le llama la atención. Entre las muchas máscaras venecianas, la cara de un dibujo animado amarillo no pasa desapercibida.

*Ladies and gentlemen,*¹ esta noche no soy Broky, esta noche soy Pikachu. Este cacho de cartón es lo único que protege mi identidad del resto de elegantes asistentes a la gala benéfica. Cómo me alegro de que me cubra toda la cara. Solo tengo una duda: ¿Cómo coño bebo sin desvelar mi identidad?

Malcom y Jane no me pidieron que me alejara de ellos, pero sé que un pokemon rondándoles no es lo mejor para su imagen. Les digo que voy a la zona de los canapés; ellos se van hacia el centro de la sala.

Como buena planta de interior, estoy echando raíces. Odio cuando hay tanta comida que no sabes qué elegir. Todo tiene buena pinta. Me concentro en averiguar cuáles son los que van a saber mal. La copa de vino no es de garrafón y empieza a costarme hacer elecciones. Me decido por una bandeja. Cuando mis dedos están a un nada de coger un pastelillo, chocan con otros más largos y brillantes.

La señora esta me mira con cara de asco. «Yo tampoco quería tocarle sus arrugados y reumáticos dedos, vieja», le dice mi borde interior sin palabras audibles. Se aleja de mí con su premio y esa mueca retorcida. Le saco la lengua, choca con el cartón y me sabe a mayonesa... Mmm, qué rico.

Sigo rondando la mesa de la comida. Un enmascarado de más de metro ochenta se me pone al lado. Lleva el pelo largo recogido en forma de coleta. «¿Para qué tienes el pelo largo si no lo luces?», le pregunto telepáticamente. Parece que me escucha, porque veo cómo se gira hacia mí. Me planteo seriamente si tengo poderes mentales.

Su máscara solo le cubre hasta la nariz. Coño, me está preguntando algo. ¿Ha dicho *eat o it?*² Mierda, no le entiendo. Le respondo con un *sorry*,³ repite y me entero de que me está preguntando cómo como. Se lo muestro: levantar careta, zampar bizcochito, recolocar careta. Le sonrío y me doy

cuenta de que no me ve. Sonríe más todavía por mi tontería. Qué feliz soy yo conmigo misma.

Él asiente asombrado por mi método devorador. Como estoy de humor, le pregunto qué pinchitos me recomienda. Me señala una bandeja y me lanzo a por uno. ¡Puaj! Así como entra en mi boca, sale a una servilleta cercana. Puede que no me vea el careto, pero sí el pastiche del pañuelo que dejo abandonado sobre la mesa. Acabo el espectáculo y quiero preguntarle si tiene papilas gustativas. No sé cómo se dice eso. Se me enciende una bombilla, saco el móvil donde recientemente me he descargado un diccionario. Un minuto después le hago mi pregunta. Sonríe, no por la coña, al parecer, sino por todo el tiempo que me ha llevado encontrar dos palabras.

Me responde que sí que tiene, que me reta a probar otro. Lo dudo. Me observa mientras me lo pienso. Me suelta algo de que me lleva a un centro pokemon si me enfermo. Me río por la broma estúpida y acepto el desafío. El desafío acaba en una servilleta igual a la anterior y yo buscando algo con lo que quitarme el sabor a pie sudado de la boca. ¡Oh, grandioso y sabroso alcohol! Mi héroe.

Le repito la pregunta sobre sus órganos sensoriales, esta vez completamente en serio. Se ríe mientras a modo de respuesta me propone cambiar de ubicación: la gente no para de empujarme y mi brazo sigue en estilo maniquí. Mientras caminamos hacia otra sala, me pregunta el porqué de mi careta. Le contesto que la otra opción era Peppa Pig y que prefiero ser un animal que echa truenos a una cerda que habla.

Vuelve a reírse. Al parecer, no solo a mí me pone chistosa el alcohol. Encontramos un banco y me interroga sobre cómo pasó —en referencia a mi brazo—, le respondo que en un combate. Inmediatamente me pregunta de nuevo de dónde soy, le contesto que de Japón. Antes de que me atosigue más, le digo que prefiero mantener mi identidad en secreto. «I'm agree»,⁴ me responde con gesto serio y simpático a la vez.

Me gustan esos dientes perfectamente alineados. Seguimos charlando de los

misterios de la vida y de algunos animales inventados. Me doy cuenta de que me han robado el tiempo cuando mi copa está vacía. Como buen caballero con coleta, me la quita y se levanta. «Thank youuu...»,⁵ y dejo la frase sin terminar porque no sé cómo se llama. «You can call me Charmander»,⁶ y se señala al pelo.

«¿Y eso a qué viene?», me pregunto mientras se aleja. Segundos después veo que es un petirrojo...; vuelvo a reírme yo sola detrás de la máscara. Delante aparecen Jane y Malcom. Nos marchamos. ¡Nooo!

Adiós al juego entre la electricidad y el fuego.

Cobras

La foto de los tres en la fiesta fue motivo de risas varias durante un periodo de tiempo que me pareció excesivo. Quedé encantada al saber que ese viernes se iban todos al carnaval de Nothing Hill. Mi brazo de RoboCop elude multitudes como cierto presidente esquivando zapatos: por los pelos.

El efecto rebote no lo esperaba, eso sí. Se conoce con esta denominación al amigo que odia disfrazarse y se suma a tu plan de relax nocturno sin invitación. Jack, ese es su nombre.

Apareció cuando todavía me quedaban algunas cosas por recoger. Abrí la puerta y respiraba asfixiado. Ahora que he recuperado mi otra pierna, me resulta facilísimo llegar hasta mi refugio verde. Las escaleras Everest son ahora mi modo de entrenamiento diario y gratuito para mi pata anteriormente inutilizada.

El caso es que llevaba un par de cajas de cerveza debajo del brazo y otra bolsa llena de cosas que no llegué a identificar. Nada más entrar, ya me dijo que pedíamos la cena, pero que antes iba a colocar la inexistente repisa del baño.

«Qué majo es», pensaba mientras me situaba modo telaraña en la puerta del baño, obligándolo así a detenerse: venía en tiempo de ocio, no de chapuzas. Mi brazo chungo me imposibilitaba agarrarme al marco y hacer una equis en condiciones. Por eso una barrera humana no dañada habría sido más resistente al derribo que yo. Mi resultado fue primero de sorpresa por su fuerza, de risa aguantada después y de lucha contenida en último lugar.

Me movió como quien cambia de sitio una tele de plasma —despacito, despacito y con cuidado—. Nos aproximamos mucho durante el forcejeo y mi

traslado a la sala-cocina-dormitorio. Me arrepentí inmediatamente. Era la primera vez que veía esos ojos grises tan cerca de los míos.

Su colonia me mareaba, así que me alejé cediéndole el baño. Lo arregló más rápido de lo esperado, nos sentamos en mi cama-sillón y nos pusimos a beber.

No llevo muy bien esto de tener invitados invadiendo mi espacio personal, pero he de reconocer que él me lo puso fácil. Charlamos de muchas cosas que ahora me cuesta recordar. De eso me queda una sensación agradable.

La hambruna nos hizo detener la conversación y comer *pizza* como los zombis comen cerebros. Ya se había acabado una caja de cervezas y media cuando le conté mis inicios en esta ciudad con puentes. Mi monólogo dio para rato: la cerveza se me subía a la cabeza, no encontraba las palabras, buscaba en el diccionario, me perdía en mi historia...; él me escuchaba atento y jugaba conmigo al *find the word*¹: le intentaba *definir* la palabra, la dibujaba o hacía mímica. Una cerveza después, la mímica ocupaba todo el espacio.

Ya era hora de dormir la mona y empecé a utilizar la técnica mítica del «pírate de mi bar»: recoger cervezas, tropezar con su bolsa de herramientas y aplastar la caja de *pizza* sobrante con mi señor culo. Me reí, se rio y me ayudó a levantarme. Me impulsó con más fuerza de la debida.

Sus ojos estaban más cerca que después de la lucha por la conquista del baño. Su cuerpo tocaba el mío como la miga presiona el fiambre en un bocata. Me di cuenta de que estábamos teniendo un momento de esos de pelis donde se vomitan corazones. ¡Oh, oh! Mi cerebro me gritó: «¡Peligro!».

Ahora me encuentro en posición cobra: él quiere comerme la boca y yo inocularle veneno. La descripción de la situación, que dura un instante, pero que parece que se alarga en el tiempo, se resume en una palabra: incómoda. Veo que se queda todo cortado, se disculpa, se separa de mí. Respiro aliviada.

Al minuto tiene todo recogido, me da la mano a modo de despedida. Le agradezco la noche —aunque quisiera cortar ciertos momentos— y cierro cuando se va. Me quedo hecha mierda por pasar del buen rollo a este puto

nudo en el estómago. «¿A qué coño venía eso?», me pregunta esa voz cruel. No tengo respuestas, solamente arcadas.

Veo los restos de queso y pan mezclados con la última cerveza que no debí haberme bebido. Vacío lo que llevo dentro, tiro de la cadena y me pongo el pijama como malamente puedo. «Mañana me va a doler», pienso antes de pasar al mundo de las rosas parlantes y los edificios voladores.

La luz me da en toda la cara. Los enanitos de mi cerebro están picando piedra y solo una pastilla puede hacer que se vayan a dormir. Corro las cortinas, me acuesto de nuevo. Sueño con peces de *pizza*, bolsas de mares azules.

Vibra el móvil. Gruño un poco. Los enanitos están en coma. Miro el desastre que es mi refugio. Empiezo a recoger sin ganas de engullir nada más que litros y litros de agua. Al acabar ya me siento mejor. Eso cuando no pienso en el momento reptil de anoche. Tengo que mejorar mis bloqueos, porque en cuanto me despisto me vuelve la situación a la cabeza. Qué mal...

Me siento en la cama deshecha. Veo una bolsa azul tirada en el suelo. Después me fijo en la rueda de mi bici rota. Separo el caucho de la llanta, la pego en una de las maderas dejadas por Jack. Lo bloqueo con más fuerza. Recojo la bolsa azul y le sumo otras de diferentes tonalidades azules y verdes. Las recorto y las coloco en forma de ondas dentro de la circunferencia de la rueda. Mi sueño me ronda la cabeza. Cambio peces de *pizza* por peces de lata: doblo el metal para crear sus escamas brillantes de diferentes colores.

Miro el resultado. Le falta algo. Pongo los azules más oscuros abajo, los más claros arriba. Recorto botellas de plástico para ver qué sale. Se me aparece una medusa. Me doy cuenta de que tengo muchas botellas que reciclar. Utilizo el violeta de otra bolsa, pego varios tapones con el hueco hacia afuera y se solidifica ante mí un tentáculo bastante realista. Lo pego todo.

Me alejo un poco y ya sé dónde lo voy a colgar: una nueva ventana a mi mundo de pensamientos bloqueados, una nueva ventana a mis mares de mierda interior.

Ahora vuelve la serpiente. Mierda.

Espaguetis

Lo bueno del rechazo es que deja paso al silencio. Yo adoro el silencio. Por eso mi situación con Jack está en su punto ideal: hablamos lo justo cuando coincidimos en las reuniones de la corte, no nos vemos a solas, evitamos momentos que impliquen demasiado contacto visual. Perfecto.

Mayor perfección es poder tocarme el codo de mi brazo izquierdo. Mi enfermera Jane está casi tan contenta como yo de que vuelva a ser un humanoide completo. Ya tengo los dos yesos de decoración gracias a ella. Este mes la he visto menos porque anda con los rollos de la boda, no necesito ya su ayuda para limpiar el refugio y Malcom está viajando por trabajo.

No me esperaba sentirlo, pero con su ausencia y la de Ojos Grises tengo una sensación un poco rara, como con acidez en el estómago. Acepto que volver a recuperar todas mis funciones motrices tiene alterado mi sistema afectivo.

Cuando escribieron por el grupo lo de la fiesta de Halloween en el *casoplón* de Malcom, me alegré. Raro en mí, eso sí. Después, mi cerebro empezó a trabajar para encontrar el disfraz ideal. Así la alegría se transformó en desesperación, y esta en frustración. Después la ira del dragón arrasó con todo: mi brazo escuálido hacía que cualquier traje que no llevara mangas me hiciese parecer ridícula. El brazo espagueti sumado a la pata de pollo me daba aspecto de puzle en el que las piezas no encajan. Eso no se arreglaba con una máscara.

Se me acababa el tiempo. No dejaba de buscar ideas a todas horas, incluso en el trabajo. Me tocaba revisar diseños con la Hormigueta, pero me distraía cada poco. Me preguntó qué me pasaba y se lo conté. Reconoció que mis

extremidades recién recuperadas daba asquito mirarlas. Después de soltármelo así, sin filtrar, me ofreció unos cuantos disfraces que tenía en su casa a modo de disculpa. Acepté, qué otra cosa podía hacer.

Esta noche es la fiesta, son las cinco de la tarde y me encuentro en el piso compartido de mi compañera la trabajadora incansable. A diferencia de en mi anterior hogar, en este se respira limpieza y orden. Caigo en la cuenta de que a mí siempre me toca ponerme donde va a cagar la paloma. ¿Lo peor para quién? Pues para la rara esa que no sabe hablar bien.

Después de dos horas largas, de infinitos quita y pon, quita y pon..., sigo sin tener nada. Todo me queda un centímetro más corto de lo que debería. El disfraz de Chucky era mi faro en la distancia, pero acaba sintiéndose como una linterna en los ojos: muy molesto. Una de sus compañeras aparece y ratifica lo obvio: me queda demasiado pequeño. Se marcha y vuelve con sus propios disfraces. Vaya, qué maja ella.

Nada. Si no es por poco, es por mucho. El montón de trajes a mi lado me recuerda que se me acaba el tiempo. Para ir y dar pena no muevo el culo de casa, eso lo tengo claro. No voy a hacer otro Pikachu. Le doy las gracias a las dos por el tiempo perdido. Ellas se ven igual de decepcionadas que yo.

Vuelvo a casa desilusionada. Suena el móvil y sé que es Jane anunciándome la hora a la que pasa a buscarme. Me sorprende ver que es la Hormiguita preguntándome dónde vivo: tiene un disfraz para mí. A la media hora aparece en el portal con una bolsa muy grande, enorme. «Es ajustable», me dice guiñándome un ojo, y me explica cómo ponérmelo y sacármelo. Me pasa el petate, me da un golpecito en el brazo y me desea buena noche.

Mi simpatía por ella se inflama como un globo llenándose de aire caliente. Le sonrío con todas mis ganas y la invito a subir. No tarda en aceptar.

Ahora que lo tengo puesto, mis ánimos no están tan crecidos. Es cierto que es de mi talla. Lo demás es otra cosa. Después de meses inmovilizada, la incomodidad del disfraz no es un problema para mí. El rollo es que su

temática no es muy terrorífica. Para solucionarlo, me pinta unas cicatrices en la cara, coge una barra de labios roja y crea sangre donde no había nada.

Ahora me veo mejor. Sigue sin venir a cuento el disfraz, pero ya no hay marcha atrás. No es Jane quien me espera abajo, sino unos amigos de Malcom que me llevan al palacio. Ella siempre piensa en todo. Yo pienso en las ganas que tengo de verla mientras la Hormigueta y yo bajamos las escaleras. La escena me recuerda a mi primer descenso con ella después de hacernos amigas.

Al llegar abajo, celebramos que no me he caído y muerto esta noche de fantasmas. Me despido y le doy las gracias. Vuelve a reírse de mí, incrustada en este disfraz que disimula mis extremidades descompensadas.

«See you Monday»,¹ le grito mientras se aleja por el Callejón Violación. Un «Have fun»² me llega ampliado por el eco de mi callejuela. Camino en sentido contrario hasta donde me espera mi carruaje real.

Y tanto. Los focos de una limusina negra me ciegan por un momento. «Espero que no sea mi coche fúnebre», pienso mientras me muevo hacia la puerta que se abre. «No seas gilipollas», me comenta la cruel que vive en mí.

Los de dentro me miran sorprendidos. Les sonrío, se bajan y me ayudan.

«Sitio para el gordo japonés, *please*», esa fue de las últimas frases mentales coherentes que recuerdo haber articulado antes de que estallara la locura.

Calabazas

Si Caroline, la Hormiguita, tuvo que empujarme para atravesar el portal oxidado, mis amigos del transporte real tuvieron que tirar de mí para entrar en aquel desmadre de coche. La situación era tan inverosímil que me pellizqué disimuladamente para comprobar que no estaba babeando en la almohada.

Pues no. Dolía.

El nunca haber estado en una limusina sumado a los famosos que había allí dentro me hizo sentirme fuera de lugar, para variar. Me ofrecieron una copa para mejorar la fantasía y la acepté encantada. Hay que tajarse para olvidar lo que llevas puesto y el efecto que causa en los demás. Con lo que ocupábamos yo y mi traje de sumo, creía que estaban incómodos por eso de ir apretujados. Durante el trayecto fue evidente que les parecía divertido, y mi ánimo volvió a elevarse como globo en el cielo. Foto, *flash*, selfi, *flash*, sonríe, bebe, morritos...

Al llegar a palacio, descubrimos que salir iba a ser más complicado que entrar. Unos empujaban desde dentro mientras otros tiraban desde fuera. Yo solo recé para que no me rompieran el brazo espagueti. A partir de ese momento, decidí evitar las puertas y los espacios pequeños.

La niebla alcohólica me borra pensamientos. Así me encuentro ahora atascada en la puerta principal. Malcom y Jane están a dos metros partiéndose el culo. Yo vivo un *déjà vu* reciente. Me gustan sus disfraces a juego de novios cadáver, pero no me hace puta gracia que me graben y no me ayuden. Mis *coleguis* del coche aplican la técnica de salida utilizada momentos antes para desatascarme.

No me como el suelo por los pelos. Nada más conseguir entrar en la casa,

el público me aplaude. Me encojo de hombros, hago una reverencia, saludo como una reina y me bamboleo hacia mi pareja favorita. Mientras me acerco, me doy cuenta de que Jack está a su izquierda. Con el disfraz de hombre lobo no le había reconocido. Sus hoyuelos sonrían al verme y le regalo un abrazo de oso amoroso. «Al que no le gustaba disfrazarse», pienso. «Será cabrón», añade la borde.

Me voy con él hacia donde se reúne el resto de la corte. Ya tengo otra copa en la mano que no sé de dónde ha salido. No me preocupo. Ian el feo está que lo parte con su disfraz de Popeye sangriento. Al principio no reconozco a Daniel y a Rose cometortitas porque llevan la cara pintada como el payaso de *Saw* y beben en vez de devorar comida. Aposento mi enorme enorme culo en un hueco que me dejan. Al rato me revienta la vejiga. Mi amigo Jack se ofrece a acompañarme. Le digo que no con la cabeza y me alejo a toda leche.

La cola del baño me recuerda evitar espacios pequeños. Relleno la copa de camino a la terraza que da al jardín. La puerta doble está abierta y paso sin problemas. Bajo las escaleras para buscar un sitio donde mear tranquila. Veo un escondite cojonudo, aparto con dificultad la pieza inferior del disfraz — como me enseñó la Hormigueta— y dejo que el río fluya. Qué gustazo, sí, señor.

Me recoloco aliviada, me preparo para arrancar. Llego a las escaleras, doy la vuelta. Mi copa me ha abandonado. Me giro y la veo apoyada en la piedra donde la dejé. Pataplás. No sé cómo acabo en el suelo. Me río sola. Me río hasta que me doy cuenta de que no puedo levantarme. Consigo alcanzar el vaso con los deditos. Bebo por la pajita y me resigno. El cielo está precioso esta noche.

Empieza a cundir el pánico cuando veo que se me acaba el alcohol. Hago aspavientos a una sombra que baja por las escaleras y creo que se me acerca. Uno vestido de cocinero macabro me pregunta qué hago aquí tirada. Ejemplifico mi problema con el movimiento sexi de la tortuga perezosa. El tío se ríe, se saca una foto conmigo de fondo y, al final, me ayuda a levantarme.

No sé si besarle o darle una colleja por retrasado. Cuando me doy cuenta de que es el hombre arbusto, me decanto por la opción A. Tarda un poco en reconocerse en ausencia de mis partes solidificadas. Yo reconocería esa sonrisa hasta sin ojos. Mientras subimos las escaleras, lo escucho disculparse por lo de la zorra y el taxi. Le digo que se calle, que estamos de fiesta. Que no me raye.

Vamos caminando hacia el salón-discoteca cuando me hace un gesto de «vente a bailar». Asiento con la cabeza. Consigo cruzar la puerta sin grandes problemas, me giro hacia él, lo celebro levantando los brazos para notar al instante que se acaba el suelo. Ruedo como una croqueta para encontrarme de nuevo en modo tortuga. Putos escalones. El cocinero arbusto me ayuda a levantarme. Miró alrededor para descubrir que todos se están riendo de mí, el Arbusto incluido. «Ah, sí, pues que se rían de verdad», me digo.

Arrastro al pobre cocinero al centro de la pista y comienzo a escenificar todos los movimientos cutres que se me ocurren: el egipcio, el baile del pollo, el Carlton, el gusano, la batidora..., pero este hombre no se mueve. Poco a poco, veo que empieza a imitar mis pasos. Se acercan los resacosos con sus copas en alto para unirse al bailoteo. Ahora entiendo el rollito que tienen Grace y Thomas, mis fiesteros favoritos.

No sé cuántas canciones seguidas llevo bailando. La gente me sigue como si fuera el alma de la fiesta: lo que consigue un hombre gordo en pañales, no lo consigue nadie. Me paro a reabastecer mis líquidos etílicos acompañada por mi cocinero fiel. La música está alta, no consigo entender lo que me dice. Saca su móvil y me lo da. Estoy pedo, pero no hasta el punto de no entender que me pide el número. Se lo anoto mientras rezo para no equivocarme en ninguna cifra. Me da un beso en la mejilla para alejarse con su copa hacia otra parte.

Pienso en ese beso todo el camino de vuelta a casa. Jack, el hombre lobo, me acompaña junto con otros borrachos dentro de la limusina. Se baja conmigo, me ayuda a abrir y cruzar la puerta oxidada, a subir las escaleras. Le

digo que puedo sola, que se vaya. Me ignora. Está simpático con ese traje de pelo.

Sostengo que puedo desvestirme sola. Me pide que lo demuestre. Me retuerzo como una lombriz. No, la parte de arriba, imposible. Odio que tenga razón. Me ayuda a librarme de la barriga de gordo. El siguiente paso es quitarme el pañal con las piernas acopladas. Eso puedo sola. Acabo en mallas y top delante de él. Le sonrío por volver a recuperar la movilidad. Él entiende otra cosa.

Un parpadeo después, sus labios ya están presionando los míos. Esa voz de mi cabeza no me grita nada. Entonces me abandono al contacto de sus manos sobre mis caderas.

Welcome to England, baby. ¹

Caracoles

Fue la fusión de la hambruna afectiva con el alcoholismo nocturno lo que me llevó a descubrir los atributos escondidos de mi amigo Jack. Para mi desgracia. El tío me hizo el movimiento del caracol hasta que consiguió comerse mi lechuga.

Me siento fatal.

He jodido el equilibrio de un ecosistema que ya no puede arreglarse. Eso es lo que le solté a Jane al día siguiente de la fiesta desmadrada. Al final no había estado con ella en toda la noche —o eso creo— y seguía con ganas de verla. Aceptó mi proposición al vuelo. Yo me traté la resaca antes de que aterrizara.

Ahora que podía caminar libremente, evitaba quedar en el espacio verde que es mi hogar. Paseamos por el parque antes de parar a tomar un café. Nos pusimos al día y le confesé lo de Jack. Su reacción no fue la de una persona sorprendida, aunque lo intentó con fuerzas. Entonces deduje que ya lo sabía por otras fuentes con órganos sexuales colgantes.

Me preguntó por qué no estaba contenta. Sus dudas no iban relacionadas con el rendimiento sexual del hombre en cuestión, sino hacia términos de tipo relación estable. Se lo expliqué rápido para cerrar el tema de una vez: Jack me caía muy bien, pero no lo veía de esa forma. Tenía mucho y al mismo tiempo le faltaba lo básico, como un fuego que te alumbraba, pero no te da calor.

Ella me insistía en que se nos veía bien juntos, que conectábamos. No se lo negué. Intentar explicar sentimientos en tu propia lengua es chungo, hacerlo en inglés es morir estrangulándote el cerebro. Ni idea de si realmente entendió lo

de *something more*, pero yo quería finiquitar la conversación y pasar a otros asuntos.

Fue ella la que me sacó el tema de mi amigo el Arbusto. Mmm. Solo de pensarlo se me escapaba una sonrisilla. Al parecer, nuestros bailes estúpidos llamaron la atención y éramos la comidilla de la posfiesta. Yo solo pensaba en que me gustaría ser su comida, desayuno y postre. Mientras desvariaba, ella cambió de tema hacia la boda y me obligué a prestarle atención.

Ahora estoy andando de vuelta a casa y puedo soñar despierta todo lo que me salga del culo. Me fuerzo a reconstruir la noche pasada etapa por etapa. Estoy llegando al callejón y solo tengo claras escenas sueltas en el tiempo; el resto que recuerdo son trozos aislados. Mientras subo las escaleras, veo el móvil inglés para usar las fotos compartidas en el grupo como referencia temporal de la historia.

Estoy llegando al sexto cuando veo los vídeos que acaban de enviar Rose cometortitas, Malcom e Ian el feo. ¡Hostia! El golpazo en la canilla me produce un dolor agudo. *Fuck!* Paso el último escalón a la pata coja presionando la zona herida para reducir la sensación de quemazón. Me siento en la escalera, porque los vídeos me están licuando el cerebro. No puede ser.

Vídeo *number one*,¹ yo misma atascando la puerta principal; vídeo *number two*,² mi yo borracho caído en el medio de la pista de baile; vídeo *number three*,³ alguien que se parece a mí vomitando en una maceta... Quiero morirme. «Deberías, porque das pena», me suelta mi voz en *off*.

Me juro que no volveré a beber alcohol. Me tapo la cara con las manos: me siento tan humillada que creo que me voy a dejar rodar por estas escaleras para forzar una amnesia leve. Entro en casa pensando en quién es esa de los vídeos. «¿De verdad soy así?», me pregunto.

No me reconozco.

Dejo todo encima de la mesa excepto el móvil. Tengo que verlos otra vez. La vergüenza que siento no se me quita fijando la atención en el hombre arbusto. Rezo para que él estuviera tan pedo como yo y que su recuerdo de la

noche esté tan distorsionado como el mío. Rezo con más devoción para que no caigan esos vídeos en sus manos..., por favor. Mientras, en el grupo están de cachondeo. Me imagino de qué cotorrean. Paso de leerlo. *Chao, pescao*.

Levanto la vista y ahí está el causante de todo: el traje de sumo. Me pongo a limpiarlo, porque me da palo devolvérselo a la Hormiguita así, hecho mierda. Me concentro en las manchas para alejar los pensamientos destructivos que me bombardean la cabeza: Jack, el ridículo étlico, el beso del hombre arbusto. Hoy es el día de los difuntos, un día muy apropiado para celebrar mi muerte social. La amnesia leve por conmoción sigue rondándome la cabeza.

Hora y pico después, mi móvil está que arde; mis manos, en el mismo estado de tanto frotar. Intento no cogerlo, pero me puede la curiosidad. ¡Oh, oh! Otro vídeo. «Que no sea mío, que no sea mío», suplico en alto. ¡Zas! Thomas, Grace, el Arbusto y yo dándolo todo en la zona de baile. Cierro los ojos con fuerza para intentar despertarme de la pesadilla. No funciona.

Me fuerzo a pensar en positivo: esta vez no soy la única protagonista. No me consuela una mierda. Los resacosos no tienen vergüenza. Yo, por el contrario, quiero chasquear los dedos y desaparecerme. Quiero una máquina del tiempo. Quiero un *desmemorizador*. Quiero llorar. Lo intento y no me sale. Vuelvo a las manchas.

Me cuesta horrores quitar los restos verdes del traje. Creo haber hecho todo lo posible y lo cuelgo a secar. Me prohíbo mirar más el móvil. Para evitar tentaciones, me pongo a hacer los ejercicios de rehabilitación recomendados para mis recién recuperadas extremidades. Me aburro enseguida. Pongo música en el portátil.

Un mensaje de Jack. No debería de haber mirado el puto móvil.

Lo abro. No lo abro. Mejor lo abro... ¡Mierda! Para qué lo abriría. Quiere quedar hoy. Que se olvide, no estoy ni para mí misma. Me la suda que quiera hablar de lo de ayer. Yo lo que quiero es enterrar el *suceso* junto con algún dinosaurio extinto, a ser posible transformarlo en petróleo y quemarlo. Ya

sabe que lo he leído, así que ahora tengo que responderle. «Estás en racha, tía», me dice mi amiga la cruel.

Hago una tormenta de excusas: me van a hacer un exorcismo; mis huevos están a punto de eclosionar; se me ha muerto el perro; mi casa está ardiendo; se me ha roto la pecera... Puedo estar así hasta que se descubra el principio del universo. Me quedo con la clásica «tengo resaca». Fin de la historia.

Mientras me pienso cómo escribírselo, recibo otro mensaje. No conozco el número. Al abrirlo descubro quién es: mi amigo el sumo vuelve a su legítimo dueño. Qué bueno que vienen a llevarse al gordo.

Circuitos

Después de la borrachera del día de las calabazas, estoy centrada en procesos constructivos y no destructivos. Pongo cera, pero no la quito.

Jack y yo hemos entrado en la fase de olvidar que nos hemos visto en bolas. La *charla* fue más incómoda que aquel momento cobra entre los dos: de tres segundos a una hora hay un abismo, y el cable que lo cruza se llama *agonía*. No más follar con amigos, no más situaciones avestruz sobre cemento.

En fin, todo es desigual. Ahora tengo más contacto con los resacosos que con él. Empezó todo como una técnica de escape, pero resultó que son la hostia de simpáticos. Tantas fiestas y viajes dan para miles de anécdotas. Jane está a tope con lo de la boda, pero sigue guardándome un asiento a su lado. Por ella no puedo sentir nada más que cariño.

Como buena etapa constructiva en la que me encuentro, he dejado apartado mi asco social. Caroline es tan incansable en el trabajo como en el ocio. Gracias a ella me he ido a conocer Oxford y Cambridge. Su compi de piso es como su hermana y las tres hacemos un trío interesante. No he vuelto a coincidir con el *sexy boy*¹ dueño del disfraz de sumo. Vaya mierda.

Los impulsos interiores que me dominan son culpa de Ojos Grises. Con su movimiento caracol conectó cables que había tardado eones en deshabilitar. Ahora la electricidad campa a sus anchas por los circuitos donde se unen mis piernas. No consigo apagarme.

Así me encuentro ahora, en modo luminoso. Que el hombre arbusto me escriba para quedar no me ayuda. Creo que voy a sufrir una sobrecarga.

Hace un mes largo que me envió su primer: «Hi, Broky»,² pero yo sigo en *shock*. Quiero olvidarme de esas comedias románticas en las que la amistad

acaba en sexo salvaje, anillos, críos y amor con tropezones. Mi yo más cruel me reenvía la imagen de la patilarga del taxi. Ese es el tipo de agua que cortocircuita mis sistemas fuera de control. Así mejor.

Pienso en esto para calmar mis nervios. Me la pela que llegue tarde a la cita, más minutos para buscar esa paz interior de la que tanto hablan. La mía está muy bien camuflada, porque el tembleque me recorre enterita nada más verlo en la puerta del *pub*. *Oh, my god...*³

Si en el estado luminoso yo era una onda, ahora me siento como una partícula en estado gaseoso: muy dispersa. Me han sentado fatal los tres téis previos a la entrada del buenorro en la sala y mis tripas se mueven como un dirigible relleno de aire turbio que me fuerza a retener en mi interior. Es difícil de cojones. Control de carreteras, nervios, conversación en inglés. ¡Ufff!

Aislando el gas, él es perfecto. Cada línea dibujada en su cara, cada gesto, cada sonrisa, cada puñetero pelo. Esos ojos azules. Intento centrarme en lo que dice, pero cada detalle físico me deja más embobada que el anterior. A pesar de sus distracciones, soy una chica multitarea que puede con todo... o casi. Me voy volando al baño porque pienso que voy a estallar.

Salimos a pasear por un parque cercano. Ya hemos hecho repaso a los momentos previos pasados juntos. Descubro que tiene todos los vídeos de Halloween y más. Hago el gesto de despedirme y me marchó en sentido contrario. Se ríe y me agarra por el brazo. Cómo me gusta que me toque. «You're a funny, funny girl»,⁴ levanto los pulgares a modo de *OK* aunque no esté de acuerdo. «Toca más abajo», piensa la salida que vive en mí.

Se nos hace tarde entre los árboles. Después de tanto paseo, mi refugio no está lejos. Se ofrece a acompañarme hasta casa. Se queda sorprendido por el miedo que da el callejón de noche. Le digo cómo lo he bautizado y me regala una de sus sonrisas moja-bragas.

Bloqueo mis deseos de darle un mordisquito.

«Te ha acompañado porque es un caballero», me digo mentalmente. «No te

hagas pajas mentales, no quiere utilizar su espada contigo», me sigue hablando esa voz cruel. Justo después me dice que se lo ha pasado muy bien, que podemos repetirlo cuando vuelva de vacaciones.

El din, din, din, din de las tragaperras resuena en mi cabeza. Mis impulsos me retan a acercarme más. La patilarga entra en escena mental y espachurra toda la fantasía. Gracias, piernas de arpía, tú sí que eres una buena amiga.

Como de costumbre, veo como su espalda se aleja y desaparece al girar la esquina. Su beso de despedida me deja con hambre. El olor de su colonia se mantiene un tiempo en mi sistema y disfruto lo que dura. Voy en modo automático subiendo las escaleras, pero evito el último escalón antes de repetir el tortazo del mes pasado.

Los nervios previos a su llegada se fueron a jugar al escondite. No me queda más que felicidad y estúpidas esperanzas de volver a verlo.

Me pregunto qué necesitaría para conseguir a alguien como él. Me abofeteo mentalmente al darme cuenta de que ya lo tengo.

«Soy imperfectamente genial», me digo. «Eres un bicho raro, más bien», comenta la cabrona que vive en mí. «Si no le gustamos tal cual, puede irse a buscar rajitas a otra parte», añade. Mi aumento momentáneo de autoestima me ayuda a superar el hecho de que mi vida vuelve a estar en una maleta.

Mañana vuelvo a casa. Entre la relajación poscita, los nervios del viaje y los futuros reencuentros, mi barriga continúa el proceso comenzado a la vez que detenido en el *pub*. Corro hasta el baño.

*Home, sweet home.*⁵

Duendes

Volver a casa no fue como me esperaba. Los reencuentros siempre son dulces, pero las despedidas me dan náuseas. Mi madre se ha pasado las dos semanas como si yo fuera un árbol y ella mi koala favorito. El resto de la familia se ha decidido a cebarme porque soy la mitad de lo que era. La nutrición y los cotilleos de la vida famosa en Londres me dieron caza sin descanso en cada reunión familiar. Qué coñazo.

Con los *amigos*, igual. Me he hartado de escenificar el accidente, la mansión, las fiestas, el modo estatua. Me gustaría que me preguntaran si soy feliz; sobre mi trabajo, no sobre el dinero y la vida de gente desconocida. Por eso lo que me ocurre allí solo lo comparto con mis dos únicos compañeros de desastres, conocedores de todos mis movimientos en los diversos planos de esta existencia paralela en la isla mágica.

Pienso en eso sentada de nuevo en el asiento del avión. No importa qué lejos me encuentre, volver junto a ellos es sentirse en casa.

Necesito parar de recordarlos, porque me estoy emocionando y odio llorar en público. El moco que se me escapa ilustra bien que no digiero las despedidas. La palabra *digerir* se me asocia con el recuerdo del vómito del flacucho traspasando la tela del vaquero y mojando mi piel. Me da un miniescalofrío. Al momento, sonrío por la ausencia de incidentes extraños en este nuevo año, en este nuevo vuelo. «Bien, bien», me sonrío.

Después de pasar los controles y dejar atrás la multitud, voy en busca de un bus que me acerque a casa. Antes de llegar, veo a lo lejos a una chica saludando con la mano. Parece que va para mí, me giro hacia atrás para comprobar que no es para otra persona. Pues claro que no, es Jane.

La veo correr hacia mí con los brazos abiertos y una de sus sonrisas deslumbrantes. Yo me reconozco haciendo lo mismo. Cuando la abrazo, me doy cuenta de que me envuelve la misma sensación que cuando ando con mis dos compinches: ya estoy en casa.

Después de unas cuantas lagrimillas tuyas y unos pocos pañuelos míos, me explica que la sorpresa fue idea de Malcom. Lo vemos a lo lejos apoyado en el coche. No puedo evitar darle otro abrazo, menos efusivo, y les agradezco a los dos el detalle de venir a buscarme. Tal y como ya pensaba, los reencuentros son de lo más empalagosos.

Estoy convencida de que los duendes de la pasada Navidad le dieron una somanta de palos a las probabilidades. Muchas cosas podían salir mal. Muchas. Por ahora, solo me encuentro con lo bueno, así que vivo en tensión esperando alguna hecatombe, desastre nuclear, ciclogénesis explosiva o apocalipsis zombi. Jodiendo la buena racha, llegamos al *pub* donde espera casi toda la corte. Eso incluye a Jack.

No todo podía ser perfecto.

Van a atosigarme a preguntas y mi inglés está en proceso de deshielo por el parón navideño. Me cuesta enlazar y encontrar palabras para responder a todos los dardos que me mandan. Intento resumir todo en pequeñas burbujas para que las admiren y luego las exploten. Cuando acabamos, recuerdo la pesadez mental de la que me había olvidado durante quince días.

Al cabo de unas cuantas horas, todos nos marchamos. Jane y Malcom lo hacen antes por no sé qué de una cena. Los comilones e Ian el feo no tardan mucho en imitarlos; Jack se ofrece a acercarme a casa. Pago el precio de la incomodidad asexual por disfrutar de seguridad para mí y mi maleta.

Sorprendentemente, está mucho más accesible y gracioso. «El medio mes fuera le ha sentado cojonudo», pienso. Aparca a un lado del callejón. Voy a despedirme cuando de sopetón me coge la mano. Me entra el pánico y se me va tan rápido como se me metió en el cuerpo: me dice que quiere volver a lo de antes, a ser amigos de verdad, a charlar, a tomarse unas cervezas y a pasar

la tarde. Le digo que quiero lo mismo —por dentro, mi amiga la cruel duda que funciona—, que podemos intentarlo. Se da por satisfecho con mi respuesta —o eso creo—, me besa en la mejilla y me desea buenas noches.

Camino sorprendida por los nuevos horizontes, que parece que se están arreglando, de este ecosistema llamado Jack. Cargo la maleta hasta el sexto y me siento reconfortada porque sigo en forma: ni calambres ni respiraciones entrecortadas.

Mi verde hogar está tal cual lo dejé: congelado. Tiro todo por ahí para tumbarme en mi cama haciendo el movimiento del ángel. Echaba en falta mi soledad y mis manías domésticas. Enciendo la estufa; luego pongo a cargar el móvil inglés mientras desempaqueto la comida que me ha hecho la mama. Mi koala personal sabe cómo alimentar a su árbol preferido.

Un duendecillo inesperado se cuelga por mi chimenea invisible: un mensaje luminoso de mi amigo el hombre arbusto-actor buenorro me anuncia que vuelve a la ciudad este mes. Salto en la cama, bailo con música cerebral, saludo como si hubiera ganado el Tour. Me duele la cara de sonreír. «James, James, James, James, James, James» es lo único que escucho de fondo.

Tengo otro mensaje sin leer, unas cuantas llamadas perdidas. Rellamada y uñas entre los dientes. A los seis tonos, me responde un hombre que se identifica como el calvo de la oficina, el de la sección de decoración, que resulta que todavía quiere hacer las fotos de mis muebles vagabundos reconvertidos en estrellas del *rock*.

¡Ufff! Suspiro aliviada. Nadie la ha palmado y no estoy despedida. Guay.

Mientras hablamos, voy quitándome el abrigo. Quedamos para que se acerque la semana que viene. La charla se termina rápido, cuelgo y me quedo pillada.

Me concentro en disfrutar de las buenas noticias: Jack 2.0, Arbusto en perspectiva, reconocimiento artístico. Lo intento. Lo intento más. Lo malo siempre me espera agazapado en la sombra de lo bueno. Tiemblo al recordar el accidente. Me calmo: «Deshaz la maleta, relájate, chica dramas».

La maleta apesta a comida. Encuentro un táper extraviado debajo del neceser. Al levantarlo veo que sus órganos están ilesos, pero sus fluidos empapan todo lo que no he quitado de la maleta. O sea, todo. ¡Joder!

Eau de cocido ¹ para ella, todo para ella.

Despedidas

Por fin vuelvo a ser simétrica. No más pierna pollo, no más brazo raquíutico. La rehabilitación, la piscina y la bici funcionan. Me veo mejor que nunca, me siento completa. Se acabó ser el triste sándwich olvidado en la máquina expendedora.

A excepción del olor a descompuesto que sale de mi maleta, por ahora nada se me ha cagado encima. «Por ahora», me suele recordar ese yo cruel que habita en mí. El caso es que las novedades caminan hacia el lado opuesto del desastre: la sesión de fotos de los muebles me escupió una sorpresa poco asquerosa.

Resulta que *La ventana de mierda* —mi *collage* poscobra a Jack— llamó la atención más que mi mobiliario modificado. Me lo anunció hace unos días el jefe de diseño de la séptima planta, en una reunión conmigo y con mi jefa en la que nos explicó que uno de sus contactos estaba interesado en la obra. *Obra*, lo escuché y no pude evitar reírme en silencio. El deshecho de una resaca arrepentida resultaba atrayente para algunos raritos. Pues vale.

Justo acaban de venir a llevársela. Me da pena cuando la quitan de su verde hogar, le tengo mucho cariño. Al parecer, algunos defensores del medioambiente creen que es una crítica a la contaminación de los océanos..., y yo me parto. ¡Qué imaginación tiene la gente! Me hace ilusión que guste y todo eso, pero el caso es que ahora mi atención se mueve hacia otros caminos: estoy que no cago por mi amigo el Arbusto.

Hoy es el día del reencuentro, una nueva cita a solas. ¡Yuju! Tengo unas horas muy muy sociales por delante y no me envuelve la ansiedad que me dejaba antes desquiciada. *Oh, yeah!*

Apartando la emoción de la cita en ciernes, muero de ganas por lo que le hemos preparado a Jane. Me integré —voluntariamente— en el grupo de organización de su despedida de soltera porque desde que me accidentó estoy en fase pletórica de ascenso lunar. Necesito devolverle algo de esa felicidad que me da sin saberlo. Ella se lo merece todo. Y yo quiero dárselo todo.

Última visual en el espejo y ya estoy lista para encontrarme con el hombre con el que toda mujer sueña. Me ha propuesto recogerme para llevarme a un sitio. ¡Uuuh! Qué misterio. Lo espero fuera del callejón, veo que se acerca un deportivo negro y que alguien me grita desde dentro. ¡Ah, coño! Es él.

Es subirme y mis bragas se bajan. Nos damos los besos de rigor mientras pienso en detener el tiempo, violarlo y reiniciar el contador. Ojalá. Arranca el coche. Es todavía más sexi cuando conduce. «Relájate, joder», me grito.

Charlamos de las Navidades, sus viajes, los trabajos, las novedades. Salimos de la ciudad para comer en un *pub* en el medio de la nada. Me confiesa que le gusta pasar desapercibido. «Por eso lleva esas barbas», entiendo. Al terminar, paseamos por los alrededores. Empieza a llover y volvemos al coche. De sol a diluvio universal en una milésima de segundo: tiempo inglés que ni Dios entiende.

Enciende el motor. No tiene ni idea del gusto que me da poder mirarlo sin interrupción. Volvemos a Londres y me pregunta si quiero ir a su casa.

Whaaat?!¹ Shock total. El corazón se me está descosiendo del pecho para salirme por cualquier agujero disponible. Al momento me aclara que quiere que conozca a alguien. ¿Es una invitación sexual... o no?

Ya me gustaría. Sansón es el nombre de su gato obeso. No quiere que juguemos al teto, ni a la piragua, ni al Marco Polo. Quiere que conozca a su puto gato... Vaya chasco, y, de paso, vaya piso de diseño que tiene el amigo. Seguimos la conversación en el sillón. «Si me trae hasta aquí para no desvestirme, mala señal», pienso al mismo tiempo que me cuenta anécdotas de la bola de pelo. Esto no mola. «Pringada», se ríe la zorra que vive en mí.

Se acerca la hora de irme, le explico el itinerario de la despedida de Jane

de vuelta en el coche. Él me confiesa los detalles guarros de una a la que asistió hace unos años. Me deja catatónica perdida con algunas escenas que describe.

Más rápido de lo que me gustaría, se para enfrente del Callejón Violación. Le agradezco la comida y la presentación de la familia. Se ríe, se desabrocha el cinturón y me regala otros dos besos con olor a hombre inalcanzable. Le confieso que se me ha hecho corto. Me arrepiento al segundo, abro la puerta y me salgo a toda leche. Esta vez lo veo marcharse sin admirar su parte trasera. ¡Quién fuera asiento para que se tumbara encima! Me quito de la cabeza realidades imposibles para concentrarme en lo bueno que está por venir.

Rose cometortitas y Grace resacosa pasan a recogerme al poco tiempo. La siguiente etapa es raptar a Jane para aislarla sensorialmente: cascos y antifaz en acción. Vamos en el coche de camino a la primera parada de su fiesta, ella no para de reírse por la selección de canciones preparada por Malcom.

Ay, cómo repatea el amor cuando no lo tienes.

Llegamos a la panadería, donde ya está el resto de la comitiva fiestera. Tenemos un curso de pastelería comprado para todas, porque ella es megafán de hacer pastelitos. Al quitarle la música y el antifaz, sonrío como una niña al vernos a todas disfrazadas de marineras. Coñas náuticas y besos, le colocamos a ella el gorro de capitana para meter las manos en la masa.

Después del amasar más zampar, la sesión de belleza y relax en su salón favorito, unas copas en el London Eye al atardecer —con una cabina solo para nosotras—, y la cena espectáculo, puedo decir que casi todas estamos contentillas, borrachas o desinhibidas. Intento controlarme para no repetir la de Halloween.

Ahora estoy bailoteando junto a Grace y Jane, libre de restricciones de movilidad. Soy feliz aquí, soy feliz en este momento. Jane quería alejarse de las zonas vip, así que nos abandonamos al ritmo con el resto de los humanos de clase media. Les aviso de que me voy a por otra cerveza, que vuelvo rápido.

Rápido, los cojones. Media hora después consigo mi botellín. De vuelta a la zona chicas, me cruzo con un tío que me suena. Me paro, se para, nos observamos. ¡Hostia, el chico sumo! Todavía no sabe de qué me conoce, se lo recuerdo. Abre la boca cuando lo escucha y asiente. Sin más palabras de por medio, me acerca a él para que bailemos pegados. Sigo con los circuitos inestables, me dejo arrastrar hacia ese pecho de gimnasio. Acaba la canción, empieza otra y sus manos me atraen hacia él. No aguanto más este calor.

Ojalá fueras James.

Girasoles

Mi segundo encuentro inglés me dejó mejor recuerdo que el primero. Solo intercambiamos fluidos y sudor, pero el *sexy boy* me ayudó a refrigerar mis circuitos recalentados. Ahora estoy mejor.

¡Ja! Y una mierda.

He estado intentando bloquear a esta voz cruel que últimamente no me deja vivir tranquila..., el trabajo es lo único que me regala silencio mental. La forma de ser de Caroline me ayuda a desarrollar esta concentración laboral hasta los límites de la muerte corporal. La jefa me hace colaborar con ella más que con los demás, así que vuelvo a casa exhausta: nada más tocar la cama, se me apaga el interruptor y el vacío me atrapa.

Estamos trabajando en la historia del zorro callejero y sus aventuras. Me siento supermotivada por estar desarrollando *mi* historia. Los labios gruesos de Caroline mordiendo todo lápiz, rotulador o bolígrafo existente me hacen recordar no chupar ningún utensilio de oficina que ella tenga cerca. Hasta tengo pesadillas con eso. ¡Puaj! Qué manía más asquerosa.

En el descanso del mediodía entretengo a mi cerebro cabrón escuchando los avances del bodorrio que se acerca. Jane está desbordada entre la organización y el trabajo de estilista. así que solo nos vemos un par de veces por semana. He intentado rellenar ese agujero con Caroline, pero no tiene arena suficiente. Como Jane no hay nadie más.

Por otra parte, me he dado cuenta de que me falta un hervor a la hora de entender a las personas. Últimamente, tengo como un *yuyu* cuando estoy con los otros del equipo y demás compañeros de la editorial. Puede que sean paranoias más o malentendidos por el inglés —mejorado, pero lejos de ser

perfecto—, el caso es que no sé muy bien cómo explicarlo. Me da mala espina. O ellos son diferentes o lo soy yo, no hay tercera opción. Usaría el comodín de la llamada para preguntarle a Jane, pero ya lo he gastado. No tiene ni idea.

Dejo de rayarme por cosas invisibles al recibir un mensaje de James. «No te emociones», me susurra la hija puta que vive en mi interior. Le doy una patada mental para dejar fluir lo que sea que me domina en estos momentos. Mayormente, lo llamaría *felicidad*. Menormente..., *frustración emocional*. Ojalá no fuese así, pero tengo que aceptar que estoy en la casilla de las amigas.

Eso sí que jode.

Este sentimiento solapado es culpa del figura. Si no fuera tan atractivo, yo sería un girasol que buscaría otra fuente de luz, pero no, tiene que ser así de perfecto. Después de conocerlo a él, ningún hombre despierta en mí nada similar a lo que él consigue sin intentarlo: devoción absoluta. Yo soy la mosca que va directamente a la luz violeta que envuelve su cuerpo caliente.

Que me churrusque entera, por Dios.

Solo mis compinches del otro lado conocen esta situación descompuesta. Todavía no entiendo por qué no se lo he contado a Jane, pero la verdad es que no sabe nada. Cada vez que quiero confesarme, pienso que no es buen momento y lo pospongo.

Ahora que me paro a digerir mi falta de sinceridad, recuerdo que lo de Jack ya lo sabía. Igual de esto también está enterada y yo haciendo el gilipollas.

Jack.

Sigo barriendo el suelo mientras aparecen en mi cabeza sus bonitos ojos grises. Quedamos unas cuantas veces a solas desde el *suceso*, pero no es como antes. Hay asuntos que ambos evitamos para que no se vuelva todo incómodo. El póker nos da tema de conversación cuando los grillos cantan entre nosotros. Por lo demás, el ecosistema se muere.

Mi *Ventana de mierda* todavía circula por ahí. Ahora se expone en Bristol.

El que lleva el negocio me ha preguntado si tengo más *obras* y le he dicho que no. La inspiración no relacionada con historias solo me derriba cuando estoy en pánico emocional. Prefiero mil veces que me devore el desierto creativo a la tortura sentimental.

Todavía sigo esperando a que llegue la tercera guerra mundial para hundirme en la mierda. Hace tiempo que las probabilidades no me contactan, así que a cada día que pasa me vuelvo un poco más paranoica. Por fin estoy de alta médica y disfruto de mi cuerpo recuperado antes de que me espachurren de nuevo o me tiren una maceta a la cabeza.

Termino la limpieza semanal y bajo a la lavandería a hacer la colada. Jane me viene una y otra vez a la cabeza. Empiezo a preocuparme por si se enfada conmigo. Al momento, mi yo cruel asocia a Jane con las catástrofes que me derriban cada poco tiempo.

Ya la estoy llamando, escucho el octavo tono y cuelgo. La preocupación empieza a joderme de verdad. La ropa da vueltas y vueltas, la señora que está a mi lado me pide que pare de mover la pierna porque la estoy poniendo nerviosa.

Me vibra el móvil mientras la abuela Poppins me regaña: es ella. Descuelgo y escucho su voz de siempre. Se me escapa el aire que retenía dentro.

«Jane, I've something to tell you.»¹

Fantasmas

La confesión con Jane fue de lo más liberadora. Quedamos a la tarde siguiente en el pisazo que comparte con Malcom. Ahora que conozco este paraíso escondido, me arrepiento de haber rechazado su invitación postrauma múltiple: encantada habría vivido allí como paciente cero.

Estuvimos las dos solas hasta que Malcom se unió para cenar. Jane me puso ojitos de perro hambriento, le dije *OK* y al segundo le soltó lo de mis citas secretas con James. A él, ella no puede esconderle nada.

Cuando terminó el resumen, el careto de Malcom no demostraba excesiva alegría. Reconocí su sorpresa y poco más. Jane le tiraba de la lengua... Entonces empezó a soltar por esa boquita de piñón. Gran error escucharle.

Llevo toda la semana reviviendo las innumerables relaciones, cuernos, aventuras, escenas, odiseas y mitos griegos que Malcom no pudo callarse. No pudo contenerse, no.

Ahora más que nunca sé que no soy su tipo. ¡Ni de coña! Querría pensar que viendo el panorama anterior casi que mejor, pero no. Sigo queriendo probar la tarta —aunque sea de todo menos buena—, es más, si pudiera, sería como el niño de *Matilda* que se la come toda y luego enseña el plato como trofeo. Omitamos la parte en la que se la revientan en la cabeza.

Ñam.

Me gustaría preguntarle directamente sobre todas estas historias, pero está grabando una peli en donde Matusalén perdió la chancleta. No hay posibilidad de que nos veamos hasta dentro de mucho tiempo. Por todo este melodrama, mi humor oscila entre mi ser impaciente y mi ser borde.

Ahora mismo soy el erizo que imita a un cactus. ¿Exagerado? Para nada,

tía. Tengo a la Lameculos al lado, esa *lady* que saca lo peor de mí. Trabajar con ella se conoce como ese estado comúnmente denominado *tortura*. Me encanta lo que hago, pero sueño con estrangular ese cuello de cisne, con cada respirar, con cada estúpida palabra que escapa de esa lengua de mal bicho. Por una vez, la cruel que vive en mí y yo misma estamos de acuerdo: la odiamos, la odiamos mucho.

Llevamos dos semanas trabajando codo con codo, once días que me han parecido la eternidad en el infierno. Se lo comento a Caroline mientras almorzamos antes de volver al trabajo. Ella tampoco la traga —no es de extrañar—, y si no fuera porque es excelente en su trabajo, al parecer haría tiempo que la jefa la habría cambiado de equipo. A ella yo le caigo bien, o eso parece. Es muy evidente que ella a mí no.

Si a mí me falta un hervor en lo social, a la tonta esta le faltan dos o tres. Ya no es que le lance puñales cada vez que puedo, es que le tiro todo lo afilado que se me pasa por la cabeza. ¿Soy mala? Uf, para nada. Solo digo lo que hay que decir de forma educada, siempre recurriendo al sarcasmo y no a los insultos. Y qué bien sabe.

Me despido de Caroline, que se va hacia el área de maquetación. Entro en mi celda personal con esa compañera a la que tanto adoro. No está. Sonrío enseñando todos mis dientes, aún llenos de comida. Qué bien sienta, casi parecido a cuando descubrí la litera vacía del cantante nocturno del albergue. Me pongo a lo mío y todo se llena de imágenes.

No sé cuánto llevo así. Me tocan el hombro izquierdo. Me quito los cascos mientras me giro esperando encontrar a la Lameculos tocándome los cojones de nuevo. Es Caroline, mejor dicho, es Caroline superseria. Todas las alarmas empiezan a encenderse gritándome: «¡Peligro! ¡Peligro!». Me dice que la jefa quiere verme en su despacho. Mis piernas se vuelven Blandi Blub.

Por mi altavoz interior solo escucho: «¡Cuidadooo!». Y mi corazón le sigue el ritmo bailando *dance* empastillado. «Esto no puede ser bueno», me dice mi

yo cruel. Su premonición no me ayuda a soportar los nervios y el pánico creciente.

Ya no llamo a la puerta porque está abierta. Entro y me pide que la cierre. Estoy literalmente a punto de cagarme. Me dice que me siente mientras controlo mis esfínteres. El corazón va a su rollo loco.

Parece enfadada. Me mira con esos ojos negros penetrantes, abre la boca y no me lo puedo creer. Llegados a determinado punto de la historia, me parece que me están gastando una broma pesada. Miro a los lados disimuladamente para ver si mis instintos son acertados. ¿Dónde está la cámara?

Resulta que sí que había una tercera opción en mis reflexiones sobre mis problemas de socialización con los compañeros de la editorial. Esta opción fantasma era la Lameculos. Me ha grabado contestándole mal y lo ha usado como prueba para quejarse a recursos humanos. Que le hago *bullying*,¹ que está traumatizada por mi agresividad, que está yendo a un loquero para superarlo... Es para fliparlo.

Pues va a ser que esto no es ninguna coña... La jefa ya no me mira enfadada, saca unas hojas y me pide que las firme. Estoy tan en *shock* que no puedo ni levantar los brazos, menos todavía sujetar un boli.

Acaba de despedirme.

Asientos

Dejaría de llorar solo porque se me fuera el hipo. La muerte laboral fue el hostiazo que el destino estaba reservándome. Ya no me extraño por mi mierda de suerte, pero no puedo arrancarme las lágrimas y curar mi nariz color payaso.

Estoy jodida, muy jodida. Canalizo mi ira hacia la zorra, el dragón la carboniza en mi mente y yo le parto el cuello con mis propias manos... La putada es que nada de eso me quita el dolor, ni un poquito.

Hace ya una semana desde el colapso y todavía no se lo he contado a nadie. Caroline se pasó el jueves para darme apoyo moral, ponerme al día y unirse a mi club del odio a la Lameculos. Creo que saber todo lo que ha andado diciendo el mal bicho a mis espaldas no me ayuda a superarlo. Qué asco me da.

El problema fundamental es que se me acaba el tiempo. En mi horizonte no contemplo volver a fregar baños y echar currículums, no me siento preparada para volver a empezar. No después de tanto esfuerzo: bajón, quítate de ahí, que ese es mi asiento.

De toda esta montaña de mierda, solo hay una cosa positiva: mi jefa. Me ha mandado una carta de recomendación para que pueda entrar en otra editorial, pidiéndome expresamente que no sea inglesa, para que no me una a la competencia blablablá. Eso no me deja más que dos opciones: intentar mantener mi vida aquí haciendo cualquier otra cosa que me mate lentamente, o volver a casa y encontrar otra oportunidad. Cojonudo, vamos.

Cualquiera de las dos posibilidades me da ganas de autolesionarme. Así que, en vez de seguir en modo autocompasión, he decidido tirarme a la piscina

sin manguitos. Esta tarde, James tiene una cita conmigo, esta tarde puede que me haga una cobra tamaño basilisco o puede tocarme la lotería del macizorro. Si se cae el edificio, que al menos me pille en el bajo y me espachurre entera.

Ya me estoy cambiando, porque dentro de media hora pasa a buscarme. No nos vemos desde después de Navidades y se me sube el azúcar con solo pensar en esos dos besos de saludo que me esperan al llegar. *Lolailola*.

Escucho que me vibra el móvil —¡ahí está!—. Es un mensaje de Jane: quiere que nos veamos ahora, tiene cosas que contarme. ¡Joder! ¿Justo ahora? Me debato entre mis millones de miles de ganas de ver a James y la necesidad de mi conciencia de ayudar a mi amiga que me pide asistencia en carretera.

Cambio el chat, retraso la cita salvavidas y acabo llamando a Jane para preguntarle dónde está. Si es que tenía que necesitarme ya no hoy, sino justo ahora. Puta mierda de probabilidades toca cojones.

Al salir del portal, la veo esperando en la acera del Callejón Violación. Me da un abrazo demasiado fuerte y largo, la separo un poco y veo que está a punto de llorar. Error, ya está llorando. La invito a subir a casa, porque me imagino que no quiere andar por ahí con todo el rímel emborronándole la cara. Le doy mis pañuelos y la siento en la cama. Cuando por fin consigue articular palabra, no me habla, en vez de eso saca el móvil y me enseña unas fotos de Malcom con otra morena en un *pub*. En una están agarrándose la mano.

Lo pillo al vuelo. Siento la ira de fuego subiendo desde el estómago, pero, antes de reventar, otro pensamiento me atraviesa y detiene el horror: algo no me cuadra. Él la quiere tanto como ella a él, no puede ser lo que parece. Yo me equivoco mucho, pero reconozco el amor de verdad cuando lo veo: es igual de evidente que el de un perro por su dueño.

Le pregunto si está segura de lo que es, si no se trata de una reunión con alguna de sus artistas. Me dice que no, que es una agente. Cada vez que le insinúo que igual las apariencias engañan, vuelve el llanto. Consigo que se calme, me cuenta que con todo lo que él viaja últimamente casi no se ven, que

cuando están a solas está raro, distante. Le sostengo la mano como señal de apoyo, muy poco puedo hacer para pegarle el corazón.

Con el escaso tacto que tengo para estas cosas, no sé qué decir. Al final le suelto lo que pienso y me sorprende que funciona: medio asiente mientras se sorbe los mocos. Creo que es inocente, y si no le pregunta directamente, nunca lo va a saber. Si al final resulta que se está poniendo las botas con otra..., entonces iré a un psicólogo para que me arregle esto que está desenchufado dentro de mí.

Vuelve a robarme otro pañuelo cuando empieza a vibrar mi móvil. ¡James! Coño, ¿qué hora es?

Jane lo ve, levanta la vista y me mira a los ojos. «No!», medio me grita mientras me revisa de arriba abajo, comprueba mis zapatos y que llevo pendientes. Su verborrea explosiva oscila entre la disculpa y el enfado: me pide perdón por robarme tiempo a la vez que me recuerda lo cerdo que es con las tías.

Se levanta a toda leche, la persigo hasta el baño, donde se retoca el maquillaje. La giro para que me mire a los ojos: «You'll stay with me, I'm going to cancel the date», ¹ le digo muy en serio. «Nooo», me responde. Ese *no* suena a un triste *sí* mal disimulado. Le digo que no se preocupe, que esta tarde hacemos sesión de cine y palomitas. El guaperas puede esperar.

Claro está, la decepción de no verle no me la quita nadie. Finjo lo mejor que puedo para que la pobre Jane no se sienta todavía peor. Lo bueno de estar de bajón al mismo tiempo que ella es que tengo la cocina llena de mierdas varias. Después de escribirle a James explicándole el imprevisto, nos tumbamos y elegimos una peli. Toca *honguear* y cebarse. ¡Pop, pop, pop! ¡Palomitas!

Son casi las once de la noche y Jane está más animada que cuando llegó — lo que tampoco es muy difícil—. Malcom viene a buscarla. Durante la cena decidió que iba a averiguar esa misma noche lo que pasaba: necesita saber la verdad, sea cual sea. La acompaño hasta la puerta y me agradece lo de esta

tarde. Yo le quito importancia, lo mío ni se acerca a lo genial que es ella conmigo. Me alegro de haberla ayudado mientras le recuerdo que me llame si me necesita para cualquier cosa. Me abraza fuerte y se va.

Al cerrar me debato entre la ansiedad por saber la verdad, la alegría de haberla consolado y la decepción de mi cita perdida. Cojo el móvil y le escribo un mensaje a James para disculparme por lo de hoy. Ahora también me siento culpable por el plantón. Genial.

Señor acomodador, necesito dos asientos: don bajón y yo tenemos planes.

Villanos

Resulta que, fuese lo que fuese lo de Malcom, era algo, pero no cuernos. El tono de voz de Jane al día siguiente era de felicidad reencontrada. Eso y que fijo que habían echado un polvo.

Mi caída libre, por otra parte, seguía la inexorable ley de la gravedad. La cita con el Arbusto se canceló y todavía no la he podido recuperar. Él tiene una agenda llena de letras y yo un espacio de vacío laboral y emocional.

Para huir de mi triste vida, me dio por crear una salida exprés: en vez de una ventana de mierda ahora tengo una puerta de emergencia. Recogí de la calle unas maderas, utilicé bolsas para hacer el cielo, pañuelos para las nubes y ropa vieja de color verde para el césped. Le añadí un pájaro amañado con las plumas de paloma que se acumulan en mi callejón. Resultado: una puerta —tamaño real— que parece medio abierta y que da a un bonito paisaje en efecto 3D. Le he mandado unas fotos al que me pedía más *obras* y está interesado. Al menos saco algo positivo de esta miseria existencial: dinero, dinero.

Recuerdo mi puerta mientras tengo a Caroline justo a mi lado. Es una chica encantadora, la verdad. La he invitado como pareja a la fiesta de carnaval que da Malcom en su palacio. Está tan emocionada por poder acompañarme que me siento medio contagiada. Medio. Desde lo del chollo, no soy la misma, y nada es como antes, no vivo en blanco y negro, pero se le parece mucho.

Vamos las dos disfrazadas en modo pareja oscura: ella de Catwoman sexi y yo de Batman fortachón. Estamos listas ya e intentando vernos juntas en su diminuto espejo de cuerpo entero. El efecto dúplex es total: ella está

acostumbrada al frío y luce sus curvas como nadie, yo, por el contrario, doy gracias por mi mullidito y calentito disfraz que esconde mi identidad.

Por fin vamos en la dirección correcta. No soy muy buena con el GPS — porque está en inglés— y estamos dando una vuelta de la hostia. Ella está tan contenta que no parece importarles el retraso. Pues vale.

¡Aleluya! Veo al fondo de la carretera el portal del castillo. Lo de los fotógrafos en la puerta es nuevo, eso sí. Caroline está flotando sin droga alguna. Me alegro de que, al menos, una de las dos viva en *happylandia*. Espero llegar también a ese estado cuando el alcohol se apropie de mis músculos.

Al entrar, no reconozco a nadie. Guío a Caroline entre la muchedumbre de camino a la barra. Ya con un copón en la mano, me la llevo en busca de la pareja feliz. Unas cuantas vueltas después, me fijo en una rana Gustavo que se mueve de forma familiar... «¡Malcom!», le grito, y hago aspavientos para llamar su atención. Arrastro a Caroline hasta el lugar y le doy un abrazo de los de siempre. Se queda helado... ¿Qué le pasa?

¡Ah, joder! Se me olvida que voy de incógnito: «I'm Broky, don't be afraid»,¹ le digo poniendo voz de Batman. «Broky?», sus ojos de rana dan paso a una sonrisa más amplia de lo habitual. Sigue riéndose del momento congelado cuando le estoy presentando a Caroline. Veo a lo lejos como se nos acerca una chica disfrazada de Peggy..., le hago lo mismo que a Malcom: su reacción es más cómica todavía.

Unos minutos después, el momento risas murió y Jane se entretiene conociendo a Caroline. Jack e Ian el feo hacen su aparición disfrazados de vaqueros. El pobre Ian no mejora con pistola, pero a Jack le da un aire de autoridad que tiene su puntillo. Se los presento a Caroline mientras aparto a Jane del grupo. «How are you? Everything is ok?»² Su sonrisa es tan creíble como las palabras que le siguen: vuelve a bombardearme con los rollos de la boda. «Está de puta madre», comenta la cruel que vive en mí.

Aprovecho que la reclaman para acercarme a comprobar que Caroline está

bien. La encuentro entretenida charlando con Ian y Jack, así que me vuelvo a la barra para rellenar mi copa y mi vacío. De vuelta, me cruzo con una pareja disfrazada de Joker y Harley Quinn. Me paro y me coloco en posición lucha, ellos me imitan y Harley me amenaza con el bate. Un minuto después de la escena, nos volvemos a encontrar junto al resto de la corte. ¡Grace y Thomas! Con el maquillaje y el aumento de alcohol en sangre, no había reconocido a mis resacosos villanos favoritos.

Después de charlar un poco, me guían a la pista de baile. Poco aguanto el ritmo que se llevan: me aso, me meo y viceversa. Una eternidad y media en el baño para eliminar residuos y dos minutos para acercarme de nuevo a la barra a reponer fluidos. Mi amigo de al lado me lleva más de una cabeza y va vestido de Superman. Me fijo en que o tiene un pelazo de la hostia o lleva una peluca muy mal puesta.

Se gira hacia mí mientras tengo mi debate mental. Peluca, sin duda. «Do you like my hair?»,³ me quedo de piedra mientras pienso en el regreso de mis poderes telepáticos. «Not really... did you kill the cat before or after put it on your head?»⁴ Se ríe y se presenta tendiéndome la mano: «I'm Clark».⁵ Ahora me parto yo por su salida estúpida y continúo la broma: «I'm Bruce, nice to meet you, Clark.»⁶ Le hago un chinchín con mi copa recién adquirida y me teletransporto a la vera de Caroline. Mierda, ya no está donde la dejé. La busco mientras el *caloré* vuelve a invadirme. Veo la terraza al fondo y me lanzo sin pensarlo.

¡Tachán! Caroline y Jack me reciben muy sonrientes. Les cuento el momento gato atropellado mientras me quito la máscara. Joder, cómo me suda la cabeza. Un ratito después me doy cuenta de que sobro en la escena. Me retiro haciendo el *moonwalk* hasta que noto un obstáculo y luego algo frío que me baja por la espalda... ¡Joder!

Me giro decidida a poner mi peor cara de perro peligroso: poco me dura. Veo a Superman al lado del amigo al que le acabo de vaciar la copa. Este se

marcha indignado mientras me quedo a solas con el del gato en la cabeza. Hay algo que me resulta familiar de este tío...

Mientras le doy vueltas el superhéroe, me pregunta si nos conocemos de algo. «Pero, a ver, ¿tiene poderes o qué?», me suelta la chunga que vive en mí. Le respondo que no sé, puede que de otra fiesta —a él, no a mi bicho interior—. Entonces sigue interrogándome sobre si trabajo con Malcom. «No, amigo, de eso no es», me comento. Me habla de no sé qué de un set. Le digo que no entiendo. Para ahorrarnos tiempo, le saco mi diccionario para que me lo escriba. O el hombre este es muy lento moviéndose o yo cada vez articulo peor. Aparto la vista del móvil y veo que me mira muy fijamente.

«I know who you are, Pikachu»,⁷ me dice con una sonrisa.

Superhéroes

¿Acaba de llamarme... Pikachu? Mierda, ¿y eso a qué viene? Piensa, piensa, piensa, ¿por qué me sonrío así? «Ufff, para ya, demasiadas preguntas», me contesta la voz de siempre. Entonces veo como se quita la peluca: pelo rojo, dientes perfectos.

«¡Charmandeeler!» Mi grito emocionado lo asusta y se echa hacia atrás. «Char... What?»¹ Creo que no se pronuncia así en inglés, o sea, que no me ha entendido una mierda. Se lo repito separando la palabra por sílabas..., me suelta un «Yes!» y abre los brazos a modo de «ven aquí» —o eso creo—, así que voy. Lo noto como dudoso, pero me abraza igual. Mmm, huele bien.

Lo inesperado del reencuentro me tiene en éxtasis emocional. «Cálmate, retrasada, o lo vas a espantar», me azota esa otra que me acompaña. Intento hacerle caso mientras mi viejo amigo me pregunta qué hago aquí sin muleta y sin el brazo en estado de saludo infinito. Me río al recordarme en ese estado.

Me explica que Malcom es su agente, y yo, que es mi antiguo agresor. La historia del taxi y sus consecuencias dan charla para rato. Me dice que ahora hablo mucho mejor. «¡Ay, que me lo como!», pienso. En medio de mi reflexión mental, Jack me interrumpe: «Broky, we'll see you inside»,² le hago mi *OK* levantando pulgares y veo como se aleja con Caroline.

No me da tiempo a pensar en lo que eso significa, porque mi amigo el del fuego me pregunta: «Broky?», mientras que a modo de respuesta recoloco mi brazo en ángulo recto y estiro la pierna representando el estilo estatua. Asiente sonriendo y al instante me pregunta: «So, what is your real name?».³

Me siento animada para jugar de nuevo con la electricidad y el fuego, esta vez en versión 2.0 de gato atropellado y ratón oscuro. Le digo: «I'm Bruce, but

shhh»,⁴ le respondo acompañando la confesión con el dedo índice cruzando mis labios. Su cara de «eso no era lo que quería saber» dura lo suficiente antes de que me conteste que no es justo, que yo sé su nombre, pero él, el mío, no.

Me sincero con él: no tengo ni puta idea de quién es, su identidad es un misterio para mí, tanto como la mía para él. Por su expresión, me da que se piensa que le tomo el pelo, y le comento que se lo tiene muy creído. «Te has pasado, colgada», me dice la que vive en mí. Empiezo a arrepentirme y me disculpo cuando no para de mirarme con una expresión demasiado seria. «It's ok»,⁵ me detiene con otra sonrisa. Vale, solo me estaba vacilando.

Suspiro más tranquila, hago el gesto de sacarme el sudor invisible de la frente y disfruto de esa cara sin máscara. «Es guapísimo, si no fuera por el público, lo *secuestraría* ahora mismo», puntualiza mi yo más animal. Quiero decirle que sus gustos culinarios son tan malos como su elección de peluca.

Me cuesta encontrar las palabras y encadenarlas con lógica. Se lo digo malamente, se ríe recordando nuestro primer encuentro. Entonces le entiendo que prefiere charlar conmigo sin máscaras de por medio, que se alegra de que ya no lleve puesta la de Batman. Me toco la cara para comprobar que es cierto, el alcohol me borra pensamientos de nuevo. Me regaña enseguida, todo ofendido por haberme ido sin despedirme aquella noche. Le echo la culpa a la feliz pareja y me desentiendo. No le digas que no querías irte, no se lo digas, no se..., ale, ya se me escapó. No puedo con mi incontinencia verbal.

Me está mirando mucho y esa sonrisa no se le borra de la cara. «Uy, uy, uy..., eso, ¿eso son señales?» Salgo de la hipnosis de sus ojos verdes cuando el amigo aparece de nuevo en escena. A tomar por culo la magia y la varita. «Tírale la copa otra vez», me recomienda mi amiga la borde. Intento amordazarla, porque su consejo es demasiado tentador. «Tropiezas disimuladamente y zasca...» En vez de eso, me despido para no ser cansina y los dejo tranquilos.

La decisión escuece más después del abrazo de despedida. Estoy llegando

a la puerta cuando escucho: «Will I see you again in the wedding?». ⁶ Se me encienden las luces dentro, me giro, lo miro directamente y asiento. Su sonrisa es lo último que veo antes de cerrar la puerta y destrozar el suelo.

«¡Duele, duele, dueleeee!» Acabo de reventarme el culo, el lumbago y el orgullo de paso. Esta vez no veo las estrellas, sino el techo del pasillo emborronado por las lágrimas. Alguien me ayuda a levantarme, me pregunta si estoy bien. Necesito tiempo para responder, el dolor me ha robado la voz. Me ayudan a sentarme en no sé dónde, empiezo a marearme y cierro los ojos.

No sé cuánto después, los pinchazos ya no me torturan y el dolor es soportable. Un cúmulo de cotillas me rodea. El corazón empieza a ponerse en estilo *runner* ⁷ mientras el agobio toma el control. Se me enfoca la cara de Jane en primer plano. «Jane», le sonrío como puedo. Le digo que estoy bien para que los curiosos nos dejen solas. Poco a poco se le va la cara preocupada.

Estoy sentada en un banquito lejos del jardín. Le doy al botón de rebobinar para darme cuenta de que la capa se me enganchó en la puerta y yo representé el efecto ventosa delante de los invitados. Me cubro la cara con las manos rezando para que Charmander no viera el espectáculo. Mientras, Jane me acaricia la espalda. Le prometo dejar de hacer el ridículo en sus fiestas.

Aparece Jack de la nada con cara de voy a hundirte el pecho. Voy a decirle que no me he caído a propósito, pero antes de que pueda abrir la boca suelta la bomba y se esfuma indignado: «Have you lost your job? Are you leaving London? Really? Thank you for the warning by the way». ⁸ Y va y se pira.

«What?!» ⁹ Ahora Jane me mira igual que él. Duele más que los latigazos de la hostia reciente. Me debato entre la ira y la culpa. Se me escapan las lágrimas antes de que pueda pedir perdón, su expresión pasa de la rabia a la compasión en un nanosegundo. Me abraza de lado mientras intento controlar mis sentimientos reprimidos. Me consuela y me dice que tengo mucho que explicarle, me acaricia la espalda de nuevo y me pide que me calme, que todo

está bien: «I'm not angry, I'm surprised, sad and worried». ¹⁰ Casi nada, vamos.

Veo a Caroline acercándose desde el pasillo. Viene a buscarme. Me levanto dolorida, me despido de Jane con la promesa de vernos mañana por la tarde.

En el coche, la Hormiguita se disculpa por la metedura de pata con Jack. Se pasa el camino de vuelta hablando de él y de Ian, de las fotos que se ha hecho con los famosos. El dolor me ayuda a ignorarla. Empiezo a pensar que a partir de esta noche toda la corte va a saber que dejo Londres. Joder...

«Yo no quería que se enteraran así», me digo. Me acurruco en el asiento intentando encontrar un pensamiento positivo. Ahí está: me consuelo reconociendo que ya tengo un nuevo superhéroe favorito.

Pañuelos

De todas las mañanas del mundo, difícil recordar una peor. La cabeza fatal del bebecio, un dolorcillo leve comparado con la negrura de mi culo y la rigidez de mi espalda. Culo de mandril negro azulado: así se ve en el espejo. Me obligué a salir del refugio verde en busca de una pomada para aliviar los ramalazos de dolor al sentarme, al levantarme y al cavar la fosa para enterrar mi dignidad.

No era el día para recibir visitas. La señora vestida de rojo se anunció sin avisar cuando salía de la farmacia, siempre muy oportuna. Los dolores particulares se sumaron al cansancio que siempre la acompaña. Yo solo quería encerrarme en mi verde hogar para germinar días después como una nueva florecilla de jardín. Pero no. Las cosas siempre van a mejor conmigo.

Me obligué a comer algo antes de que apareciera Jane. Empezó entonces a caérseme un moquillo tonto. Hora y media después, estaba rodeada de pañuelos repletos de fluidos diversos. Lo que me faltaba, vamos.

La charla con Jane duró toda la tarde y parte de la noche. Yo quería morir. Me sorprendió verla aparecer acompañada de Malcom, pero nada más por lo inesperado. Se iba a enterar de todo igualmente, así que mejor que lo escuchara directamente de esta fuente actual de congestión y sangre coagulada.

La historia de la Lameculos, la carta de recomendación de mi jefa, las *obras* vendidas, la escena de Jack, la indecisión de qué hacer con mi vida a partir de entonces. Les conté que había resuelto el dilema existencial lanzando una moneda al aire y eligiendo la cara contraria a la que salió, evitando así a las putas probabilidades: no más cruces para mí, gracias. No les convenció

mucho mi sistema, pero poco me importó. Nunca me arriesgo con la marcha atrás.

Ya abierta la puerta de la sinceridad, los puse al día de mi reciente encuentro con Charmander y nuestro próximo cara a cara en la boda. Al momento me arrepentí de haberlo dicho, porque Jane se puso en modo aterrador y me amenazó con dejar de hablarme si no asistía, que como no me presentara a la ceremonia me molía a palos. Me tomé en serio sus palabras chungas, ella no bromeaba con nada que tuviera que ver con el acontecimiento del año. Nunca la había visto tan agresiva y me acojonó un poquito. Eso sí, al instante me alegré de visualizar en ella algo más que azúcar en su composición.

Malcom se interesó por saber quién era mi amigo el del fuego. Le dije que no lo conocía, que seguimos el juego de no revelar nuestras identidades, empezado en la gala benéfica. La curiosidad se lo comía por dentro y no paró hasta que me sonsacó de qué iba disfrazado. Tardó un rato rebuscando en las fotos de la fiesta, me enseñó unos cuantos superhéroes hasta que esos dientes perfectos me encontraron. Antes de que pudiera decirme nada sobre él, lo frené en seco: ni historias de tías, ni de orgías, ni de nada. «No spoilers, please»,¹ le rogué para que no me jodiera el misterio. Ni siquiera su nombre. Hizo el gesto de «ni una palabra» cerrando la cremallera sobre sus labios. No volvió a sacar el tema.

Reenganché la socialización con Caroline. El relevo hizo su aparición con unos pasteles y mis platos favoritos del chino. Su presencia me reenvió a Ojos Grises.

Jack y la escenita de anoche.

Le había escrito por la mañana un mensaje de disculpa con una petición de cena para explicarle la historia en persona. Todo por culpa de Caroline bocachancla. La apreciaba mucho, pero su falta de autocontrol amenazaba con destruir el ecosistema que tanto había querido proteger de mí misma. Tuvo que

venir otra a contaminarlo..., su puta madre. Me leyó poco después de enviárselo, pero nada más. Por primera vez en mi vida, odié el silencio.

Intenté alejar las preocupaciones contándole a Caroline sobre mis avances laborales. Entre la recomendación de la jefa y el tío que me compró la puerta y la ventana de mierda, me consiguieron unas cuantas entrevistas... en París. No se lo dije muy emocionada, porque no lo estoy, porque no quiero irme. Ella se puso seria para recordarme que era una oportunidad genial, que no fuese tonta. Estaba tan *chof* que lo único que me hacía ilusión era la visión de mis babas en la almohada y de mis pañuelos cubriendo el suelo.

El resto de la cena volvió a contarme lo bien que se lo había pasado con Jack e Ian, me enseñó todas y cada una de las fotos que les robó a los famosos. Se disculpó como mil veces por haberse ido de la lengua con Jack, me agradeció el doble por haberla invitado como pareja. Ya le advertí que como escuchara un *gracias* más, la tiraba escaleras abajo, y no estaba bromeando.

Al terminar la cena le dije que, si quería, podía quedarse todos los muebles del estudio. Les echó un vistazo rápido y eligió un par de ellos. El resto seguirían formando parte del refugio, ni de coña pensaba cargarlos de nuevo por esas escaleras del demonio. «Que los baje el siguiente», asentía mi voz compartida.

La despido en la puerta y veo la bici. Me la voy a enviar a París, porque le tengo cariño y soy optimista con eso de conseguir allí otro trabajo. Es una pasta, pero con lo que me ingresaron del hostión del taxi puedo permitírmelo.

La verdad, siempre pensé que cuando tuviera semejante cantidad de dinero en el banco sería feliz, mis padres están que no cagan. Creí que al ver tanto cero bailarían el *lolailo* y el *Paquito el chocolatero*, todo en uno. Para mi sorpresa, me encuentro como el emoticono triste del moco caído. Encadenando pensamientos deprimentes, el Arbusto me ronda la cabeza y no puedo despegármelo. Me encantaría quedar con él antes de marcharme, pero...

Me suena el móvil y le saltó encima pensando: «Que sea Jack, que sea Jack... ¡Es Jack!». «El cabrón se tomó su tiempo», dice el bicho que vive en

mí. Pienso en su movimiento caracol en el campo sexual y aprecio similitudes en sus procedimientos de amigo ofendido. Leo rápido que acepta la cena, me propone día y me pregunta hora. Suena más serio de lo habitual, pero me vale con que me dé la oportunidad de explicarme sin estar borracha ni medio mareada.

Con la tontería, me doy cuenta de que hizo más drama de la situación Jack que Jane. Me sueno los mocos por enésima vez. «¿Eso es porque me quiere más él que ella?», me pregunto. «No, no, ni de coña», me contesto. «¿Y si...? ¡Que no, coño!», me insisto. «¿Y si es un victimista? Puede que a él le afecten más estas cosas que a Jane... ¿Estará enamorado de mí? No te rayes», me digo.

El pelo de Charmander interrumpe la cascada de dudas, al instante lo sustituye una imagen de James. Pillo el móvil de nuevo, le respondo a Jack y le escribo al Arbusto: hecho. Me tumbo en la cama esperando respuestas. Dejo que sean las lágrimas y no las babas las que inunden mi almohada. El «no quiero irme» lo engulle todo.

Ruedas

Creo que por mucho que lo intente las despedidas nunca van a llevarse bien conmigo. No hablo ya solo de las personas. A veces echo más de menos ciertos objetos que a la gente que tiene nombre propio. Y no, no me refiero a echar en falta tu cepillo de dientes cuando acabas de zamparte una bolsa entera de palomitas. Digo que me falta esa cucharilla medio doblada que siempre usaba para el café, esa mancha en la pared con forma de pera. La esquina rota del espejo del baño y hasta las putas escaleras.

Despedirme de mi refugio no fue fácil. Le hice mil fotos y tropecientos vídeos antes de que Caroline se llevara algunos de los muebles que me escuchaban cuando no tenía a nadie más. No eran mis hijos, pero sentía como que yo misma les había dado vida. ¿Complejo de dios? Pues sí, yo les di una segunda oportunidad y me autodenomino como me sale de la entrepierna.

Dejé Londres despidiéndome de todos sin que se diesen cuenta, todo condensado en un *flash* sin fogonazo. Así, la última semana de mi vida allí la dediqué a arreglar el desastre empezado por la bocazas de Caroline y la terminé patrocinando bebidas a todo aquel que quisiera ayudarme a escapar del futuro inmediato.

El último viernes con la corte no les confesé que me marchaba al día siguiente, no les dejé ver que mi vida volvía a caber en dos maletas. Quedaban solo tres semanas para la boda y todos estaban emocionados por las actuaciones sorpresa que Malcom anunciaba desde hacía meses. Quise disfrutar de su buen humor sin cortarles el rollo con mi melodrama. Aguafiestas, no, gracias.

Así que, por primera vez en mi vida, aproveché cada segundo de cada

momento en compañía. Compartí con todos mis recuerdos de nuestro primer encuentro en casa de Malcom. Me marché de allí antes de que la fachada se viniera abajo. Me despedí uno por uno..., me despedí de verdad.

Con lo brutal de mi actuación, quise pedirle trabajo a Malcom, pero no venía a cuento. Me daba por satisfecha con haber conseguido esquivar las alarmas que Jane siempre tiene conectadas. «Por los pelos», pensé al salir de allí con la máscara todavía puesta.

Ese mismo viernes almorcé con Caroline cuando salió del trabajo. Tampoco quise decirle que me iba ya, pensaba volver a verla los días después de la boda. Me jodía tener que decirle adiós, porque, a pesar de sus defectos, se había comido un trozo de mi podrido corazón y todavía no lo había vomitado.

A Jane, simplemente, no podía decirle nada. Si tuviera que elegir a alguien de entre todos ellos para acompañarme al exilio, ella sería siempre la única opción. Sabía que si nos encontrábamos a solas, no iba a bordar mi papel en aquella obra cutre que dirigía y protagonizaba, así que la evité cuanto pude. El día que me pilló con ojitos emocionados, le confesé que era por verla vestida de blanco, estábamos en una de las últimas pruebas del vestido. Se la veía tan feliz que hasta escocía en contraste con la procesión que yo llevaba por dentro.

Jack seguía medio mosca conmigo, así que me lo puso fácil: me gustaba más su modo duro que su estilo humanitario. A pesar de que me atrajera ese formato más crudo de su personalidad, me di cuenta de que no quería despedirme así. Entonces se me ocurrió recordarle su careto en la partida del póker de reinas. Su indignación entró en escena y todo volvió a sentirse en su lugar: Ian y Malcom no paraban de putearlo. De mi antiguo agresor iba a echar de menos su bondad, su risa extraña y el buen humor que siempre viste.

El Arbusto se quedó con mi pelota. No me había escrito nada desde mi anuncio de salida inminente del país. La cruel que vive en mí no paraba de

decir: «Jugó contigo un rato y se cansó. Asúmelo, joder». Yo soñaba con amordazarla.

Esta mañana no quería levantarme. Recogí lo que me quedaba a regañadientes y, a mediodía, me despedí del que había sido mi verde hogar. Dejé las llaves sobre la mesa y cerré con un portazo. El taxista subió a echarme una mano con las maletas y por su expresión se cagó en mi puta vida y en la de todos mis familiares. «Para eso se te paga, imbécil», le respondió mi voz en *off*. Lo dejé bajar primero para poder secarme las lágrimas con las mangas del abrigo. El adiós duró doscientos cuarenta escalones; los pañuelos, veinticuatro minutos.

Me recompuse para no ir en estado deprimido todo el camino. Intentaba animarme pensando en que iba a ver París por primera vez, en que podría volver a dedicarme a lo que me apasionaba. Pero, por mucho que me esforzara, solo pensar en tener que empezar de cero otra vez me provocaba arcadas existenciales. Evitaba seguir esa línea argumental porque siempre acababa en el mismo punto: el francés. Si todavía estaba en batalla contra el inglés, qué coño iba a hacer declarándole la guerra al francés.

El enfrentamiento lingüístico se hizo real nada más entrar en el avión: la gente hablaba raro. Ahora estoy delante de la cinta transportadora rezando por que salga mi maleta. Veo una que se parece a la mía, se me acelera el corazón de la emoción. ¡Vamooos! Parece que este viaje pinta mejor que el anterior. Empiezo a buscar donde coger el tren que te lleva al metro. Seguir los cartelitos no es nada difícil. La emoción aumenta.

De repente me paran un tío y una tía. Bajo la vista y veo tarjetas identificadoras. Me hablan en francés, pero no entiendo una mierda. Les suelto un «In English, please»,¹ y me entero de que me quieren revisar las maletas. «No pasa nada, no tengo nada ilegal», me calmo. Me llevan a una zona donde veo cómo las meten en un escáner. Le dan para atrás, para adelante, para atrás de nuevo a la más grande. Miro el reloj para confirmar que no perderé el tren.

Vuelven a hablarme: «Open the bag, please».² «No jodas», se desespera mi amiga la borde.

Rebusco en el bolso, saco la llave. Los siguientes diez minutos los paso queriendo matarlos. Veo mi ropa saliendo de sus lugares estratégicos: zapatos, libros, mis cosas del baño, mis cuadernos de trabajo, mis bragas y mis sujetadores. Todo al aire como si esto fuera una feria y nosotros el puesto con las mejores gangas. Parece que por fin encuentran lo que buscan: mis espráis del trabajo. Empiezan a preguntarme qué son y por qué llevo tantos. Les explico que los uso para pintar y fijar. Me creen cuando les muestro uno de los blocs de dibujo.

Ahora sigo aquí peleándome con la puta maleta. He intentado devolver todo a su sitio, pero es imposible. Me siento encima de ella, no se cierra. Me tumbo modo cadáver ahogado, empujo, empujo y empujo hacia abajo hasta que lo logro. Salgo corriendo para no perder el siguiente tren. De repente, noto como se me desequilibra el maletón recién empaquetado. Me paro para ver una rueda perderse entre la multitud. Lo que me faltaba.

*Bienvenue à Paris*³ y una mierda.

Campanas

La maleta coja no fue el mayor de mis problemas. Tenía los brazos fuertes de cargar la bici seis pisos, perfectamente podía arrastrarla hasta el andén. Con lo que no contaba era con que las putas escaleras mecánicas estuvieran estropeadas. No las de bajada, no, las de subida. Eso fue lo que me encontré nada más llegar a la estación que hacía de enlace con el tren que venía del aeropuerto.

«Yupi», me dijo mi bicho interior. Yo solo pensaba que hasta hubiera preferido que me hubieran vomitado encima de nuevo. Sudando como un pollo en una sauna, conseguí llegar a la superficie parisina. Ni un taxi a la vista..., genial. «Te jodes, por agarrada, deberías haberlo pillado desde el aeropuerto», me recordaba esa voz que nunca se calla. Vi uno pasar e hice el movimiento de «¡eh, tú, mírame!», redujo la velocidad y se detuvo a mi altura.

El viaje al hotel fue largo y caro de cojones. La habitación estaba bien; la bañera con espumita, mucho mejor. Intenté relajarme. Como no daba resultado, pillé el móvil inglés para poner algo de música. Se me resbaló como una pastilla de jabón entre las manos y lo vi volar hacia mi piscina personal. Mi corazón se detuvo al verlo chocar con el borde de la bañera. Eché fuera el aire que había enjaulado cuando lo escuché aterrizar en el suelo y no en el agua. «Menos mal», suspiré mentalmente.

«Muy buena, sí, señora», me decía la cruel que me habita mientras yo hacía el análisis de daños: funcionaba, sí, pero parecía que le habían pegado un tiro a la pantalla. No se veía una mierda, «Me cago en la puta». Era el móvil donde guardaba mi vida anterior, la forma de comunicarme con mis amigos isleños. Lo era todo. Aquel disparo era mil veces peor que la pérdida de la

rueda y el vómito ajeno. Mierda. Tocaba explicar la huida de Inglaterra por correo electrónico.

Me pasé la semana acudiendo a las entrevistas programadas: las acordadas por mi jefa eran en editoriales; las del que llevaba mis *obras*, en galerías extrañas. Tuve suerte de que todos me hablaron en inglés, aunque muchas veces su pronunciación me impedía entenderlos: a los pocos días me di cuenta de que tendían a poner el acento siempre en la última sílaba de la palabra. Después de descubrirlo, me fue algo más fácil mantener una conversación. O eso creía yo.

Puto francés y puto París. Todas mis posibilidades editoriales se esfumaron por mi cero dominio de la lengua. En todos los correos que recibí, ese fue el argumento más repetido: dificultad en la comunicación, imposibilidad para trabajar eficientemente en equipo. «Que os jodan», les respondía mentalmente. Cuando leía el último mensaje con todavía una llamita de esperanza, sonó el teléfono de la habitación. El de la recepción me avisó de que me habían llegado dos paquetes. «¿Dos?», me extrañé.

Abrí la puerta para recibir mi querida bici y el envío no esperado. Tardé dos segundos en destrozar el sobre que venía con el nombre de Jane. Descubrí con una mezcla entre tristeza y alegría que me escribía tanto para regañarme como para desearme suerte en las entrevistas... «Llegas tarde», le susurré a aquel trozo de papel con olor a ella. Las barreras cayeron y las lágrimas ocuparon su lugar.

Durante aquella semana había descubierto París y su magia. Me costaba admitirlo, pero me parecía más bonita que Londres. Me volvió el pensamiento en plena llorera, desembalé la bici y salí del hotel pedaleando con rabia. Poco a poco, la pena, la frustración y el estado lacrimógeno dejaron espacio para la calma. «Estoy en París», me repetía una y otra vez. Volvió a mí la sensación surrealista que me había inundado en Londres. Dejé de pensar para disfrutar del paseo. Hubo momentos en los que me parecía estar viviendo una vida que

no me pertenecía. Meforcé a saborear cada kilómetro, me compré una *crêpe* inundada en chocolate y me senté en uno de los puentes que cruzan la ciudad.

Ahora sigo aquí, disfrutando de las vistas de la cúpula de sabe dios qué iglesia y la figura solemne de la Torre Eiffel al fondo. Empiezo a aceptar que es hora de volver a casa. Tengo reservada la habitación para una semana más, pienso que antes de tirar la toalla buscaré ofertas en las webs de siempre, por si suenan las campanas en Notre-Dame. Saco el móvil inglés. ¡Joder! Sigo olvidando que mi pantalla está desfigurada y que aquí usar internet es como regalarle un órgano a la compañía telefónica.

Noto como vuelven a aparecer los sentimientos dramáticos. Cierro los ojos con fuerza para detenerlos, le doy otro bocado a la *crêpe* y saboreo el futuro próximo de la boda inglesa. La vibración en mi mano me saca de mis fantasías internas. Alguien me llama. Respondo sin saber quién es —la pantalla sigue destrozada— rezando porque sean Jane o Jack, la Hormiguita, o incluso mi exjefa.

Cuelgo el teléfono embobada. Una de las galerías raras quiere que cree una colección *verde* para reivindicar la protección del medioambiente. Cuando en la entrevista me preguntaron si tenía más ideas del estilo de *La ventana de mierda*, les había mentido diciéndoles que sí: solo lo había hecho para quedar bien, porque contaba con conseguir un puesto en cualquier editorial. La llamada me pilló tan por sorpresa que no pude negarme. Ahora tengo que sacar de donde no hay, para enseñarles mañana algunos bocetos..., vaya liada guapa.

«Al menos estás en ruinas emocionales, aprovéchalo», es la primera vez que la jodida que vive en mí me dice algo constructivo. *Construcción*, la palabra acompaña a las vistas espectaculares que tengo de la ciudad. Me tapa la visual un crío que se va bebiendo un cartón de zumo con pajita...; «Una ciudad de mierda», se me escapa. Entonces imagino una Torre Eiffel construida con pajitas transparentes, edificios completos de cartones de zumo y briks de leche, cúpulas con latas, aceras con tapones, árboles hechos con

tenedores de plástico... Empiezo a notar esa corriente dentro de mí que me dice que tengo algo. Saco el otro móvil y lo apunto todo en el bloc de notas.

Empieza a refrescar, me subo a la bici y vuelvo al hotel. De camino, veo unos muebles abandonados al lado de un contenedor. Recuerdo a mis viejos amigos y me freno en seco cuando me atraviesa la idea de crear un árbol con ellos... «Guau, estás que lo partes», me digo. Pedaleo más rápido con la emoción de la inspiración quemándome por dentro. Al llegar al hotel, ya se me han ocurrido otras cuatro posibles esculturas y sudo que no veas. No sé si serán buenas, pero al menos no voy con las manos vacías. En el ascensor entiendo el motivo de que la llamen *la ciudad de la luz*: aquí mis bombillas brillan más que nunca. Ya en la habitación, me vibra el móvil de nuevo, contesto otra vez a ciegas.

«Hi, Broky. I'm in Paris»,¹ reconocería esa voz hasta debajo del agua. «James», pienso mientras la emoción hace que me tiemblen las piernas.

Sueños

Fue la noche más mágica de mi vida. Si el paseo en bici fue surrealista, lo del Arbusto en París fue sacado de una peli de esas de corazoncitos que ya sabes cómo acaba antes de que empiece, y aun así, te la tragas entera.

Después de su llamada me dio tiempo a darme una ducha rápida y a quitarme los restos de chocolate de la cara. Hasta que me vi en el espejo del baño, no descubrí los estragos de la *crêpe* que había lucido durante todo el camino de vuelta al hotel: un bigote marrón estilo francés. «Qué raro en mí», pensé.

El caso es que a la media hora quedamos en un café que no estaba lejos de donde me alojaba. Lo vi esperándome con esas barbas suyas cuando ya había más oscuridad que luz. Mi corazón volvió a drogarse y a moverse como una gelatina frente a un altavoz, peor cuando se me acercó y me regaló dos de esos besos que me derriten. «Quiero más», decía mi pervertida interior.

Mi primera pregunta al verlo fue qué coño hacía en París; su respuesta, que estaba de vacaciones y que tenía alquilado un piso donde se escapaba cuando quería desconectarse de todo. «De todo menos de mí», pensé mientras se lo restregaba a la zorra que me habla tanto. «No se cansó de jugar», le grité.

Me calmé un poco mientras tomábamos un café rápido y me contaba sus aventuras filmográficas. No perdió el tiempo ofendiéndose por no haberle respondido a los mensajes. Le callé la puta boca enseñándole mi móvil inglés herido de bala, explicándole después la historia acuática. Se rio imaginando la situación. «Me imaginó desnuda», fue lo único que retuvo mi amiga la salida.

Como la nictofobia se me pasa cuando voy acompañada, le pedí que me enseñara la ciudad de noche. De todas las ideas que había tenido aquel día,

esa fue sin duda la mejor. La iluminación de la Torre Eiffel y de todos los monumentos importantes me dejó fuera de combate, multiplicó por millones las estrellitas que ya me poseían desde el paseo en bici de la tarde. Londres era precioso de noche, pero París era espectacular.

Cenamos en un sitio que le encantaba —ahora a mí también—, un restaurante muy pequeño y escondido cerca del Louvre. A diferencia de Charmander, sus pupilas gustativas funcionan igual que las mías y, después del Tour que me hice en la bici, yo podría haberme comido hasta un mastodonte. Todo era tan ideal que sufrí un pánico momentáneo: «No más accidentes», rogué en silencio.

Para bajar la cebada, caminamos por la orilla del río sin rumbo alguno. Le conté todo lo del trabajo y cómo había acabado en París. Fue el primero en saber lo de la oferta de convertirme en artista de la galería esa rara. Se paró en seco y me sorprendió su abrazo de felicitación. Yo seguía sin creerme que él estuviera allí conmigo, menos aún cuando su cuerpo envolvió al mío por completo. Cerré los ojos y me dejé querer. Esa sensación de «esto no es real o he muerto o estoy en coma» no pude quitármela ni cuando nos despedimos en la puerta del hotel. «No te despiertes, no te despiertes», me repetía sin parar.

Le di las gracias por aquella increíble noche, él me pidió a cambio la reserva de un baile en la boda. Acepté sin dudar: yo le hubiera regalado cada uno de mis pasos si me lo hubiera pedido, mis pies y mis dedos amorfos. Le sonreí como una retrasada y se inclinó para besarme a modo de despedida.

Su segundo beso acabó en la comisura de mi labio. Me quedé de piedra, él ni se inmutó. Me sonrió una última vez y lo vi alejarse como de costumbre. Por dentro, el *shock* compartía espacio con la duda del no saber si había sido a propósito o solo accidental...; llegué a la habitación volando en mi alfombra de felicidad. «Fue sin querer, merluza», me decía la cruel que vive en mí, y reenvió la imagen de la patilarga y de otras diosas con las que lo había visto anteriormente, utilizó las historias de Malcom y todo el arsenal disponible.

Aquello ya no funcionaba. Por mucho que mi otra yo se emperrara en

apagar esa lucecita que el Arbusto había colocado en mi bosque, todo se había descontrolado y vivía en un incendio de esperanzas mezcladas con imágenes porno. Él y yo éramos los actores principales en aquella peli sin guion textual.

Ese estado emocional alterado me ayudó a estar receptiva en la reunión del día siguiente. Hice los bocetos una hora antes de la cita y salvé el culo consiguiendo el trabajo... ¡Toma ya! ¡Sííí! ¡Yujuuu! Moría de felicidad. Desde la tarde anterior, no podía creermela buena suerte que me acompañaba, menos todavía cuando mi nueva jefa me empaquetó a su ayudante.

No había entendido muy bien a dónde nos llevaba el taxi hasta que se detuvo delante de un pequeño edificio. Abrió la puerta exterior y atravesamos un túnel que desembocaba en un patio interior lleno de macetas con flores. Antes de entrar en el edificio interior, el buen rollo ya me llegaba de todas partes: el apartamento se encontraba en la planta baja y estaba dividido en dos zonas, una para vivir y otra para trabajar. Estaba decorado de forma sencilla, todo equipado y con su propio taller incorporado. Lo amé nada más verlo.

Yo estaba alucinando. Todavía alucino ahora recordando los momentos de esos dos días y las semanas que los siguieron, con lo bien que me encuentro en el nuevo piso sin morir congelada y creando arte a mi aire. Justo ahora, que sobrevuelo el océano de vuelta a lo que hace poco llamaba *hogar*, caigo en la cuenta de que vivo en otro país distinto y de que tengo un trabajo inesperado. Hago balance entre lo que era yo la primera vez que viajé a Londres y lo que soy en estos momentos. Sonrío tanto que me duele la cara.

«Las he pasado putas y aquí estoy de nuevo, mejor y más fuerte que nunca», me admiro a mí misma y me doy palmaditas invisibles, me aplaudo y hasta me silbo. «Probabilidades de mierda, podéis enviarme todos los excrementos del universo, que yo los usaré para hacer compost, rulos de paja o una hoguera donde churruscar el miedo», me digo. «Cuidado, flipada, que eres experta en joderlo todo», escucho decir a la otra a la que no puedo someter.

Por el rabillo del ojo me fijo en que el tío que tengo sentado al lado me mira como si estuviese loca. «Solo un poco», añade la pesada de turno. Me

olvido de ella para imaginar lo que me espera en el acontecimiento del año: la corte al completo, James y su baile jugoso, Charmander y la cita misteriosa.

El vuelo se me está haciendo eterno y no paro de moverme incómoda en mi asiento. Vuelvo a pensar en lo feliz que soy y en lo mucho que voy a disfrutar en la boda de Jane y Malcom; en las ganas que tengo de verla a ella, a Jack y al resto de mis *friends*.¹ Las ganas de que sea ya me aprietan la vejiga que no veas. No lo soporto más.

«Don't worry... about a thing...»,² la música mental vuelve a llenarlo todo mientras me vacío en este baño reducido que no para de moverse.

Pamelas

A lo lejos veo a Grace y a Thomas esperándome. Después de un saludo veloz, nos subimos al coche y vamos directamente a su casa.

Me quedo con ellos porque Jane y Malcom tienen todo a tope —incluso el palacio está a reventar— alojando familiares y demás invitados. No estoy tan a gusto como en casa de mis agresores favoritos, pero no me dieron la opción de quedarme en un hotel: según ellos, de esta forma es más fácil para ir y volver juntos de la boda. Yo prefería estar a mi rollo, pero como no conduzco en este país del revés, me toca joderme y aguantar su hospitalidad. Eso y armarme de paciencia: hablan mucho, mucho, mucho.

Dejo la maleta y me reúno con ellos en el salón. Al poco tiempo salimos de nuevo para ir al *pub* de siempre: es viernes por la noche. Somos los últimos en llegar y me imagino que Jane y Malcom no vendrán, el resto están todos. Jack lidera la bronca por mi bomba de humo del país, mientras Ian el feo aprovecha para ser mucho más cachondo de lo habitual. A falta de Jane para ayudarme, me sorprende la intervención en mi defensa de Daniel el comilón tranquilo. Le hago un gesto de agradecimiento mientras pongo a trabajar de nuevo a las neuronas inglesas que estaban de vacaciones. Qué difícil, qué pereza, joder.

Nos despedimos un par de horas después. Durante la cena, acepto internamente que echo de menos estas reuniones de la corte. Antes de meterme en la cama, dejo todo preparado, porque los nervios me están machacando en vida. Pienso en Jane, en James y en Charmander. Me acuesto y me obligo a dormir para parecer guapa mañana. La cama está dura como una puñetera piedra. Tardo mucho, el cansancio me puede al final.

Me despierta la alarma del móvil. Me levanto como un resorte de felicidad: «¡Boda, boda, boda!», canto a pleno pulmón en mi cabeza. «¡Booodaaa!», sigo tarareando en la ducha después del desayuno con los anfitriones.

Bajo a la peluquería con Grace resacosa para lucir melena y quedar estupenda. Me invade un poco el miedo a que algo salga fatal y acabe con un corte horrible o con mechas de color azul con purpurina. Pero no, hoy no hay probabilidades tocacojones: me peinan como a una superestrella.

«¡Boda, lalalá! ¡Boda, lololó!», continúo mi solo mental mientras me maquillo y me visto. Yo me quiero mucho, pero viéndome ahora mismo frente al espejo, me besaría a mí misma. Lo que hace el vestido adecuado, un pelazo bien puesto y una sesión intensa de chapa y pintura. «Me amo», me digo, y me río por los nervios que me muerden por todas partes. Selfi para mí y mis compañeros.

Thomas resacoso nos deja en el piso donde vamos a ayudar a Jane a vestirse. Me llevo una decepción al ver que su madre y sus tías nos han quitado el puesto; se me pasa rápido al verla tan radiante. No sé qué tiene esa sonrisa que me hace tan feliz: está preciosa. No tiene tiempo para hablar con nosotras porque se la llevan para terminar de abrocharle una de las miles de capas del vestido. Rose comilona también está aquí, así que me sitúo a su lado, Grace me sigue y las tres nos dejamos embobar por el espectáculo de mujeres que orbitan alrededor de Jane. «Esto empieza bien», me digo tranquila.

Hora y media después, llegamos a la iglesia, rodeada de fotógrafos. Me matan los zapatos y los nervios de no saber dónde ni cuándo me encontraré con James y Charmander. Es poner un pie en la calle y activar el modo suricato. Encuentro a Jack, a uno que no conozco y a Daniel comilón cuando los resacosos y yo subimos las escaleras para entrar. Un saludo rápido y me marchó volando al ver a Malcom charlando con un grupo de gente. En cuanto me reconoce, me sonrío y me dice que menos mal que vine, que no quería que

su futura mujer me decapitara y le jodiese la luna de miel. Lo golpeo suave en el hombro y se despide estresado porque otros invitados acaparan su atención.

Levanto la mirada para ver a la corte situarse en uno de los primeros bancos. Camino hacia allí con cuidado para no destrozarme un tobillo y acabar despatarrada por el suelo. Funciona a medias: no domino los tacones, así que me muevo como si estuviera balanceándome dentro de un barco invisible. Al llegar al lugar en cuestión, me quedo de piedra al ver a la Hormiguita sentada entre ellos. «¡Caroline!», le gritó más por sorpresa que por alegría. Me saluda superfeliz e intenta acercarse; imposible, hay mucho cuerpo de por medio. Voy a preguntarle qué cojones hace aquí, me contengo al ver que está agarrada a Ian... «Pero ¿qué coño...?», empiezo a pensar cuando me interrumpen los empujones de otros que quieren ocupar mi sitio. Opongo resistencia y me siento al lado de Jack. Me mira y se ríe, porque sigo pillada con lo de Caroline. Es que no puedo ni disimularlo. En cuatro frases me resume que llevan quedando desde que se conocieron en Carnaval. Toma ya.

Y yo pensando que el rollito estaba entre ella y Jack... «Tu brújula sentimental da asco», me comenta la otra que nunca se calla. Me distraigo tratando de encontrar a mis dos objetivos escondidos entre los cientos de asistentes. Al instante me doy cuenta de que entre tanta pamelita y tanto sombrero todo se hace un poco una misión imposible. Giro la cabeza hacia el pasillo y localizo a unos hombres vestidos con faldas escocesas...; entre la fiebre de los sombreros y esto empiezo a replantearme en serio lo de mi estado comatoso o muerte cerebral: esto es muy surrealista.

Jack está muy instintivo hoy. Me explica que los tíos esos son familiares de Jane y que es costumbre ir así vestido en las bodas. Asiento mientras sigue hablando, pero ya no lo escucho desde el momento en que mis ojos reconocen al Arbusto entre la multitud. No lleva barba, tampoco falda. Se sienta al otro lado de la iglesia. Él no me ve, pero yo le sonrío aun sin querer. En un momento, otros se colocan delante y adiós a las vistas moja-bragas. «Mierda.»

No me da tiempo a maldecir mucho porque esto va a empezar. «¡Qué

emocionante!», no puedo evitar pensar.

¡Qué rollazo, joooder! Se dan el sí quiero y casi me alegro yo más que los novios solo porque el cura coñazo cierre la boca de una vez. Todos empiezan a levantarse y me siento feliz por poder por fin ir a saludar a James.

«Mira que eres idiota», me suelta mi otra yo cuando me embarga la decepción de comprobar que ya no está donde se suponía que debía estar. Me resigno para concentrarme en caminar dignamente y bajar las escaleras sin montar una escenita. Un brazo envuelve al mío, vuelvo la cabeza y los hoyuelos de Jack me saludan como si no hubiese pasado el tiempo. Me sorprendo devolviéndole la sonrisa.

Ya estamos listos para tirar los pétalos al paso de los novios. El momento se congela cuando lanzo los míos y veo a James enfrente, justo al otro lado del pasillo. Sus ojos me encuentran mientras caen las rosas.

Puertas

La cámara lenta se hace rápida dentro de mi pecho. Noto como la sangre empieza a fluir hacia mis mejillas cuando se terminan los lanzamientos y la gente se agolpa para felicitar a los recién casados. Lo veo caminar directo hacia mí. Se me vuelve a pegar la sonrisilla gilipollas durante lo que dura el saludo.

«You look amazing»,¹ me dice al tiempo que me revisa de arriba abajo. Intento devolverle el piropo, pero se me traba la lengua. Él, en traje, es una golosina andante. Vuelven las imágenes porno interrumpidas por una presentación inesperada: Jack y él dándose la mano. «No, no, no, no pienses que voy con él, eh...» Un segundo después, el Arbusto incluye en este momento incómodo a una chica que parece diseñada por ordenador. Le doy la mano después de Jack, no escucho ni cómo se llama. Empiezo a sentirme como un fantasma.

«Viene con ella», el pensamiento duele tanto que agradezco la aparición repentina de la Hormiguita e Ian distrayendo la atención. Les regalo un *bye*² general y salgo de escena en modo huida. Pierdo de vista al grupo, pero vislumbro un hueco entre la muchedumbre, me cuelo y consigo que Jane se fije en mí. La felicito con un beso y un abrazo breve, luego me acerco a Malcom y repito el proceso. La peña se apachurra toda y salgo de allí ilesa.

El hostión del Arbusto en toda la frente todavía me tiene conmocionada. Estoy sola rodeada de tantas personas que ya me parece volver a vivir mi existencia de siempre. «Te lo advertí, imbécil», me dice la borde mientras camino para escapar de la claustrofobia humana. Me dirijo hacia las escaleras de la iglesia con la idea de tener más perspectiva y encontrar así a alguien de

la corte. Ni falta que hace. Mis resacosos están justo en la entrada. Ya felicitaron a la parejita y estamos listos para salir hacia el restaurante. Antes de marcharnos, reactivo el modo suricato en busca de Charmander. No hay suerte.

En el coche agradezco que Thomas y Grace hablen tanto, más todavía que se entretengan comentando entre ellos. El hachazo de James todavía luce fresco en mi careto, necesito tiempo para coserme y no desangrarme. Finjo que me interesa lo que dicen a la vez que me saco estos instrumentos de tortura a los que llaman *tacones*. «Qué gustazo», se dicen mis deditos al aire.

¡Guau! Lo vivo yo sola nada más acercarnos al restaurante: un castillo de cuento todo modernizado por dentro. ¡Guapísimo! A duras penas consigo colocarme los zapatos de nuevo y abrochármelos sin que los resacosos tengan que esperar mucho por mí. Les dejo adelantarse, porque están en estado pegajoso edulcorado y yo no quiero que me salpiquen con su pringue.

Se abre la puerta automática y se me suelta el enganche del zapato derecho. Me agacho a medias para devolverlo a su lugar. «Métete, joder», le digo a la minihebilla justo cuando la puerta me da una hostia lateral al intentar cerrarse conmigo en medio. Pierdo el equilibrio sin poder evitarlo.

«Lo que me faltaba», bufo mientras me levanto del suelo rezando para que nadie me haya visto y para que mi vestido verde esté intacto. La visual rápida al vestíbulo me dice que no hubo mucho público presente, menos mal. «Más bajo no puedo caer, ahora ya ni las putas puertas me reconocen.» Antes de que consiga levantarme sola, una mano se me aparece e interrumpe mis lamentos: «I didn't know you could be invisible too. Another incredible superpower, Broky».³

Levanto la mirada y me encuentro con unos dientes perfectos: Charmander. «¡Nooo, joder, mierda, no! De cientos de invitados tenía que estar él aquí. ¿Por qué? ¿Por qué él?», me interrogo en el instante que me suelta y me aparta con cuidado de la trayectoria de la puerta asesina. La miro un momento y me río sin querer. «What problem do you have with doors?»,⁴ la pregunta hace

que me gire hacia él a toda velocidad. Su sonrisa acompaña a la certeza de que me habla del mamporro de Carnaval. No puedo evitar taparme la cara con las manos y mover la cabeza de un lado a otro intentando sacudirme la vergüenza. «Thanks for the help»,⁵ le digo todavía escondiéndome detrás de mis falanges.

«Broky! Broky!», las voces de los resacosos me llaman desde el otro lado del vestíbulo. «See you later?»,⁶ le pregunto sin pensar antes de ir a donde Grace y Thomas me esperan. «Of course»,⁷ y sus ojos verdes me atraviesan entera. Antes de entrar en el salón del banquete, me vuelvo para admirar de nuevo a mi amigo el chispas: el pelo ondulado y libre sobre los hombros le da un aire salvaje que enciende las ilusiones trituradas por el Arbusto una hora atrás. En mi peli porno mental, un nuevo actor está haciendo la prueba para el papel principal.

Lo que dura mi felicidad parece un chiste cruel. Estoy sentada ya en la mesa circular reservada para la corte cuando veo a Charmander entrar de la mano de otra que parece retocada con Photoshop y filtros varios. Si me quedaba algo de esperanza, esta acaba de ser incinerada por el caballero de melena de fuego. «¿Te mandaba señales, no? Serás imbécil», escucho putearme a la que ahora mismo no puedo soportar. «Sí que podía caer más bajo, sí», me digo con rabia.

Me marchó al baño porque necesito un minuto a solas. Cuando voy a atravesar el vestíbulo, Malcom y Jane cruzan la puerta maldita. A pesar de lo que me duele por dentro, verlos tan felices me hace sonreír instantáneamente. Jane me pide ayuda para ir ella misma al baño, así que la acompaño a la *suite* nupcial que tienen allí reservada para pasar la noche. Menuda habitación de la hostia.

Con mucho cuidado, apartamos las capas y le sujeto el vestido lo mejor que puedo mientras mea como si fuera un aspersor. Me cuenta lo bien que ha ido la sesión de fotos y el día perfecto que hace. Luego me pregunta qué me parecen las flores, el restaurante, y si he visto a mi amigo el pokemon. Al instante se

me va el buen humor; me resisto un poco, pero acabo confesándole toda la historia. De camino al vestíbulo, donde espera Malcom, le resumo en modo exprés la noche en París con James y el momento pos pétalos voladores más reciente.

Me regala esa cara de compasión que me conozco tan bien y le digo que no pasa nada, que igualmente voy a disfrutar de su preciosa boda. La mentira le devuelve la sonrisa, se la entrego a Malcom y me despido de ellos para sentarme y ver su entrada en el salón comedor ya como marido y mujer.

Después del brindis y todo eso, me concentro en comer para apartar los pensamientos negativos que intentan joderme todo el rato. La comida no está mal, porque la ansiedad no entiende de gustos. A mi derecha tengo a Caroline, y a mi izquierda, a Jack; entre los dos hacen que la situación sea más divertida de lo esperable. Malcom y Jane se pasan un ratito por nuestra mesa entre plato y plato; como la noche anterior, su ausencia en el grupo se nota demasiado.

Cuando llega la tarta, yo ya estoy que reviento y, aun así, la engullo igual. Ahora pienso chuzarme con la barra libre para olvidar el dolor de pies y el de las esperanzas destripadas por dos probabilidades con cuerpo de *miss* universo.

Luces

Ya empezaron las actuaciones tan esperadas por la corte y todos están dándolo todo delante del miniescenario que tienen montado en la sala de baile. Normalmente, el alcohol suprime mis tristezas y me da un puntillo alegre...; esta tarde no es el caso. «Vas mejorando», comenta la insufrible que vive conmigo.

De repente me distraigo porque apagan las luces y piden a los novios que se acerquen para su baile inaugural. El tío pelirrojo de la guitarra es el encargado de poner la banda sonora a este momento empalagoso... Los veo balancearse enamorados mientras la señora que tengo al lado saca un pañuelo para sonarse los mocos. El nudo que tengo en el pecho se aprieta más y mis piernas deciden largarse antes de que yo misma se lo ordene.

«Quiero estar sola» es lo único que siento. Llego al baño, cierro la puerta y me apalanco en la tapa del váter. Me quedo un rato bebiendo tranquila y me veo obligada a huir porque una invitada está podrida por dentro: si me quedo un minuto más, voy a vomitar. Vaya peste, joder. «¿Pero qué cojones ha comido?» Los pedorros y el plof, plof, plof podría haberlos soportado, pero ese hedor... me hubiera dejado inconsciente hasta respirando por la boca. ¡Puaj!

Como no tengo nada mejor que hacer, decido esperar fuera para ver quién es la de los gases mortíferos. Solo estaba su retrete ocupado, así que no hay posibilidad de equivocarme de damisela. Una princesa de carne y hueso sale desfilando del lavabo. Para mi sorpresa, me encuentro riéndome sola en el pasillo. «Eso sí que no me lo esperaba», me digo todavía con la risa floja. Voy a llevarme la copa a los labios cuando veo al Arbusto dirigirse hacia el baño

de hombres. Intento camuflarme con la pared activando mis poderes invisibles..., que no funcionan. Me saluda a lo lejos, me grita que espere aquí, que sale en un minuto. Ese es el tiempo que me lleva escapar cagando leches.

Tanto mirar para atrás para comprobar que no me sigue me lleva a chocar de frente con otro invitado. El señor me sostiene para que no me coma el suelo por segunda vez en el día. Me disculpo y le agradezco al mismo tiempo. Sigue su camino refunfuñando y yo continúo mi huida en tacones. A los dos segundos me doy cuenta de que el del traje que me mira a lo lejos es Charmander.

Esquivo ingleses como si fueran leprosos para camuflarme y que no me atrapen. Ya estoy en el medio de la muchedumbre. Al momento siento una mano que me agarra el brazo deteniendo mi escapada. «Mierda.» Me giro esperando ver al del fuego y me sorprenden unos ojos grises. «Jack», le digo toda contenta. «Dance with me»,¹ asiento varias veces y le ofrezco mis manos.

Como los viejos aún no han abandonado la boda, las canciones son más lentas que el coche del malo en una peli de acción. Toca bailar pegados. No quiero que se equivoque y vuelvan las cobras, así que evito mirarle a los ojos. «Intenta disfrutar», me digo. Dejo que Jack me pegue un poco más a él y hasta me da pena cuando se acaba la canción. Me separo y, en vez de mirarlo a la cara, el pánico se adueña de mi *body*² al descubrir a James a apenas dos metros de distancia. «Oh, joder, que ahí viene», me dice mi otra yo.

«You are in love with him»,³ las palabras de Jack son una afirmación, no una pregunta. Me deja medio catatónica y al momento me cede al Arbusto como si yo fuera un juguete en una guardería. No puedo procesar lo que acaba de decirme porque mi nuevo acompañante me recuerda que le había prometido un baile. Levanto la vista, disfruto de sus ojos azules y no puedo contenerme: «You know that I have feelings for you... Was an accident the last kiss in Paris or not?». ⁴ Nada más soltar la bomba, quiero salir por patas de la vergüenza que siento y suicidarme. Su expresión se vuelve seria, yo quiero morir. Me responde, no le escucho con tanto ruido. Me acerca más a él, me habla al oído:

«I like you, a lot. Sex always complicates things and I don't want to lose you». ⁵

Acaba de decirme que le gusto... «¡Le gusto!» La alegría me emborracha. «Espera, ¿no quiere ser más por miedo a perderme?» Me aparta para mirarme a los ojos de nuevo, no sé qué responderle. «¿Esto es bueno, no?», me pregunto. «No, gilipollas, sigues en la casilla amiga y ahí estarás *forever*, ⁶ no va a arriesgarse por echar un polvo», escucho decir a mi yo cruel. Por su ceja arqueada adivino que espera una respuesta, asiento por fuera y sigo negándolo por dentro. El resto de la canción la pasamos en silencio. Sus manos me quemán la piel. «No es bueno para mí, yo quiero más, él no va a cambiar de idea. Esto no va a acabar bien para mí.» Antes de separarnos, me sale del alma decirle: «I can't do this, it's bad for me... Goodbye, James, I wish you a happy life. Don't call me again». ⁷

Le hago el saludo militar a modo de despedida dramática y, por primera vez desde que nos conocemos, soy yo la que le da la espalda a él. Me marcho en busca de la única cosa que puede animarme en estos momentos.

Jane está pasándose bien bailando con Daniel comilón; Ian el feo y la Hormiguita están a tope de románticos, lo mismo que los resacosos. Me encamino hacia una de las barras para que el alcohol me borre pensamientos cuando Malcom me corta el paso y me saca a la pista sin ni siquiera preguntar.

Le sonrío un poco, lo felicito por la boda. Pasa de mí y me dice que él quería contarme que mi pokemon de fuego tenía pareja, pero que yo no le dejé. Le doy toda la razón. Le pregunto a qué viene esto ahora. Su respuesta no se acompaña más que con un gesto de cabeza en dirección al sujeto en cuestión que comparte baile con su novia cañón a poca distancia: lo veo hacerme señas de que la siguiente canción me toca con él. «I want to see you happy, so this is my advice: stay away from actors.» ⁸ Acaba la frase y me da un beso en la mejilla. «Y lo dices ahora. Puntualidad inglesa, los cojones», pienso sin querer.

No quiero separarme de Malcom porque eso significa que voy a tener otro

enfrentamiento sin estar recuperada todavía del primero. Como con James, se me acerca el guaperas y me tiembla todo, por dentro y por fuera.

Nos alejamos un poco del mogollón y del altavoz, empezamos a bailar cerca, pero no pegados. De todos, es el que mejor se mueve conmigo subida en estos zancos. Me pregunta por qué escapo de él, le contesto al segundo que creí que estaba soltero y que me había hecho ilusiones de mierda. El sentimiento de desear la muerte instantánea vuelve a mí con redoble de tambores. Miro hacia otro lado y cierro mi confesión diciéndole que estaba convencida de que entre él y yo había habido demasiado *feeling*.⁹ Vuelvo a perderme en sus ojos.

Por cómo frunce el ceño, parece que mis puñales de sinceridad le están pinchando el bazo. Se inclina para corroborar que sintió esa conexión conmigo desde el principio, pero que nunca se imaginó volver a encontrarme. Dice que ahora no sabe qué hacer. «I want to get to know you better, this is the only truth»,¹⁰ termina su monólogo. Como con James, ni puta idea de qué responderle, no sé qué pensar ni qué sentir. La ira sube como la espuma cuando reviso su última frase. A mi silencio reflexivo añade un «I'm Patrick, by the way»,¹¹ y me enseña esos dientes que tanto me gustan. «Casilla amiga o casilla amante, elige», me susurra mi otro yo.

Antes de que termine la canción, me separo de él y me piro hacia el vestíbulo.

«Conocerme mejor teniendo novia, será cabrón», pensamos yo y mi yo cruel de forma fusionada. «Otro que me va a exprimir el corazón si le presto mis naranjas..., eso ni de coña», me añado. Me duelen los pies horrores, pero mi cerebro todavía funciona; camino mientras le pido a mi amiga la borde que por favor esta noche se abstenga de meter el dedito en la llaga. «Querías que fueran otros dedos y otro tipo de llaga», me suelta a modo de burla. «Cierra la puta boca», le respondo alterada.

Tengo la puerta maldita a cuatro pasos: se abre. Esta vez me reconoce a la primera. Jack aparece de frente antes de que pueda atravesarla. Mientras

retrocedo, a lo lejos escucho mi nombre en dos tiempos y con dos tonos de voz diferentes.

El corazón me late tan deprisa que creo que voy a palmarla de un infarto. Ignoro a Jack, me giro ciento ochenta grados para comprobar que las dos voces que me llaman desde el otro lado del recibidor son las de Patrick y James, respectivamente. Los dos caminan hacia donde estoy, me miran a mí y luego se observan entre ellos. Pero ¿qué cojones...?

Ahora mismo, la opción del harakiri ¹² se me antoja de lo más apetitosa.

Piedras

Jack ya está a mi lado y a los otros dos les quedan segundos para formar parte de este desastroso cuarteto sin cuerdas ni cordura. «Reza para acabar el concierto», comenta la otra que nunca se calla. La situación es tan irreversible que solo dos cosas se me ocurren para salvar los muebles: opción A, fingir que me desmayo rollo telenovela; opción B, dejar de contener las ganas de vomitar que mantengo en *stand by*¹ para regarlos a todos tal cual lo haría una manguera fuera de control.

Parece que la opción B toma fuerza cuanto más se aproximan los otros dos..., eso hasta que reconozco el sonido de apertura de la puerta automática. Casi al momento, Jack y yo somos engullidos por una avalancha de gente. Así de refilón creo identificar a otro megafamoso, pero la curiosidad me dura más bien poco. «¡Ahora!», me espabila mi amiga la borde. Aprovecho la distracción y utilizo el recurso de la bomba de humo antes de que me estalle entre los dedos.

Consigo escaquearme y tiro hacia el primer pasillo que veo despejado. Divido mi atención entre el caminar sin provocarme un esguince y la vigilancia de la retaguardia. Después, respiro algo aliviada al comprobar que nadie me persigue. Aun así, no me permito bajar el ritmo. «Ya echaré los higadillos cuando me encuentre fuera de peligro», pienso para no desfallecer.

Veó a lo lejos una silueta empujando un carrito, lo detengo a mi altura y me apropio de una botella que tiene buena pinta. El tío ni se inmuta; yo le sonrío encantada, pero no a él, sino a la barra libre. Continuamos nuestro camino sin intercambiar ni una sola palabra. *Dabuti*.

Giro a la izquierda buscando algún escondite mágico donde continuar

ahogando mis penas y de paso evitar futuras situaciones insostenibles. Al final del pasillo hay una puerta abierta a través de la cual se intuye el exterior. «Para allá que me voy», me digo toda contenta.

La felicidad me da un zapatillazo después de cegarme con la luz de la tarde. «Pero qué puta animalada de jardín», me dice mi otra yo. Asiento mentalmente, salgo de la terraza y comienzo a caminar como un chimpancé con tacones por el sendero de tierra. Mi intención no era ocultarme tanto, pero la verdad es que mire por donde mire no encuentro ningún sitio donde establecer mi refugio temporal.

Unos pocos metros más adelante se me aparece el paraíso en forma de banco de piedra. Me siento toda contenta y me concentro en el agua que brota de la fuente que hay justo enfrente. Poco me dura la distracción: a cada ruido que escucho, salto como un cervatillo esperando ser atacado por los lobos. Ni Bambi sufrió tanto estrés como el que ahora llevo yo puesto. Las escenas de baile con los tres mosqueteros y la casi trágica situación del vestíbulo me impiden disfrutar del momento zen en mi banco favorito.

Bebo moderadamente buscando al genio de la lámpara dentro de la botella. Me doy cuenta de que tengo que arreglar mi desastre sentimental con cada respingo que doy por culpa del viento, por un pájaro despistado o hasta por una salpicadura de agua. Pero odio decidir y, además, se me da como el culo. Comienzo a imaginármelos a los tres plantados entre la fuente y yo. Noto que mis funciones cognitivas fallan, porque cuando intento dialogar con ellos, sus formas fluctúan y luego desaparecen. Vaya mierda.

Le doy una patada a una piedra del suelo para descargar la rabia y la frustración. Me llama la atención porque parece que tiene cara. Bebo otro traguito, me agacho para recogerla, meto la mano en el bolso —que milagrosamente todavía llevo colgado— y con el *eyeliner*² le perfilo los ojos. Le digo: «Hola», y la siento a mi lado. No muy lejos encuentro otras dos piedras simpáticas. A una la envuelvo en unas hojas pequeñas de una planta cercana, a la otra la decoro con mi pintalabios rojo.

Ya estamos los cuatro sentaditos en el banco, junto mis manos y cruzo los dedos para empezar mi discurso final. No me salen las palabras porque están muy serios. Saco de nuevo el pintalabios y les dibujo sonrisas a todos ellos. «Así está mejor», me dice irónicamente mi borde interior. Ignoro sus comentarios y me centro en el primero: James el Arbusto, que no me quiere desnudar. Empiezo diciéndole que no me gustan los cobardes, que si siente algo más que amistad por mí, debería arriesgarse como yo cuando me como un canapé misterioso. Se me vienen a la cabeza también los relatos de sus aventuras y romances varios. Joder. Aunque no me importa que tenga un pasado, tampoco me apetece pasar a formar parte de sus historias nocturnas. Al pensar en la noche, recuerdo la nuestra en París y el casi-beso. El corazón comienza a acelerarse y bebo para anestesiarme un poco más.

Mi siguiente objetivo es Patrick, el pokemon de fuego. «¡Tienes novia!», le gritamos a la vez la borde y yo. Ya no hay más. De la mala hostia me levanto, pero me siento igual de rápido al sentir como los tacones se hunden parcialmente en la tierra del camino. Respiro profundo, me calmo y le confieso que me gusta, que me muero de curiosidad por conocerlo más, que tampoco me importaría hacerle un hijo. Detengo mi desahogo para humedecerme la garganta con lo que sea que me estoy bebiendo. «Solo quiero una oportunidad», le digo a modo de fin de la cita.

Acabo mirando a los ojos grises del monigote de piedra número tres. La moña que tengo está en pleno apogeo y poco tengo que decirle ya. Le suelto un «Me gustas como amigo», pensando al mismo tiempo en que no se me detiene la patata cuando estoy con él. Me acerco un poco más a mi mini-Jack para ofrecerle un trago de compensación antes de darle la vuelta y decirle «Game over». ³

«Muy bien, retrasada, solo te quedan dos», apuntilla mi demonio interior. Muevo la cabeza de un lado a otro para intentar silenciarla de nuevo tal cual un perro se sacude al salir del agua. Comienzo a entender que vuelvo a estar cara a cara frente a ese puñetero cincuenta por ciento. No puedo continuar con

el hilo de pensamientos porque me distrae un ruido cercano. Me encojo —por septuagésima quinta vez—, siendo en esta ocasión con un buen fundamento: algo se mueve en los matorrales de detrás a la fuente.

Está anocheciendo y se me vienen a la mente montones de animalitos nocturnos que podrían atacarme. Instintivamente cambio el agarre de la botella y la convierto en un arma potencialmente arrojadiza. Me agacho y pillo una piedra de las gordas —por si acaso y tal—. Me concentro nuevamente en el ruido, apunto y lanzo la piedra.

La veo volar lejos, muy lejos de donde debería haber aterrizado. Repito la acción, esta vez recalculando la trayectoria del misil y la fuerza del lanzamiento. El resultado es peor todavía que el primer intento. No me rindo y me propongo buscar otra piedra contundente, pero casi me caigo de culo cuando una chica me sorprende saliendo de entre las hojas con las manos en alto.

«¡Tu puta madre!», le grito asustada antes de casi lanzarle la botella como si fuera un bumerán sin retorno. Se disculpa mientras yo todavía estoy intentando reconducir la adrenalina que me corretea por todo el cuerpo. Después me suelta que por favor no la delate, que ya se va. Yo no entiendo una mierda. Buscando respuestas, mi cerebro identifica una cámara de fotos superprofesional colgando de su cuello. «Ah», asiento mentalmente. Resulta que es una *paparazzi* y no una fan pervertida oculta en los arbustos. Me río sin querer delante de ella y paro porque me doy cuenta de que, en este caso, la rara debo parecerle yo, que soy la que habla con las piedras. Se me corta la risa de cuajo. «Qué puta vergüenza», me digo sintiendo el calor extendiéndose por mis mejillas.

Parece que está en mi frecuencia mental, porque se acerca para tocar mis monigotes tuneados. Me dice que no ha entendido nada del discurso que les he soltado —como es lógico, porque al inglés lo tengo maniatado en el maletero—, pero que le parece una buena forma para exteriorizar pensamientos. Yo de veras que intento encadenar secuencias gramaticales con sentido, pero lo

único que al final consigo articular es que no tiene que preocuparse porque me vaya a chivar. Antes de que vuelva a camuflarse entre los árboles, logro preguntarle cómo sabe ella si alguien le gusta. «I kiss her»,⁴ me dice encogiéndose de hombros, se despide y después desaparece entre las hojas.

Automáticamente me viene a la mente una imagen de mí misma empujando a Jack por un acantilado. Caigo en la cuenta de que sí, de que efectivamente solo quedan dos jugadores en la partida. «Quizás hoy sea una buena noche para robar besos», me sorprende diciéndome mi otra mitad.

Explosiones

Aunque la chica ya se ha vuelto a esconder, sus palabras todavía merodean por mi cerebro alcoholizado. Me siento lista para tomar la iniciativa..., o de eso al menos es de lo que intento convencerme.

Al poco, mi rincón particular del jardín ha empezado a llenarse de invitados de la boda cogiendo posiciones como si fueran a asistir a un concierto: todos están colocados mirando en la misma dirección, lo que viene a ser a mi espalda. Veo —o quizás me imagino— que se fijan demasiado en el banco parcialmente ocupado por mí y mis amiguitos de piedra. Me concentro en despedir gases insonoros nivel fétido para que respeten mi espacio vital y el de mis colegas inanimados.

Parece que no son lo suficientemente potentes. Una señora entrada en carnes se me acerca y me pregunta si se puede sentar. Aparto mis monigotes a regañadientes y los pongo sobre mis muslos. Como es evidente que el modo mofeta no funciona con estos ingleses, sigo pensando en si me atreveré a besar a Charmander y al Arbusto. Entonces, mi yo más malvado me interrumpe: «Esto se está llenando de peña; tira esas putas piedras, que parece una pirada». Incluso sin quererlo, presto atención a lo que me dice, porque lleva toda la razón: esto está tan de bote en bote que ya no veo ni la fuente. En mi banco privado ahora son tres personas, luego estoy yo, mi botella y mis amigos de cuarzo y feldespató.

Siento una presión en el hombro derecho, me giro y me encuentro con las sonrisas radiantes de Caroline, mi Hormiguita, y del poco agraciado Ian. Ya es casi de noche, pero esa felicidad que desprenden podría iluminar todo el jardín y hasta las putas mazmorras del castillo. ¡Puaj! Disimulo mi envidia

poco sana para preguntarles si saben qué va a pasar y así evitar tener que explicar lo de las piedras acumuladas sobre mis piernas. «It's fireworks time»,¹ me contesta entusiasmada Caroline. «Fireworks?», le pregunto para asegurarme de que he entendido bien lo que me acaba de decir. «Yes, yes. It's going to be amazing.»²

«Me da por culo lo que te parezca», le respondo levantándome del banco. Con las prisas se me desparraman por el suelo mis pequeños amigos. Me queda una mano libre —la otra sigue agarrando la botella—, así que solo puedo recoger a uno de ellos. Mi cerebro elige por mí y me apuro para huir del jardín antes de que sea tarde. Caminar por esta mierda de sendero esquivando personas me parece más complicado que antes, más si cabe porque de repente apagan las luces y comienza a sonar una canción a todo volumen.

«Oh, no. Oh, no», me digo. «Date prisa, joder», me fustiga la que nunca se calla. Me trastabillo un número incontable de veces, colisiono inexorablemente con múltiples trozos de carne con piernas y busco como puedo la terraza por donde salí al jardín. En lo que me parece una eternidad, la localizo: hay un foco enorme iluminándola a ella y a un tipo con gafas tocando un piano de cola. No me da la olla para descubrir cómo coño han conseguido montar todo este circo en tan poco tiempo. Encuentro un huequito por donde llegar a las escaleras de piedra y oteo el horizonte para situar la puerta de entrada al castillo. En mi búsqueda exprés, consigo geolocalizarla, me preparo para el ascenso, pero no para los imprevistos barbudos.

«No, no, no, ahora no», nos decimos mi amiga la desgraciada y yo. Ignoro la presencia del Arbusto y continúo mi camino para ponerme a cubierto antes de las explosiones y de la posible muerte por empalamiento con varilla de cohete. Solo tengo ojos para esa puerta entreabierta, pero cuando me quedan pocos metros para alcanzarla, siento como el tacón derecho se me queda atascado y se me escapa el pie sin querer. Por culpa del frenazo, apoyo el otro tacón cerca del primero y, de nuevo, noto como se bloquea y se me sale

también el otro pie. La inercia hace el resto: acabo descalza medio metro más lejos y no me como el suelo de milagro.

«¡Joder!», grito frustrada dando marcha atrás. Veo mis zapatos atrapados en lo que parece una alcantarilla y me agacho rápidamente para recuperarlos. Recoloco la botella debajo del sobaquillo y la piedra en la boca. Tiro con ambas manos del tacón más cercano. Consigo sacarlo de la rejilla después de varios intentos y me preparo para el segundo asalto, sabiendo que esta vez solo tengo una mano con la que presentar batalla.

Otros diez dedos aparecen en mi campo de visión, levanto la cabeza y descubro al Arbusto liberando a mi otro zapato. Para variar, está partiéndose el culo en mi puta cara. Abro la boca sin darme cuenta y se me cae la piedra sobre la mano. El dolor me espabila, le arranco el tacón sin miramientos y lo junto con el otro para usar la mano vacía como transporte de la piedra.

Un boom hace que mi cuerpo se estremezca de arriba abajo. No soy capaz de moverme ni de respirar, el sudor empieza a inundar cada centímetro de mi piel. El pánico que me atropella es absoluto. Entonces unas manos rodean mi cara, unos labios presionan los míos.

Sus labios.

Por un momento, solo existimos los dos. Después se separa para apoyar su frente contra la mía, con sus dedos acariciándome el pelo. El ruido regresa con otro zambombazo que me devuelve a la realidad y yo le devuelvo a él encima todo el alcohol que llevo dentro. Las vibraciones provocadas por los fuegos artificiales me atraviesan entera, los temblores involuntarios empiezan a extenderse por mi cuerpo.

«¿Quién coño ha apagado las luces?», escucho decir a mi amiga la borde antes de que todo se vuelva negro.

Películas

Sin saber muy bien cómo, me siento flotar por uno de los pasillos del castillo como lo haría un fantasma condenado a vagar por toda la eternidad. Levanto la cabeza y veo al Arbusto desde una perspectiva que no había disfrutado antes. «¿Por qué me está llevando en brazos?», me pregunto antes de recordar los fuegos artificiales.

Un escalofrío me recorre de la cabeza a los pies.

James baja la mirada y sonrío aliviado mientras me dice: «Thanks God, you are awake». ¹ Localizo mis manos pegadas a su cuerpo, mis pies descalzos mecidos al viento por el bamboleo de su cadencia al caminar. Me recuesto sobre su pecho porque todavía no me encuentro del todo bien. Mi estómago está en modo centrifugado y la boca me sabe amarga, como a vómito.

«Oh, mierda», es la secuencia repetida en bucle dentro de mi cabeza al recordar la escena de la alcantarilla y a la Broky vomitona. No me da la vida ni para taparme la cara de la vergüenza, menos todavía para huir y esconderme en una cueva para el resto de mis días. Como escaparme va a ser que no es posible, mi cerebro comienza a mandarme imágenes de recuerdos recientes. Abro los ojos de nuevo y no veo ni rastro de la botella ni de mis zapatos, tampoco de la piedra. «Qué pena...», escucho decir irónicamente a mi inservible amiga la borde.

Vuelvo a recostarme para intentar disfrutar del paseo motorizado por esas piernas que me encantan. Cambia la intensidad de la luz y me obligo a abrir los ojos para ver dónde estamos: es el salón de baile. Me baja con cuidado para sentarme en una silla acolchada, luego lo veo hablar con un camarero que

está recogiendo unas mesas cercanas. Inmediatamente después se acerca con otra silla a donde intento permanecer erguida para sentarse justo a mi lado.

Ahora que puedo pensar con más claridad, le doy las gracias por salvarme de los cohetes de colores asesinos. Mis palabras le hacen esbozar una media sonrisa y me susurra que se nota que ya estoy mejor. «Si el macizo lo dice, habrá que creérselo», añade la otra a modo de burla.

Después de ese comentario, el silencio se instala en la silla de al lado. Como estamos los dos a solas y a apenas unos centímetros el uno del otro, empiezo a sentirme incómoda por culpa de la escena de la alcantarilla. Soy consciente de que ninguna Tortuga Ninja ni Maestro Astilla va a salir del subsuelo para rescatarme de este momento «y ahora, ¿qué?», así que se me ocurre rebuscar en el bolso para encontrar mi móvil y escribirle a Grace.

Un camarero interrumpe mi flujo de pensamiento agramatical para ofrecerme una botella de agua. Dejo a medias mi *writing*² para beber como si me hubiera comido veinte galletas a palo seco. Se me quita, a medias, el mal sabor de boca que me acompaña desde hace ya sabe Dios cuánto tiempo. Lo de la incomodidad ya es otro tema. Raro en mí, ahora mismito no sé cómo actuar con James, así que termino de enviarle el mensaje a mi resacosa favorita. Al acabar, mi mente y mi cuerpo solamente visualizan una cama donde disfrutar de un coma profundo.

Me dejo llevar por el agotamiento y apoyo la cabeza en su hombro. Además, decido cerrar los ojos para no tener que verle la cara. Al momento, siento que me aleja de él y, cuando justo voy a girarme para comprobar qué le pasa, con otro movimiento levanta el brazo y me acomoda sobre su pecho. No ha pasado ni un minuto y ya estoy superincómoda en esta postura, pero tenerlo así, pegadito, rodeándome con su brazo y con mi oreja espachurrada escuchando los latidos de su corazón..., pago el precio encantada. Acepto incluso el hecho de que desde esta posición me llega la peste de mi propio vómito surgiendo de sus pantalones como si de vapores tóxicos se tratara. «Respira por la boca», me digo estoicamente.

Como me encuentro mejor, me creo lo suficientemente fuerte como para pedirle disculpas por echar sobre su traje de miles de euros toda la botella perdida y parte de la cena engullida. Sé que se ríe porque su pecho se infla y se desinfla con mi cabeza encima. Me contesta que se reserva el derecho para, en cualquier momento, vomitarme él a mi todo lo que lleve dentro. Le respondo que la próxima vez que lo vea le daré un tique regalo para que lo use cuando guste.

Vuelve a reírse, pero sus sacudidas se detienen de sopetón. Abro los ojos y ahí está, la acompañante de James entrando por la puerta. «Oh, fuck»,³ pienso mientras me incorporo y me separo de él como si su cuerpo tuviera un muelle integrado. Antes de que el pibón llegue a nuestra altura, otro movimiento en la entrada del salón capta mi atención: Grace algo perjudicada. «Menos mal», suspiro aliviada. La cara de mala hostia de la chica es tan evidente que me obligo a aguantarme las ganas de reír y hacerle, ya de paso, una peineta con estilo junto con mi baile especial de la victoria.

El Arbusto se levanta para encontrarse con ella antes de que se nos acerque demasiado. La verdad es que la tía buena parece que va a soltarle un mamporro nada más lo tenga al alcance, pero él la agarra del brazo y redirige su trayectoria alejándola todavía más de mí. «¡Pelea, pelea, pelea!», jalea la odiosa que vive en mí y con la que temporalmente estoy de acuerdo. No puedo escuchar ni entender lo que se dicen desde esta distancia, pero por sus gestos sospecho que yo también formo parte de la conversación: la Afrodita reencarnada no para de mirarme y de señalarme con el mítico dedo acusador. Quiero seguir cotilleando el diálogo de la discordia, pero Grace se me planta delante y exige toda mi atención.

Cabe la posibilidad de que mi apariencia actual sea un desastre. Lo intuyo porque los ojitos de mi fiestera favorita parecen hasta preocupados. Además, no deja de preguntarme que qué ha pasado, así que tiene toda la pinta de que parezco la superviviente de un bombardeo —lo cual es completamente cierto—. El caso es que me está diciendo que nos vamos ya, que me ponga los

zapatos. Le digo que deben de estar perdidos y asustados en el jardín, pero que no se preocupe, que al coche voy descalza y que seguro que alguien los rescata.

Me pongo de pie y enfilo la puerta rezando para que el Arbusto no se entere de mi huida silenciosa. Antes de que pueda terminar esta frase mental, se gira y arruina mi mutis por el foro. Se disculpa con la muñeca de porcelana para acercarse a mi posición a bastante velocidad. Aun sin entenderlo muy bien, me obliga a retroceder y a sentarme de nuevo en la silla. Entonces, se arrodilla justo delante de mí y se lleva las manos a los bolsillos.

Por un momento fugaz, se me queda el cuerpo tan tieso como una barra de pan recién sacada del congelador. Un microsegundo después, se me derrite todo al comprobar que de su bolsillo derecho sale uno de mis zapatos, el cual no tarda en calzarme. Del otro, se saca el segundo tacón y repite la acción con mi otro pie todavía descalzo.

De todas las películas que podía haberme imaginado, lo cierto es que nunca se me habría ocurrido acabar interpretando el papel de Cenicienta. Eso sí, de todas las princesas, es, sin duda, a la que más me parezco en estos momentos: con pequeños amigos imaginarios y cubierta de mierda por todas partes.

Universos

James y yo nos levantamos a la vez como si estuviéramos haciendo natación sincronizada sin bañadores ni pinzas para la nariz. Lo veo dudar de cómo despedirse y acaba acercándose para plantarme un beso en cada mejilla.

Definitivamente, mi coche de caballos es una calabaza en descomposición. Le digo adiós e intento volver a caminar dignamente hasta conseguir estar fuera del alcance de su vista. Al llegar a la altura de Grace, me engancho a su brazo para usarla de muleta y juntas salimos del salón. No miro hacia atrás para que mi última visión de James no sea con el monumento rubio de bonitas piernas.

Ya en el vestíbulo, un destello blanco capta mi atención: un vestido de novia. Como dos barritas de Kit Kat pegadas por el calor, mi fiestera favorita y yo nos acercamos a Jane y a Malcom para despedirnos. Su expresión al verme me dice de nuevo que, efectivamente, debo parecer recién salida de un desastre nuclear. Antes de que me bombardee a preguntas, le suelto mi mítico «I'm OK»,¹ y les doy dos besos a cada uno. En cuanto me separo, les felicito por la boda y les recuerdo que están invitados a París siempre que quieran.

Es el turno de Grace y del recién agregado Thomas el fiestas. Cumplidos los deberes sociales, los tres cruzamos la puerta maldita y dejamos atrás el castillo. Vuelvo a convertirme en la siamesa de Grace hasta que llegamos al coche y se queda frita en el asiento de al lado. Thomas imita el comportamiento de su mujer en la parte de delante dejando así toda la responsabilidad de la conducción a un chófer profesional contratado para la ocasión. Mis extremidades recientemente recuperadas y yo nos alegramos de que ninguno de los resacosos decidiera conducir después del fiestorro.

Ahora que me siento a salvo en el coche de vuelta a Londres, el beso de la alcantarilla no deja de aparecérseme una y otra vez. Se me escapa una sonrisa involuntaria y me toco instintivamente los labios con la yema de los dedos. Un sabor asqueroso hace que frunza el ceño y hasta me asaltan un par de arcadas. Mientras, escucho a mi amiga la borde decir: «Bien merecido lo tienes por andar tirada por el suelo jugando con piedras». La ignoro como de costumbre e intento conciliar el sueño, que se me escapa sin parar. A pesar de no ser capaz de quedarme inconsciente, el viaje se me hace relativamente corto. Cuando llegamos a su piso, la visión de mi cama de invitados me cautiva con un orgasmo mental.

El coma del día después no es ni tan largo ni tan profundo como a mí me gustaría. No es ni mediodía y ya estoy despierta en esta cama que no funciona bien. Salgo de la habitación para descubrir a mis anfitriones moribundos en el sofá. Me añado al lote y pasamos así las horas hasta que a media tarde los efectos del día anterior están casi bajo control. Comemos algo rápido, nos duchamos y salimos directos al *pub* para reunirnos con el resto de la corte. Me debato entre las ganas de estar con todos y la reticencia de otro arrebato de sinceridad de Jack.

El sitio y nuestra mesa están como siempre, pero se nota demasiado la ausencia de Jane y Malcom. Una y otra vez, sigo sorprendiéndome por la presencia de mi Hormigueta en el grupo. Está claro que a mi cabeza le cuesta incluirla en este nuevo contexto, donde no puede chupar pinceles a diestro y siniestro. Me siento bien al haber hecho de celestina entre ella e Ian el feo, aunque el inconveniente más directo es que ahora los únicos solteros del grupo somos Jack y yo. Vaya, vaya.

Las conversaciones de la tarde-noche giran en torno a todos los acontecimientos de la boda. Con cada nuevo tema, estoy cada vez más convencida de que yo asistí a la misma que ellos, pero en un universo paralelo. Me gusta, sin embargo, encontrar los puntos comunes entre sus recuerdos de ayer y los míos: la iglesia, la entrada de los novios, la comilona,

las actuaciones sorpresa de los cantantes famosos, etcétera. En un determinado momento de la velada, me veo obligada a desfilas hasta el baño para vaciarme. Cuando vuelvo a la mesa, todos se giran para mirarme. «What?»,² les pregunto mientras me acomodo entre Daniel el comilón y Grace mi resacosa.

Los veo mirarse los unos a los otros durante lo que parece una eternidad, porque nadie responde a mi pregunta. Es Jack quien finalmente me contesta con un «So, what's your problem with fireworks?». ³ «Ah, es eso», me digo justo antes de contarles de forma abreviada el pánico que me provocan desde mi encuentro terrible con los petardos años atrás. Me da vergüenza hablar sobre el tema, así que lo cuento rápido y reconduzco la conversación hacia el tío que cantaba en la terraza. La distracción parece que funciona y mis paranoias mentales dejan de ser el centro de atención del comité del castillo.

Una horita y poco después, decidimos levantar el campamento. «Por fin», no puedo evitar pensar por culpa de que mi cuerpo todavía no está recuperado de los excesos del día anterior. Mi vuelo sale mañana a mediodía y no volveré a verlos en una buena temporada, así que esta vez sí que me despido en condiciones de todos ellos. Cuando es el turno de Jack, me coge de la mano y me aparta un poco del grupo. «If you need me, you know you can call me anytime». ⁴

Otra vez me es imposible no dejar salir una sonrisa que me ocupa toda la cara. No sé muy bien qué responder a eso, pero imagino que mi expresión le contesta sin necesidad de palabras. Me acerco a él para regalarle un fuerte abrazo, le doy las gracias y le digo: «Come to Paris whenever you want. My home is your home». ⁵ Veo brillar sus ojos grises al escuchar mi inesperada invitación.

De vuelta al piso con mis resacosos favoritos, pienso en que esta despedida no podría haber sido mejor. Comienzo a mentalizarme de que mañana vuelvo a la vida real y preparo mi cuerpo para intentar destrozar mi cama de invitados.

Grace y Thomas están también en piloto automático, así que no necesitamos ponernos de acuerdo para decidir irnos todos a sobar.

«Ni una señal del Arbusto», me recuerda mi otra yo, solo por joder, justo antes de cerrar los ojos.

Billetes

Ya son las ocho y tengo la impresión de haber dormido un microsegundo. «Me cago en la puta», maldigo interiormente mientras otro bostezo se apodera de mi cara legañososa. Me despido de mis fiesteros favoritos antes de que se vayan a trabajar; me dejan todo preparado para que desayune y me duche, también para que al salir solo tenga que cerrar la puerta del piso.

Mi idea era pillarme un taxi hasta el aeropuerto, pero ahora mismo me encuentro con un mensaje del Arbusto que me pregunta cuándo me voy y que automáticamente se ofrece a hacerme de chófer. Creo que voy a expulsar todo el desayuno y mi corazón en un único espasmo. Reviso en un pis pas que me lo llevo todo, cierro la maleta e intento tranquilizarme. La incertidumbre de no saber qué me va a decir James y el porqué de esta cita inesperada me tienen descolocada.

Me asaltan unas ganas incontenibles de mear en cuanto lo veo llegar y detener el coche justo delante de donde espero de pie. Los nervios me aprietan tanto este cinturón invisible que, cuando se baja del coche para ayudarme a meter las maletas en el maletero, las taquicardias me hacen pensar que una visita al cardiólogo no estaría de más. «Cálmate, cálmate», me repito una y otra vez. El monólogo interior se me va a la mierda en cuanto se acerca para darme un beso... en la mejilla.

«Esto te pasa por gilipollas. Deberías de mandarlo a la mierda en cuanto te deje en la terminal», me sugiere esa voz poco amable que me asalta cuando le sale del culo. La puñalada del beso de amigo todavía me duele ya sentada sobre su asiento tapizado en cuero. La conversación comienza y continúa de manera bastante incómoda durante casi todo el trayecto. Yo me siento rara y a

él lo noto igual. Ahora me está hablando de no sé qué del tráfico, se me acaba el bote de paciencia y lo tiro al suelo para romperlo y preguntarle directamente el motivo de este encuentro no planificado.

La interrupción parece que lo descoloca un poco, pero rápidamente comienza a explicarme que no quería que me volviera a París con todo nuestro lío sin resolver. Me dice que, después de los acontecimientos de la boda y lo de después, necesitaba hablar conmigo para aclarar nuestra situación. Empiezo a pensar que lo he entendido mal, pero no me da tiempo a darle muchas vueltas porque acabamos de llegar al aeropuerto. Así como de milagro, encuentra un hueco donde no obstruimos la circulación, maniobra durante unos instantes y luego apaga el motor. Comienza a sincerarse justo después de girar la llave y sin lograr mirarme a los ojos.

Ahora mismo me encuentro intentando procesar lo que me está diciendo. A pesar de los nervios que me comen viva, todavía llego a entender su «I can't be with you». ¹ Todas las esperanzas que me ataban a él funcionan ahora como soga invisible: tengo otro órgano vital aplastado en mi interior, uno que nada tiene que ver con expulsar residuos por orificios circulares. Y me duele considerablemente. «La culpa es tuya por hacerte pajas mentales», me dice la borde para aportar su granito de arena a mi existencia, ya de por sí enterrada en excrementos. Ahora mismo solo quiero pulsar el botón de eyección escondido en este supercoche y volar sin necesidad de billetes: muy alto y muy lejos de él.

Continúa explicándose, pero no me dice lo que yo quiero escuchar. Sin cortarme un pelo, vuelvo a interrumpirlo para preguntarle a qué coño vino entonces el beso sobre la alcantarilla. Me responde que iba algo borracho y que le salió así, que fue un error. Cada una de sus perlas discursivas aprietan más y más ese nudo sin lazo que tengo a la altura del pecho. Antes de que las lágrimas confiesen las dimensiones del dolor que me chirría por dentro, cierro los ojos y respiro profundo un par de veces. Al abrirlos, descubro ese color azul tan suyo inspeccionando mi cara.

«Good bye, James»,² es lo único que soy capaz de decirle sin que se me rompa la máscara. No le doy tiempo a nada más, porque inmediatamente después de mis palabras de hielo me bajo del coche y cierro tranquilamente. Ni beso de despedida ni hostias. Me abre el maletero desde dentro, lo que al mismo tiempo me parece tan ideal como poco caballeroso. Unos segundos más tarde, ya me encuentro arrastrando mis pertenencias y mis esperanzas deshilachadas hasta entrar en la terminal de salidas.

Me siento como un muerto viviente al que le han comido medio cerebro y todo el corazón. «Tú sí que estás terminal», comenta esa otra voz que me viene de fábrica. Me detengo un instante para obligarme a encontrar la zona de facturación y la puerta de embarque. Después de llegar a ella, paso todo el proceso de espera en la cola, peso de las maletas y comprobación de pasaporte como si estuviera drogada.

La eutanasia emocional me funciona bien hasta llegar al *duty-free*.³ Me meto en la primera tienda que veo para comprar algo que pueda distraerme durante el vuelo: empiezo por comida y acabo con comida. En el medio de mi búsqueda de alimentos *desmemorizantes*, atravieso la sección de lectura. De pasada creo reconocer el perfil del Arbusto en la portada de una revista. «Joder, estoy fatal, ahora hasta alucino», me digo antes de dar marcha atrás para cerciorarme de que tengo una mente enferma.

Pues va a ser que no, que no estoy tan tarada. En la portada hay dos fotos del Arbusto: la primera besando a una chica y la segunda recibiendo el vómito de esta. «No, no, no, no, no», pienso mientras me deshago de los aperitivos basura, suelto la maleta de mano y agarro la revista con un único movimiento. Me tiemblan tanto las manos que apenas consigo leer los titulares de la edición: «The wedding, the kiss and the gastric juices». ⁴

Exclusivas

«Joder, me quiero morir, me quiero morir, me quiero morir», es lo único que puedo pensar. Creo que estoy en estado de *shock*, porque quiero ver lo que dicen las páginas interiores y no paso de la portada. Saco toda mi fuerza de voluntad para ordenar a mis dedos abrir la revista en la parte del reportaje, después paso de largo las fotos de la iglesia para encontrar mi vestido verde en múltiples instantáneas. Además del beso y de la vomitona, descubro que en su historia también incluyeron mi desmayo por fobia a los fuegos artificiales...

La anestesia ya no me hace efecto, porque junto a la terrible vergüenza que me embarga no dejo de escuchar la voz de James diciéndome: «The kiss was a mistake». ¹ Su frase ahora toma otra nueva dimensión todavía más trituradora. Dejo el panfleto del demonio en la estantería junto con toda la comida que ya no me sirve para buscar el baño más cercano. De camino noto como la gente me mira más de lo normal y empiezo a creer que me invade la paranoia.

Mi maleta y yo entramos en el lavabo de señoras para encerrarnos en uno de los retretes. Me siento en la tapa e intento tranquilizarme, pero las barreras acaban de ser destruidas y las lágrimas toman posesión de mi persona en ruinas. Agradezco el hilo musical por amortiguar los sollozos y el sonar de mocos continuo. La llorera se vuelve imparable al repasar la noche anterior en el *pub*.

«Todos lo sabían. Todos lo sabían y no me dijeron nada.» La vergüenza pública es un tipo de dolor que creo poder soportar, pero esto es otra cosa. «Jack lo sabía», afirma enfadada mi otra yo mientras me recuerda el momento raro al volver del baño y luego me reproduce su frase de despedida: «If you need me, you know you can call me anytime». ²

Saco el móvil y le mando un audio a Jane para preguntarle si ella se había enterado y si ayer el resto de la corte también eran conocedores de la exclusiva. Le cuento también las recientes calabazas del Arbusto porque ya no puedo contenerme. Al terminar, me siento algo mejor, pero tengo miedo de su respuesta: si ella lo sabía y no me lo advirtió... Niego con un movimiento de cabeza para descartar temporalmente esa opción y no morir del todo.

Poco después me vibra el teléfono con otro audio a modo de repuesta. Bastante alterada, Jane me dice que no tenía ni idea de todo esto porque justo acaban de llegar ahora a su destino. Pienso un poco y me doy cuenta de que es verdad, de que ya me había contado que tenían que volar un porrón de horas para llegar a la isla paradisíaca donde van a pasar toda la luna de miel. En la grabación escucho a Malcom decirme que la corte sí que se había enterado, porque acaban de recibir mensajes con fecha de ayer que los advertían sobre los robados del jardín.

Por el tono de voz de enfadado de los recién casados, imagino que su cabreo va dirigido a mi persona por convertirme en el centro de atención de la revista en vez de su propia boda. Al poco tiempo descubro que mi suposición es totalmente equivocada: es a los miembros de la corte a los que quieren guillotinar por dejar que me enterara así del escándalo. Antes de que se termine el audio, reconozco el inconfundible registro preocupado de Jane sobre mi estado lacrimógeno, también el tono burlón de Malcom sobre mi miedo a todo lo que explota. Cuando sus voces se detienen, me siento un poco mejor. Les escribo para darles las gracias, para insistirle a Jane en que no se preocupe y desearles una estupenda luna de miel. Al volver a la realidad, me siento incluso peor por dos motivos más: el primero, por haber dudado de ellos; el segundo, por preocuparlos con estos dramas en su viaje más especial. Estoy que lo parto.

La alarma del móvil interrumpe mi momento de tortura personal para recordarme que mi puerta de embarque ya debe salir en pantalla. Me doy unos cuantos minutos más para intentar recomponerme del todo, salgo y me lavo la

cara para disimular un poco mi infierno interno. Como no funciona, acabo optando por ponerme las gafas de sol y así convertirme ya en la famosa chica vómito que ocupa la portada de la revista de cotilleo más leída de toda Inglaterra.

El tiempo que paso tanto en la puerta de embarque como en el avión me permiten reflexionar y seguir expulsando mis penas en forma líquida. A pesar de que los sollozos de telenovela están bajo control, las lagrimillas son unas cabronas impredecibles. Cuando caigo en la cuenta de que seguramente la de la exclusiva de mi beso con el Arbusto —y todo lo demás— fue la chica camuflada del jardín, no puedo evitar echarme las manos a la cabeza y llorar de rabia. «Que hija de la gran...», me dice la borde sin que la deje acabar: «Al menos no incluyó ninguna foto con mis amigos megalíticos», le digo para consolarme.

Darme cuenta de que el robado es culpa mía se convierte en el tercer mazazo emocional en menos de cuatro horas. Ya no me veo capaz de aguantar nada más. Quiero obligarme a dejar de pensar, pero mi cerebro se niega a obedecerme. Ahora empiezo a entender también de lo que hablaba el Arbusto en el coche con su «lo de la boda y lo de después». Él creía que yo lo sabía. El encadenamiento de pensamientos hace que me dé cuenta de que su negativa rotunda a tener algo conmigo viniera del escándalo y de la vergüenza que debe de estar pasando por mi culpa.

Me incorporo y rastreo la salida de emergencia más cercana para abrirla y lanzarme sin paracaídas. Las ganas de precipitarme al vacío van en aumento, porque mis vecinas de fila tienen la revista maldita en sus manos y no dejan de mirarme. «Como te pidan un selfi, antes de saltar del avión, las asfixio con el chaleco salvavidas», dice la borde que vive en mí con mi pleno consentimiento.

Con tanto en que pensar, el vuelo se me hace bastante corto. Llevo un rato ya esperando en la zona de equipaje para pillar mi maleta y esconderme en mi casa hasta la próxima glaciación. La cinta queda vacía de bultos, pero yo aquí

sigo plantada sin mis cosas. En cuanto me quedo sola en la sala, empiezo a aceptar que igual, solamente igual, las probabilidades han vuelto a lanzarme mierda justo cuando tenía la boca abierta.

Veinte minutos después, es innegable que mi maleta se ha ido de fiesta sin mí y que me toca ir a pelearme con los que llevan todo el tinglado del equipaje perdido. «Lo que me faltaba», refunfuño interiormente buscando el mostrador y a la señorita de mi aerolínea a la que le va a tocar aguantarme.

Mucho, pero que mucho después, descubro que lo de que el tiempo vuela no se aplica cuando se te queda el culo acartonado en los asientos del aeropuerto. Por fin la mujercilla del mostrador me hace señas, me acerco temerosa y al momento me informa de que todavía no la han encontrado, que ya me llamarán.

Con un cabreo del quince, le gruño un *gracias* y agarro la maleta de mano para lanzarme dentro del primer taxi que encuentre. Dejo de mortificarme pensando en todo lo que había dentro de mi equipaje y que nunca volverá. Lo dejo no porque quiera, sino porque la parada está vacía y la mala hostia me lleva a despotricar contra cualquier humano que se cruce en mi camino.

Saco el móvil para buscar el número de los taxis y veo en pantalla un mensaje de un número desconocido y otro de Jack. Abro primero el de Ojos Grises creyendo que voy a encontrarme una disculpa por comportarse como un gilipollas. Pues no, va a ser que no. Hoy no doy pie con bola, de hecho, seguiría dándole patadas al aire incluso con la bota pegada al balón. Volviendo a la realidad, mis ojos leen y mi cerebro se llena de tacos e insultos en varios idiomas porque el amigo me echa la bronca por chivarme a Jane y a Malcom. No me da tiempo a terminar de escribir una réplica nivel muerte porque escucho el ruido de un coche, levanto la cabeza y descubro un taxi llegando a la parada.

Ya instalada en el asiento de atrás, finalizo mi descarga ácida sobre Ojos Grises para después abrir el sobrecito misterioso. Así es como descubro cómo se comunican los pokemon en el mundo real: Charmander es el fuego detrás de

la pantalla. A pesar de que llevo un día de mierda y de que sé que tiene novia..., una sonrisa imbécil se me escapa sin que nada pueda hacer al respecto. Empieza su mensaje restándole importancia a lo del robado y acaba diciéndome que necesita terminar la conversación que tuvimos durante el baile de la boda.

El calor que siento con el roce de cada una de sus palabras me ayuda a alejar la humedad acumulada durante todo el día. Le respondo al instante con un único «Dime hora y lugar», y suspendo momentáneamente mi respuesta para pagarle al taxista y bajarme delante de la entrada de mi edificio. «¿Por qué no?», me digo, mientras añado «de París» a la frase anterior y que así sepa que si lo que quiere es verme, tiene que mover ese bonito culo hasta aquí.

«La pelota y mi bota pegada están ahora en su tejado», pienso después de bloquear el móvil de camino hacia la puerta. «Veremos si tiene los huevos de subirse», añade con tono escéptico esa que nunca se calla.

Pelotas

Estoy hasta las pelotas de los fotógrafos que me acosan por la calle. Desde mi llegada a París, sufro las consecuencias de ser famosa sin los beneficios de nadar en dinero, recibir premios chulos o poder tirarme a Kens de carne y hueso. Ese beso en la alcantarilla no es solo que me persiga, es que me da caza como un niño hiperactivo persiguiendo a una gallina. Todo es tan inverosímil que por momentos pienso que verdaderamente estoy en coma desde la hostia en el taxi. De verdad de la buena que lo pienso. Luego recuerdo la vergüenza pública con la que recientemente convivo y me convenzo de que mi mente no puede ser tan jodidamente retorcida.

Para mejorar todavía más el momento actual, Jack y yo hemos intercambiado mensajes sangrientos que me han obligado a retirarle el pasaporte a mi apartamento. Ya de paso, también nos hemos mandado a la mierda mutuamente, así que, como se suele decir, *chao, pescao*, que tengas suerte en la vida y cuidado con los megalodones. Por otra parte, el Arbusto no da señales de vida desde la despedida de hielo en el aeropuerto. Siguiendo con la lista de invitados ausentes, Jane y Malcom están desconectados en sus vacaciones y yo no sé qué hacer para que los *paparazzi* dejen de asaltarme en cualquier esquina, tienda o transporte público.

Ahora justo estoy saliendo de la galería celebrando que por fin es viernes y que puedo recluirme en casa para librarme de las preguntas incómodas y de los *flashes* derrite retinas. Gracias a internet, todo lo que necesito para sobrevivir me llegará al apartamento a las seis y media de la tarde. No puedo ni ir tranquila al súper sin que un periodista retrate la marca de mi papel

higiénico o el número de hidratos que incluyo en mi cesta de la compra, que no son pocos estos días.

A unas calles del apartamento, me vibra el móvil dentro del bolso. Ver el nombre de James en pantalla hace que mi corazón lata como si sufriera de repente un *shock* anafiláctico y me estuviera pinchando adrenalina a la altura del pecho. Dudo un par de segundos y respondo con algo de miedo por lo que me quiera decir. Con Jack ya casi he llenado mi copa menstrual de *desamistades*; una gota de sangre más, y ya veo mi ropa interior teñirse de rojito.

Después de colgar, mi cerebro repasa la conversación y las consecuencias directas de esta: el Arbusto tiene una escala de pocas horas en París y me propone que nos encontremos. Se supone que en breve un coche pasará por mi casa para recogerme y así alejarme de los cansinos fotógrafos. No me lo creo del todo hasta que al llegar a mi calle veo un todoterreno negro aparcado en la entrada. Me subo sin hacer preguntas y sin saber del todo si es el vehículo correcto. Cuando un rato después el conductor no se desvía hacia el aeropuerto, el miedo al secuestro —o a haberme subido al coche que no era— es lo único que se me pasa por la cabeza.

El tío que conduce responde a mis preguntas existenciales y me quedo más tranquila: el Arbusto está alojado en un hotel cercano, no esperando en el aeropuerto en cuestión. Llegamos poco después y justo antes de salir me dice el número de habitación a la que tengo que ir. No me fio de mis piernas de mantequilla desde que me bajo del coche hasta que la puerta número ochenta y ocho está delante de mis narices. Tampoco me siento muy preparada para lo que va a pasar, pero prefiero que la hostia me venga de frente para intentar esquivarla o, en su defecto, tener preparados unos pañuelos con los que detener una posible hemorragia interna.

Me abre unos segundos después de que mis nudillos se separen de la madera, se hace a un lado y me invita a pasar. Después de cerrar la puerta, se acerca con cautela para darme dos besos que me saben a decepción. A mí se

me ha comido la lengua el gato y solo me falta que me pinten la cara de blanco para comenzar la función infantil. Él se sienta en el sofá y yo en uno de los sillones que hay entre la cama y el baño. Empieza su explicación justo cuando le pregunto qué cojones hago aquí.

Primero se disculpa por su actitud en el coche el otro día. «Bien, vas bien por ahí», me digo. Luego continúa el monólogo diciendo, casi en susurros, que se ve incapaz de decirme adiós, que se niega a verme desaparecer de su vida. Llegados a este punto, no sé si ser toda oídos o perforarme los tímpanos para no escuchar el mazazo que intuyo que rodea a las palabras que me va a soltar a continuación... Pues eso, ojalá sufriera de sordera a voluntad: vivo y viviré por siempre en la *friend zone*.¹

Mientras busco mis pañuelos invisibles para detener la sangría causada por el puñal clavado a la altura de mi ego, James continúa explicándome que se alejará de mí el tiempo que sea necesario, pero que, en ninguna circunstancia, va a permitir que perdamos el contacto.

Ahora sí que ya no sé qué pensar. «Al final resulta que al que de verdad le importas es al peludo este y no a Jack, hay que joderse», comenta esa otra voz para llenar mi vacío mental. Y lo cierto es que tiene toda la razón: me está dejando tiempo para que se me pase el cuelgue por él y así luego poder continuar siendo amigos. «Un cacho de pan que me comería entero», añade la borde para rematar su intervención no planificada.

Esta revelación taponas por completo el agujero todavía abierto a la altura de mi esternón y me provoca una sonrisa que ilumina toda su cara. Se me va el cuerpo solo para darle un abrazo completamente asexual, y sano sano. Al volver a mi posición actual, puedo notar como la tensión que nos separaba desaparece poco a poco. Ahora que voy a empezar a agradecerle todo lo que me acaba de decir y el que se haya molestado en organizar todo este circo para verme, me interrumpe haciendo un aspaviento y me suelta sonriente que tiene algo para mí. Se levanta rápido para rebuscar en su maleta y vuelve a la misma velocidad con un pequeño regalo en sus manos.

Rompo el papel como si del envoltorio de un Phoskitos se tratara para después fliparlo yo sola. Mis ojos se aseguran de que el monigote de piedra que sostengo entre los dedos es sin duda una de las tres creaciones de la boda. Levanto la vista con la intención de interrogarlo a muerte, pero se me adelanta de nuevo. Según su versión de los hechos, antes de la vomitona y del desmayo por fuegos artificiales, parecía que se me iba la vida agarrando a mi pequeño amigo de cuarzo y feldespatos. Lo cierto es que no lo recuerdo así como lo cuenta él, en plan tan exagerado, pero estoy tan contenta de que haya sobrevivido y de tenerlo de nuevo conmigo que parezco una niña comiéndose el primer helado del verano.

Se me escapa otro abrazo de los de tipo inocente y después nos despedimos de buen rollo. Acordamos que yo llevaré la batuta en el concierto de nuestras interacciones sociales para superar mis sentimientos cochinos, pero la verdad es que ahora apenas me duele el que me haya metido en el bolsillo de los amigos.

Sentada en el todoterreno ya de vuelta a casa, este sentimiento de victoria casi reemplaza por completo a las calabazas sufridas por fascículos. Tampoco puedo dejar de pensar que su falta de seguridad debido a su confusión sentimental le quita bastante atractivo. Que sigue estando bueno que te cagas, eso desde luego, pero prefiero a los tíos que, aunque con dudas, tienen los ovarios de lanzarse en los brazos del miedo a lo desconocido.

Además, me merezco estar con alguien que quiera al menos intentarlo. Son estos pensamientos los que me distraen mientras traspaso el portal del edificio y enfilo hacia la puerta de mi afrancesado hogar. Dejo el bolso y a mi amiguito de piedra sobre la mesita del salón para quitarme el abrigo e ir a mear sin liarla parda. Durante el proceso, suena el telefonillo del portalón exterior: compruebo instantáneamente la hora y mi estómago gruñe a modo de sonrisa para celebrar la llegada de la compra a domicilio. Me subo las bragas, abrocho el botón y tiro de la cisterna. Después de abrir abajo, libero la

encimera de cosas para colocar las numerosas bolsas que están por llegar. En ello ando cuando escucho el timbre de la puerta.

Nada más abrir, creo que acabo de ser pateada por un canguro: soy incapaz de respirar. El del otro lado no es el repartidor de mi deseada comida, no, no, no. El que acaba de plantificarse en el umbral de *ma maison*² no es otro que Charmander, Patrick para los amigos, tío bueno para la mayoría de féminas como yo.

«Mátame, camión», me digo. «Camión... de reparto», remata mi otra yo.

Timbres

Sin que se me vaya la cara de anchoa, me acerco a él con el dedo índice en alto para darle unos golpecitos en el pecho y comprobar que realmente no es un holograma ni una trampa de los *paparazzi* para fotografiarme fuera de mi refugio. Esta constatación empírica se ve recompensada con una mirada simpática de color verde y con el brillo de unos dientes perfectos que jamás podría olvidar. «How do you...»,¹ intento preguntarle sin éxito. «Malcom», me responde para aclarar mi duda existencial de como sabe dónde vivo.

«No le he dicho ni hola», pienso mientras me coloco a un lado y le hago el gesto de los mayordomos que llevan siempre una servilleta blanca colgada del antebrazo. Entra mirándome con esa sonrisilla que no sé a qué viene, cierro la puerta y luego miro hacia abajo para comprobar que todo está en orden. Durante el proceso de reconocimiento descubro que he olvidado subirme la cremallera del pantalón. «Te asfixiaría yo misma si pudiera», añade mi amiga la borde como reacción ante el sentimiento de vergüenza que se concentra alrededor de mi cara.

Me gustaría morirme ahora mismo, pero la verdad es que me puede la curiosidad por saber qué hace este pokemon fuera de su hábitat natural. No sé si debo saludarlo a la inglesa o a la francesa, así que me tiro a la piscina —sin saber cuánta agua tiene— para darle un único beso en la mejilla. Su respuesta es la misma que la mía y el contacto de sus labios contra mi piel se me antoja excesivamente ardiente.

Dejando a un lado las formalidades de ofrecer alimento y fuego con el que calentarse, los dos acabamos aposentados en el único sofá que hay en el piso. Se muerde el labio inferior antes de empezar a explicarme qué hace su culo

divino calentando mis cojines. Escucho cada una de las frases que dibujan sus labios y que me confiesan que no ha podido olvidarme desde nuestro primer encuentro en el baile de máscaras. Todo lo que me dice provoca desajustes en mi ritmo cardíaco que intento mantener bajo control. Es inútil, pero de veras que lo intento.

Parece ser que no desconfía de mí ni de lo verdadero de nuestra conexión porque yo desconocía su identidad desde el principio. Es por eso que quedo descartada como cazafortunas o fan obsesionada con su físico de dios del Olimpo. «Guay, tiene pinta de que he subido de nivel y estoy cerca de evolucionar», me digo. Me centro de nuevo en seguir escuchando su explicación, pero la borde incinera mi momento *happy*² con una única palabra bomba: *novia*.

Como me jode que tenga razón: «What happen with your girlfriend?»,³ le lanzo como un rayo de alto voltaje. Antes de responderme, se mueve inquieto en el sofá, parece que piensa para ordenar sus ideas y me responde que después de la boda le confesó toda nuestra historia, que después discutieron durante horas y que finalmente llegaron a una solución.

«What?»,⁴ es lo más automático que me sale del pecho, y casi que mejor, porque lo próximo sería regalarle todos y cada uno de mis órganos vitales. Mi nivel de inglés nada tiene que ver con el que tenía cuando aterricé en la isla británica, pero obligo al conjunto de mis neuronas a centrarse en descifrar todo el contenido de su explicación.

Comienza con algo así como que es peor vivir con la duda que descubrir la verdad y luego lo enlaza con las ganas que tiene de conocerme más para entender qué es lo que siente por mí. «Quiere empotrarte», me suelta la otra con voz triunfante. Le hago un chsss mental para intentar que se calle y volver a centrarme en lo que Patrick el del fuego intenta compartir. La respiración descontrolada se me suma al bombeo discontinuo de endorfinas rebotando en cada esquina de mi cuerpo.

Me reengancho como puedo a su flujo dialéctico y creo entender que fue su

novia la que lo mandó venir a verme. Sin querer, se me abre la boca por la sorpresa y no la cierro hasta escuchar la lógica de esa decisión tan poco usual: si él me conocía más y no se interesaba, eso significaría que su amor por ella era invencible y que su relación saldría completamente fortalecida. Yo lo flipo con el rollo *hippie* de la churri de este hombre, porque dar vía libre al macizorro para que investigue es, cuando menos, una jugada arriesgada de cojones, por no decir casi suicida..., pues nada, allá ella.

Inmediatamente después, Patrick continúa exponiéndome el punto de vista de *sa petite amie*.⁵ La verdad, hasta a mí me llega a convencer tanto de su argumento como de su forma de encontrar una solución al problema, porque si al final resulta que Charmander siente cositas por mí, significa que su relación ya no funciona. Si pasara eso, coincido con la chica en preferir la soltería a un amor que ya no se sostiene. Todas nos merecemos que nos quieran bien, no a medias. En resumen, el resultado de lo que ocurra entre Patrick y yo, sea el que sea, es bueno para ella.

Me debato entre sonreír o interrumpirle para vitorear a su novia la liberal. Con la emoción mordiéndome la entrepierna, decido finalmente quedarme quietecita para terminar de escuchar lo que me tiene que decir. Entiendo que da por finalizada la explicación de la presencia de su cuerpazo en mi apartamento cuando identifico un *James* entre otras palabras menos relevantes. «Ay, que me lo como», es lo primero que se me pasa por la cabeza cuando me dice que verme besuqueándome con el Arbusto le molestó mucho más de lo que se había imaginado.

«You and him...»,⁶ empieza a decir. «No, no, no, we are just friends»,⁷ interrumpo su pregunta para dejar bien claro que no hay nada entre nosotros. Al momento, lo veo respirar aliviado, sonrío, así como medio tímido, y termina de explicarse diciéndome que verme con él en las fotos fue el empujón final que hizo que ahora esté aquí conmigo.

«La hija de puta de la *paparazzi* al menos sirvió para algo», apunta mi otra voz con toda la razón. Vuelvo a la realidad para darme cuenta de que me mira

en silencio esperando una respuesta. Para mí, procesar toda esta información en tan poco tiempo y con él tan cerca... Bufff, la presión tiene churruscadas todas mis conexiones sinápticas. «Él está aquí para averiguar qué es lo que siento por mí..., por mí», pienso tan ilusionada que podría ponerme a levitar ahora mismo. «Haz el movimiento *paparazzi*: ¡ataca, atacaaa!», siguen surgiendo las ideas de mi otra yo mientras el del fuego continúa esperando mi reacción.

No puedo concentrarme bien si lo estoy mirando. Por eso, bajo la vista para seguir jugueteando con el hilo suelto de un cojín cercano. No sé qué hacer porque hasta hace unas horas creía que tenía sentimientos contundentes por James y ahora parece que se encuentran alojados en otro recipiente igual de bonito. Por momentos siento que me va a estallar el cerebro de tantas vueltas que le estoy dando a todo: «¿Y si la historia de la novia es falsa y solo quiere un polvo?, ¿y si estoy transfiriendo mis sentimientos por James hacia él y luego me doy cuenta de que no me gusta?, ¿y si le jodo el novio a la otra y luego resulta que el que me moja el corazón es el Arbusto?, ¿y si...».

Patrick detiene mi noria emocional para preguntarme si tengo un pañuelo. Mis ojos se desplazan del hilo a su cara, de allí a sus dedos manchados con pintalabios rojo. Se encoje de hombros a modo de explicación mientras sujeta con cuidado su propia representación en piedra.

Sin pensar, envuelvo sus manos con las mías y le robo un beso. Esta vez, los fuegos artificiales vienen de muy adentro. Nos separamos después de un rato y reconozco en su expresión mis propios sentimientos. Mi noria emocional ha sido sustituida por un barco pirata que tiene un único pasajero.

«Te elijo a ti», le digo justo antes de que el sonido del telefonillo mande a tomar por culo el momento más edulcorado de mi vida.

Biografía



Vierta en un recipiente 15 kg optimismo, 10 kg de glotonería y 7 kg humor. Mezcle con energía y añada 6 kg de profesora (preferiblemente de tipo francés) junto con 5 kg de vivencias en el extranjero. A continuación, agregue 4 kg de pasión por la literatura y cocine a fuego lento. Incorpore una pizca de ironía y ralle 1 kg de locura para condimentar la mezcla. Deje reposar

durante 30 años. Por último, remueva con decisión y sírvalo con precaución para no quemarse.

NOTA: las manchas no salen.

INGREDIENTES ADICIONALES:

Instagram: [@trigo_sara](#)

[@mimy_ocardio](#)

Facebook: [Sara Trigo](#)

Notas

1. No te preocupes... por nada, porque todo saldrá bien...

1. ¿Puedes repetir, por favor?

1. Trabajo, trabajo.

2. Trabajo tú y yo.

3. Amiga.

4. Trafalgar Square, Covent Garden. ¿Vamos?

5. Harry Potter volando.

1. No hay problema.

1. Excelente.

2. Dama.

1. Mi hogar.

2. Cómo.

3. Yo puedo, yo puedo.

1. Genial.

2. Te veo mañana.

1. Sí sé.

2. Cara a cara.

3. Lo apuesto todo.

4. Damas.

5. Apelativo divertido, derivado del adjetivo *broken*, que significa 'rota'.

1. Fácil.

2. Química.

3. Gracias, Jack.

1. ¿Cómo estás?

2. Bien.

3. Jardín.

4. Lo siento mucho.

5. Buenas noches.

1. Discorso.

1. Damas y caballeros.

2. ¿Ha dicho *comer* o *eso*?

3. Perdona.

4. Estoy de acuerdo.

5. Gracias...

6. Puedes llamarme Charmander.

1. Encuentra la palabra.

1. Te veo el lunes.

2. Pásalo bien.

1. Bienvenida a Inglaterra, pequeña.

1. Número uno.

2. Número dos.

3. Número tres.

1. Chico sexi.

2. Hola, Broky.

3. Oh, Dios mío...

4. Eres una chica muy muy divertida.

5. Hogar, dulce hogar.

1. Agua de cocido.

1. ¿Quééé?!

1. Jane, tengo algo que contarte.

1. Acoso.

1. Tú te quedas conmigo, voy a cancelar la cita.

1. Soy Broky, no tengas miedo.

2. ¿Cómo estás? ¿Todo está bien?

3. ¿Te gusta mi pelo?

4. No especialmente... ¿Mataste al gato antes o después de ponértelo en la cabeza?

5. Soy Clark.

6. Yo soy Bruce, encantada de conocerte Clark.

7. Sé quién eres, Pikachu.

1. Char... ¿Qué?

2. Broky, nos vemos dentro.

3. Entonces, ¿cuál es tu nombre real?

4. Soy Bruce, pero chsss.

5. Está bien.

6. ¿Te veré de nuevo en la boda?

7. Corredor.

8. ¿Has perdido tu trabajo? ¿Te vas de Londres? ¿En serio? Gracias por el aviso, por cierto.

9. ¿Qué?!

10. No estoy enfadada, estoy sorprendida, triste y preocupada.

1. Nada de *spoilers*, por favor

1. En inglés, por favor.

2. Abra la maleta, por favor

3. Bienvenida a París.

1. Hola, Broky. Estoy en París.

1. Amigos.

2. No te preocupes... por nada...

1. Te ves impresionante.

2. Chao.

3. No sabía que podías ser invisible también. Otro increíble superpoder, Broky.

4. ¿Qué problema tienes con las puertas?

5. Gracias por la ayuda.

6. ¿Nos vemos luego?

7. Por supuesto.

1. Baila conmigo.

2. Cuerpo.

3. Estás enamorada de él.

4. Sabes que tengo sentimientos por ti... ¿Fue un accidente el último beso en París o no?

5. Me gustas, muchísimo. El sexo siempre complica las cosas y yo no quiero perderte.

6. Para siempre.

7. No puedo hacer esto, es malo para mí... Adiós, James, te deseo una vida feliz. No me llames más.

8. Quiero verte feliz, mi consejo es: mantente alejada de los actores.

9. Química.

10. Quiero conocerte mejor, esa es la única verdad.

11. Soy Patrick, por cierto.

12. Suicidio ritual japonés para evitar ser capturado o torturado.

1. En reposo.

2. Lápiz de ojos.

3. Fin del juego.

4. La beso.

1. Es la hora de los fuegos artificiales.

2. Va a ser increíble.

1. Gracias a Dios, estás despierta.

2. Escrito.

3. Joder.

1. Estoy bien.

2. ¿Qué?

3. Entonces, ¿cuál es tu problema con los fuegos artificiales?

4. Si me necesitas, sabes que puedes llamarme en cualquier momento.

5. Ven a París cuando quieras. Mi casa es tu casa.

1. No puedo estar contigo.

2. Adiós, James.

3. Zona libre de impuestos.

4. La boda, el beso y los jugos gástricos.

1. El beso fue un error.

2. Si me necesitas, sabes que puedes llamarme en cualquier momento.

1. Zona de amigos.

2. Mi casa.

1. ¿Cómo has...?

2. Feliz.

3. ¿Qué pasa con tu novia?

4. ¿Qué?

5. Su novia.

6. Tú y él...

7. No, no, no, somos solo amigos.

Me voy porque quiero, no porque me echen
Sara Trigo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Kikovic / Shutterstock

© Sara Trigo, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2019

ISBN: 978-84-08-20993-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos.

<http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

[Una NoMo del montón](#)

Elena Garralón

[Tú te lo pierdes](#)

Isa Quintín

[La suerte de encontrarte](#)

Helena Nieto

[Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón](#)

Alexandra Roma

[Anna](#)

Nora Alzávar

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

